

SIEMPRE TRIUNFA

EL AMOR

Nihil Obstat

p. Ismael Ojeda

Vic. Provincial O.A.R.

Imprimatur

Mons. Salvador Piñeiro

Vicario General de la

Arquidiócesis de Lima

Ángel Peña O.A.R.

Lima – Perú

1998

NUNCIATURA APOSTÓLICA EN EL PERÚ

El Padre Ángel Peña, OAR, nos regala otra preciosa publicación sobre el tema: «Siempre triunfa el Amor».

Como es su costumbre, nos proporciona una serie de reflexiones sobre aspectos centrales del misterio cristiano y lo hace, en forma vivencial, sencilla y directa, ofreciéndonos un alimento espiritual sólido y al mismo tiempo atrayente y de fácil asimilación. Se trata de una “sapida scientia”, una ciencia sabrosa, de una teología que se hace experiencia espiritual concreta. En el año del Espíritu Santo, la obra del P. Peña es aún oportuna.

El “Amor” es el centro del Cristianismo; es, pues, la prueba de nuestra pertenencia a Jesucristo. Si salimos de este centro, salimos del Cristianismo: si no tengo el “Amor” no pertenezco a Cristo.

El presente volumen llevará mucha luz a las personas que deseen redescubrir la fuente de su relación vital con Dios y estimular las motivaciones profundas de su testimonio cristiano. Felicitando al autor, hago votos por una amplia difusión de estas páginas.

Fortunato Baldelli

Nuncio apostólico

INDICE GENERAL

PRIMERA PARTE: EL AMOR

| | |
|---|----|
| Dios te ama. El amor es un don de Dios. Amor verdadero..... | 5 |
| Amar es sonreír. Amar es servir. Amar es compartir..... | 16 |
| Amar es agradecer. Amar es orar..... | 22 |
| Amar como a nosotros mismos. Amar a cada ser humano..... | 27 |
| Crecer en el amor. Obstáculos para el amor..... | 34 |
| El pecado destruye. El amor sana. El gran enemigo..... | 46 |
| La vida eterna. La muerte eterna. El infierno..... | 55 |
| El Purgatorio. El cielo. Experiencias..... | 62 |

SEGUNDA PARTE: MEDIOS PARA AMAR

| | |
|---|----|
| La Iglesia Católica. María, Madre del amor..... | 70 |
| Madre de los pecadores. Madre de la pureza | 77 |
| La comunión de los santos. El ángel de la guarda..... | 81 |
| Las imágenes religiosas. Ofrecimiento con amor..... | 83 |
| El sufrimiento. Oración y Eucaristía..... | 87 |
| El Espíritu de Amor | 96 |

TERCERA PARTE: BUSCANDO EL AMOR

| | |
|--|-----|
| Caminos equivocados. Jesús es el Camino..... | 102 |
|--|-----|

| | |
|--|-----|
| Rectificando el camino | |
| a) Sor Inmaculada de Jesús | 107 |
| b) S. Agustín | 108 |
| c) Manuel García Morente | 110 |
| d) Sergio Peña y Lilio | 111 |
| e) Bernard Nathanson | 113 |
| Dios siempre perdona. Reparación del mal | 114 |
| Historias de amor. La fugacidad de la vida | 118 |
| Un arrepentido | 122 |

IV PARTE: APOSTOLES DEL AMOR

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Víctimas de amor | 125 |
| Bta. Isabel de la S. Trinidad | 128 |
| Sta. Margarita M de Alacoque | 130 |
| Sta. Faustina Kowalska | 135 |
| Sta. Teresita del Niño Jesús | 141 |
| Vble. Josefa Menéndez | 158 |

EPILOGO

INTRODUCCIÓN

Éste es un libro que trata sobre el amor. Pero no del amor egoísta, de quienes buscan en los otros su propio interés. Se trata del amor puro y espiritual, que vive en el fondo del alma y que no necesita del placer para existir. Hay muchos que hablan de amor y usan y abusan de esta palabra para referirse casi exclusivamente al amor y placer sexual. Pero el amor limpio y sincero, que da sentido a toda la vida, es un amor, que viene de Dios y vive en el corazón. Sin él nada tiene sentido y nadie podría ser feliz. Sin amor, el mundo sería un caos profundo, lleno de violencia, de odio y de muerte. Sin él, nuestra vida estaría vacía y sin luz, porque nos faltaría Dios, que es Amor. Y sin Dios y sin amor ¿para qué sirve todo el dinero y todo el oro del mundo? ¿Habría valido la pena haber vivido aquí sin amor para seguir una eternidad de muerte, de oscuridad, de desesperación y de tristeza total?

El amor es vida, es luz, es alegría en nuestro caminar. El amor eleva el alma y el mundo hacia Dios y lo transforma. El amor es Dios, viviendo en nuestro corazón. Ama y ama siempre. “*Ama y haz lo que quieras* “, decía S. Agustín. Ama y serás feliz.

Este libro lo he escrito, pensando en aquellos que desean progresar y crecer en el camino del amor. Para aquellos, que no se quedan estancados en su “buena vida”, sino que aspiran a acercarse cada vez más a la fuente del amor, que es Dios. Para vosotros, que deseáis amar

a Dios y a los demás con toda el alma. A vosotros os dedico este libro con mis mejores deseos de santidad.

“Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros” (2 Co 13,13).

NB .- Cat se refiere al Catecismo de la Iglesia Católica.

MA, MB, MC a los Manuscritos A, B, C de Sta. Teresita, seguidos del número del folio original y UC a sus Últimas Conversaciones.

Al citar el diario de la Sta. Faustina, colocamos primero el N° del cuaderno y, después, el número de la página del Diario original.

A, dice relación a la Autobiografía de Sta. Margarita Ma. de Alacoque; MS a la Memoria escrita a la M. Saumaise y Fr a sus fragmentos autobiográficos.

C a las Cartas de los santos en referencia.

PRIMERA PARTE

EL AMOR

En esta primera parte, vamos a profundizar sobre el sentido del amor. ¿Qué es amar verdaderamente? ¿Cómo crecer en el amor? El amor es un regalo que Dios nos da para ser felices y para hacer felices a los demás, y no podemos guardarlo en el frío cajón de nuestro egoísmo. Amar es darse y darse uno mismo. Pero empecemos, primero, hablando del Amor de Dios, fuente y origen de todo nuestro amor y de nuestra vida misma.

DIOS TE AMA

En esta época de grandes descubrimientos, es lamentable que muchos hombres no hayan descubierto el amor de Dios en sus vidas. Quizás creen de una manera abstracta y teórica que Dios es Amor, que Dios ama a otros, pero no han descubierto que Dios los ama a ellos personalmente. Quizás creen que son demasiado pecadores o que son demasiado poca cosa para que Dios pueda preocuparse de ellos. Y, sin embargo, Dios los ama, a pesar de sus pecados, con un amor infinito y personal. Sí, Dios te ama a ti también y no necesitas cambiar para que te ame. Él te conoce por tu nombre y apellidos y ha pensado en ti desde toda la eternidad.

Pero me imagino que me dices: Y si me ama ¿por qué me castiga? ¿Por qué se llevó a mis seres queridos? ¿Por qué no me escucha, cuando le pido algo? ¿Por qué todo me sale mal? ¿Por qué me hizo así? Yo quisiera ser Dios para responderte a todas tus preguntas, pero no puedo. Solamente te diré que El te ama, aunque no lo creas. Y te ama a ti en particular. Tú no eres para El un número más entre los millones de hombres que viven en el mundo. Tú no eres alguien demasiado pequeño para que se acuerde de ti. Tú eres su hijo. ¿Acaso no te da la vida todos los días? O crees que tienes derecho a ella? ¿No sientes su amor a través de las flores, del sol que te ilumina, del aire que respiras o del amor de tus seres queridos?

Es triste que vivas y mueras sin saber que Dios te ama, pero más triste aún será, si vives y mueres sin amar, porque tu vida no tendrá sentido. Lo sepas o no, Dios te ha creado por amor y para amar. Sólo amando podrás realizarte plenamente como persona. Sólo el amor dará vida a tu alma y serás de verdad hijo de Dios. ¿Estás dispuesto a creer que Dios te ama? Ojalá puedas unirte a todos aquellos que dicen con S. Juan: *“Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es Amor”* (1 Jn 4,16). Piensa en Jesús. Él es el más grande transformador de la historia y de la vida de los hombres. Su camino no es violencia, sino amor. Él nos enseñó con su vida la más grande y hermosa verdad que jamás el mundo entero había podido conocer: Dios es Amor. Sí, el Nombre de Dios es Amor. Y te ama desde toda la eternidad. Desde siglos y siglos, antes de que el mundo existiera, cuando no existía el tiempo, antes del primer día en los millones de años de edad del Universo, antes de que existiera la noche y de que el

sol brillara sobre el firmamento azul, Dios te amaba y soñaba contigo y te acariciaba en su Corazón. Dios te esperaba con infinito amor desde la profundidad y el silencio de la eternidad. Y Dios llenaba con su amor aquel vacío inmenso y pensaba en ti. Y creó el mundo para ti... Un mundo maravilloso de flores y cosas bellas. Y, después, te escribió un extraordinario libro de amor en la Biblia para guiarte por el camino de la vida. Y, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Jesús para salvarte.

El día en que fuiste bautizado, se alegró en su Corazón de Padre y pudo decirte con alegría desbordante: *“Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”* (Sal 2,7). ¿No lo sabías? Quizás puedes hacer como aquel papá que, el día del bautismo de su hijito, se acercó a él y le dijo al oído: *“Dime cómo es Dios, porque yo ya me he olvidado”*. Y, sin embargo, El te sigue amando. Por eso, escucha atentamente sus Palabras:

“Yo te he amado desde toda la eternidad” (Jer 31,3). *“Yo nunca te dejaré ni te abandonaré”* (Heb 13,5). *“No tengas miedo, porque yo estoy contigo”* (Is. 43,5). *“No tengas miedo, solamente confía en Mí”* (Mc 5,36). *“Dame, hijo mío, tu corazón (ámame) y que tus ojos hallen deleite en mis caminos”* (Prov 23,26). *“Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío”* (Jn 17,10). *“Hasta los pelos de tu cabeza los tengo contados”* (Mt 10,30). *“Hijo mío, escucha mis palabras para ser sabio”* (Prov 23,19). *“Antes de ser formado en el vientre de tu madre, yo te conocía y, antes de que nacieses, yo te escogí”* (Jer 1,5). *“Te he llamado por tu nombre y tú me perteneces”* (Is 43,1-2). *“Tengo tu*

nombre grabado en la palma de mis manos y no puedo olvidarme de ti” (Is 49,15-16). *“Mi amor nunca se apartará de tu lado”* (Is 54,10). *“Confía en Mí y no te apoyes en tu propia inteligencia”* (Prov 3,5). *“Tú eres precioso a mis ojos, de gran estima y YO TE AMO MUCHO”* (Is 43,4).

¡Qué maravilloso es nuestro Padre Dios! *“Él es cariñoso con todas sus criaturas”* (Sal 145,9). *“Como un padre tiene ternura con sus hijos, así el Señor tiene ternura con sus fieles”* (Sal 103,13). Por eso, ahora responde a tanto amor divino con tu propio amor y dile con confianza filial:

Oh Dios mío, tu amor me envuelve noche y día.

“Señor, Tú me escutas y me conoces,

Tú sabes cuándo me siento y cuándo me levanto.

De lejos penetras mis pensamientos,

me escutas, cuando camino y cuando descanso.

Te son familiares todas mis sendas...

Me envuelves por detrás y por delante

y pones sobre mí tu mano.

¿A dónde iré lejos de tu aliento,

dónde me refugiaré lejos de tu rostro?

Si subo al cielo, allí estás Tú,

y si bajo a los abismos, allí estás Tú.

Si me voy a vivir más allá de los mares,
allí también me guía tu mano y me aferra tu diestra.
Si dijera que, al menos, la oscuridad me cubra
y en torno a mí se haga de noche,
ni siquiera son para ti las tinieblas oscuras,
pues la noche te es clara como el día
y para ti las tinieblas son como la luz...
Mírame, oh Dios, y examina mi corazón.
Pruébame y conoce mis inquietudes.
Y mira, si mi camino es torcido,
y condúceme por sendas de eternidad” (Sal 139).

*“Oh Señor, Dios mío, ayúdame, sálvame por tu amor” (Sal 109,26).
“Dame vida por tu amor” (Sal 119,159). “Oh Dios mío, qué precioso
es tu amor” (Sal 36,8). “Haz que sienta tu amor por la mañana al
levantarme, porque confío en Ti, hazme saber el camino a seguir,
porque a Ti levanto mi alma” (Sal 143,8). “Aunque pase por un valle
de tinieblas, no temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo” (Sal
23,4). “Te doy gracias, Señor por todas las maravillas que has hecho
en mí. Yo soy un prodigio de tus manos” (Sal 139,14). “Dame un
corazón puro y renuévame por dentro con espíritu firme” (Sal 51,12).
“Tú eres el Dios de mi amor” (Sal 59,18). “Yo confío en tu Amor” (Sal
13,6). “YO TE AMO, porque eres mi fortaleza, mi roca, mi baluarte, mi
libertador, mi Dios” (Sal 18,1). “Mi alma tiene sed de ti como tierra*

reseca, agostada, sin agua” (Sal 63,2). “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que TE AMO” (Jn 21,17).

Gracias, Señor, por haberme creado, por haberme redimido, por haberme hecho hijo tuyo, por haberme escogido. Gracias por mi vida y mi familia, por mi fe católica y mi amor por ti. Ahora, sí creo en tu amor Y quiero amarte tanto, tanto, que ni toda la eternidad sea suficiente para decirte cuánto te amo.

Dios te ama y me ha dicho que te lo diga

EL AMOR ES UN DON DE DIOS

Ninguno de nosotros se merecía haber nacido, pero Dios en su infinita bondad decidió crearnos para ser eternamente felices con Él. Hizo un mundo maravilloso para nosotros, y nos amó tanto que nos envió a su Hijo Jesucristo. El día de nuestro bautismo, vino a vivir con nosotros y nos hizo templos de su amor. Desde ese día, su vida es nuestra vida y su amor es nuestro amor. Por eso, la mejor definición de amor es: la vida de Dios en el alma. De ahí que el que se aleja de Dios, se aleja del amor. El que rechaza a Dios, rechaza el amor. *“El que dice: amo a Dios, pero aborrece a su hermano, es un mentiroso”* (1 Jn 4,20).

El que dice: *“creo en Dios”*, pero no lo ama y no cumple sus mandamientos, miente. Quizás se engaña a sí mismo, confundiendo amor con atracción, buscando a otros por interés personal... Pero, sin Dios, todo será egoísmo disfrazado, amor interesado, es decir un falso amor. Sin embargo, puede suceder que alguien diga: *“yo no creo en Dios”* por tener una idea equivocada de Dios. Si es un hombre recto y sincero de acuerdo a su conciencia, en este caso, ama a Dios y, en cierta medida, tiene su amor, pues sigue sus mandamientos. Amar es vivir con Dios en el corazón. Por ende, el primer gran deber de todo ser humano es amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Así nos lo enseña Jesús: Amar a Dios en los hermanos y a los hermanos por Dios.

Ahora bien, quien ama a Dios debe amar lo que Él ama y rechazar lo que Él rechaza. Por eso debemos amar también la naturaleza entera con sus flores, animales y cosas bellas. Dios todo lo hizo bueno para alegría y felicidad de los hombres. Decía Guy de Larigaudie: *“Hay que amarlo todo: una orquídea abierta en la jungla, un caballo hermoso, un gesto de niño, una sonrisa de mujer. Hace falta admirar toda la belleza, descubrirla, aun que sea en el lodo, y elevarla hacia Dios”*. Debemos ser poetas de la vida, para observar y admirar todo lo que nos rodea.

Mira atentamente el rostro de tu amigo, como si fuera la primera vez, observa la caída de una hoja seca, el correr del riachuelo, la salida de la luna, una puesta de sol, el vuelo de un pájaro... No seas tan ciego que sólo veas lo que te interesa para ti. No seas como el pescador que, de tanto ver el mar, ya no aprecia su belleza y majestad. No seas de los que miran sin ver o escuchan sin oír. Aprecia la belleza, donde quiera que se encuentre, y alaba a Dios. Todo lo que te ayude a orar y amar más a Dios, será bueno para ti. Ora y ama con una buena música que eleva tu espíritu; ora y ama con la lectura de un buen libro; ora y ama con la belleza de la naturaleza. Pero ora y ama ante la presencia de Dios que vive en tu corazón; si es posible, ante el silencio y la soledad de una Iglesia o, mejor aún ante su presencia viviente en la Eucaristía. Haz crecer el amor de Dios en tu corazón, viviendo más cerca de Él, con más oración cada día, con más amor.

No seas como aquellos pasajeros del autobús de que habla Tony de Mello en su libro *“Una llamada al amor”*, que atravesaban una región hermosísima de lagos, montañas, ríos y praderas, pero tenían las

cortinas echadas y nadie veía nada. Solamente estaban ocupados en discutir sobre quién debía sentarse en el primer asiento. Así terminaron su viaje. Y así terminan muchos su viaje por la vida, sin vivir verdaderamente, solamente buscando sus intereses, sin apreciar la belleza y sin amar. Vidas perdidas que no sirven, sino para el estercolero, porque vivir sin amar es vivir como muertos, que morirán sin haber vivido realmente.

Dios te ha regalado su amor, dáselo gratuitamente a todos, porque el amor no excluye a nadie y abraza a todos. El amor es un regalo de Dios para que lo compartas con los que te rodean. El amor no es algo tuyo, es de Dios. Tu amor es el amor de Dios, que ama en ti. Cuando tú amas, es Dios quien ama en ti. Por eso, nunca podrás amar demasiado, porque Dios nunca se cansará de amar. Dice S. Agustín que *“la medida del amor es el amor sin medida”* (Epist 109,2). Y como dice S. Juan: *“El amor es de Dios”* (1 Jn 4,7).

Que en tu viaje por la vida, no olvides nunca que Dios es tu compañero de camino, que te ama infinitamente y que necesitas de Él para amar y ser feliz.

AMOR VERDADERO

Dante, en la Divina Comedia, dice que el amor mueve el sol y las estrellas. Para S. Agustín el amor es la fuerza gravitacional del alma, es su fuerza motriz. Y decía: *“Lo que es el peso para los cuerpos, eso es*

el amor para las almas... Mi amor es mi peso” (Ep 55,10,18). Según esto, “*¿quieres saber cómo es tu amor? Mira a dónde te lleva*” (En in Ps 121,1). “*Cada cual es lo que es su amor*” (In lo Ep 2,14).

Así pues, el amor es la energía del alma, la fuerza que la hace vivir, luchar y vencer. Todo lo bueno que se realiza, se realiza por la fuerza del amor. Cuanto más grande sea el amor, más grandes serán las obras que se realicen por sencillas que sean. El amor nos da alas para volar hacia Dios, pues no se contenta con las cosas de la tierra, sino que aspira siempre al infinito de Dios. Por eso, para amar de verdad necesitamos tener a Dios, que es Amor, en el corazón. El amor es la vida de Dios dentro del alma. Y si amamos a Dios, debemos amar también a los demás. Por eso, amar es querer el bien del otro, buscar siempre lo mejor para él, hacerlo feliz.

Amar es alegrarse de su felicidad y dolerse de sus desgracias. Es sentir a todos como hermanos y miembros de la misma familia de Dios. Amar es comprender y no rebajar al otro ni ridiculizarlo con palabras o acciones. Eso significa tener paciencia y ser tolerante con sus opiniones, pues las ideas se exponen no se imponen. Eso significa ponerse en el lugar del otro para que, si no podemos justificar sus acciones, al menos, podamos entenderlas para ayudarlo a ser mejor. Significa también fijarse más en lo bueno que en lo malo del otro; pues, si sólo vemos sus defectos y no vemos sus cualidades, vamos a crear anticuerpos y rechazos que van a malograr la convivencia y la paz. Esto supone no dejarse llevar de la ira a la hora de llamar la atención, sino hacerlo con delicadeza. Porque, antes de demostrarle a alguien que

tienes razón, debes demostrarle que lo amas. El amor debe primar sobre cualquier otra opción. Por eso, decía S. Agustín: *“En las cosas necesarias debe haber UNIDAD; en las cosas opinables, LIBERTAD y en todas las cosas, CARIDAD”*. Y la caridad es amor sin condiciones.

¡Qué importante es saber escuchar y dialogar sin acudir a los insultos o a la ira descontrolada! Siempre hay que evitar las groserías y la brusquedad. Amar es tratar al otro con delicadeza y tolerancia. Eso supone ser humildes y reconocer los propios errores y equivocaciones, pues la soberbia mata el amor. Decía S. Agustín que *“la humildad es el único cimiento con suficiente profundidad como para sostener el alto edificio del amor”* (Ser 69,4). *“Donde hay amor, no puede faltar la humildad”* (De sanc virg 53,54). Porque *“el humilde no puede dañar; en cambio el soberbio no puede no dañar”* (Serm 353,2).

Amar es perdonar siempre. El que devuelve odio por odio, contribuirá a que la oscuridad del mundo, que ya tiene pocas estrellas, sea cada vez mayor. Además, el odio nos embrutece y nos envenena por dentro. Sólo amando, podemos convertir al enemigo en amigo. De ahí que S. Pablo nos dice claramente: *“No te dejes vencer por el odio, vence al mal a fuerza de bien”* (Rom 12,21). Amar es respetar al otro y ayudarlo a crecer y desarrollarse como persona. El que impide a la persona amada crecer y desarrollarse por temor o por celos..., es que no sabe amar, tiene miedo al amor. El amor no sofoca al otro, sino que le da un margen de libertad para desarrollarse como persona. El que sólo busca su propio interés, sin importarle los demás, es un perfecto egoísta.

Amar es sufrir por la persona amada. Precisamente, el termómetro que indica nuestro grado de amor es nuestra capacidad de sufrir por la persona que amamos. ¿Cuánto es capaz de sufrir una madre por su hijo enfermo? Jesús nos dice que *“nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos”* (Jn 15,13). Él nos demostró su amor, muriendo en la cruz. ¿Eres tú capaz de ofrecerle tu cruz de cada día con amor, como hacen los santos? ¿Cuánto amas a Jesús? ¿Cuánto amas a tu peor enemigo? Así amas a Jesús, pues El dice: *“Lo que hicieris con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hacéis”* (Mt 25,40). Hay que amar a todos, incluso a los enemigos (Mt 5,44).

Lamentablemente, hoy día es muy frecuente confundir el verdadero amor con el sexo, como si las dos cosas fueran inseparables. Muchos jóvenes se buscan por interés personal, por egoísmo mutuo. Pero el que ama con un amor sensual, pronto se cansará y abandonará al otro. Cuando el amor es sólo atracción física y no un amor espiritual, que proviene de Dios y va a Dios, ese amor es falso y pronto terminará. Por eso, hay tantos divorcios en la actualidad, porque hay muchos matrimonios que se olvidan de Dios y su corazón está vacío del verdadero amor.

Muchos jóvenes consideran normales las relaciones sexuales prematrimoniales. Sin embargo, una relación sexual con una persona, a la cual no se hace el don total de sí y de la cual no se quieren tener hijos, no es más que una masturbación; es buscar el placer por el

placer. Podíamos decir que un acto matrimonial sin matrimonio es una contradicción, que empobrece el espíritu y a la persona misma. Decía Saint Exupery: *“La pasión, que acerca los cuerpos, aleja las almas”*.

Ahora bien, para amar al otro con madurez, se necesita tiempo para conocerlo. Hay un principio filosófico que dice que nadie ama lo que no conoce. De alguna manera, es cierto, en cuanto que el amor se puede ir construyendo cada día, en la medida en que se conoce al otro y se le acepta como es. Por ello, es tan necesario que los jóvenes enamorados tengan un largo tiempo de espera, de conocimiento mutuo, para poder madurar en su amor y no se dejen llevar del amor *“a primera vista”*. Ellos no pueden entregarse al placer sexual antes de tiempo, deben saber esperar. No se pueden coger las manzanas, cuando aún están verdes. Eso podría poner su amor en riesgo de perderse. Muchas veces, sucede que su inmadurez les hace pelear y separarse. Con frecuencia, el joven pierde interés por la enamorada, que ya ha conquistado y que le ha entregado fácilmente su tesoro escondido. Además, está en juego la vida de ese hijo, que puede venir y a quien considerarían un intruso por venir antes de tiempo, con todos los inconvenientes de querer abortarlo por el temor del qué dirán.

Precisamente, el aborto es uno de los pecados más graves que se pueden cometer, pues es un rechazo frontal al amor, que se merece ese hijo no nacido. ¡Qué contradicción! ¡Dicen que se unen por amor y después rechazan al fruto de ese amor! ¿Porqué? Porque su amor no era auténtico. Para que sea auténtico debe haber una donación total de sí mismos. Sin embargo, muchos jóvenes tienen miedo a la entrega total y

definitiva y prefieren convivir sin compromisos o casarse solamente por civil para que sea más fácil la separación. No se atreven, muchas veces, a sellar su amor para siempre con la bendición de Dios, porque están inmaduros para la gran tarea del amor, que debe durar toda la vida. En esto, creo, que influyen mucho sus padres, que deben educarlos con su buen ejemplo.

El amor no es un objeto descartable, cuando el otro ya no me sirve “*a mi gusto*”. Las personas no son desechables ni se miden por su utilidad. Amar no es juego ni un pasatiempo. Hay que tomar al otro en serio. Amar es olvidarse de sí para pensar en la felicidad del otro. Amar es darse a sí mismo y no tanto dar cosa materiales. Amar es caminar los dos juntos en la misma dirección sin retroceder jamás, es construir juntos una nueva vida con más luz y paz. Por eso, como diría el poeta Amado Nervo: “*Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor... Ama siempre que puedas, pero ama siempre y siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor*”. De un amor puro y limpio, fraterno y servicial, que no es sólo besos y abrazos interesados.

El amor es un camino de dirección única: parte siempre de ti para ir a los demás. Por lo cual, cada vez que tú amas algo o alguien para ti solo, cesas de amar, pues cesas de dar. Caminas en dirección prohibida. Amar es creer en el otro, es creer que es capaz de cambiar, es confiar en él, a pesar de que puede engañarnos, es ayudarlo a ser lo que tiene que ser. Hay que amarlo, no porque sea bueno, sino porque necesita de nosotros para ser mejor. El amor anima e infunde fuerza para mejorar,

suscita en los otros nuevas energías, que acaso estén escondidas y necesitan de nuestro amor para desarrollarse.

Amar es decir siempre la verdad. El amor y la verdad van siempre unidos. El que miente o engaña está creando desconfianza y la desconfianza va matando poco a poco el amor. Dice S. Pablo que el amor *“se alegra con la verdad”* (1 Co 13,6). Por eso, si amas, no mientas. Sé siempre sincero. No digas las verdades a medias, porque las verdades a medias son mentiras enteras. No hagas trampas. Amar es caminar en la verdad, vivir de verdad. Y decir la verdad es amar. Creo que en esto es muy importante enseñarles a los niños con el ejemplo, pues un buen ejemplo vale más que mil palabras.

S. Pablo diría que *“el amor es paciente y servicial. No es envidioso, no presume ni se engríe, no se irrita, no busca su propio interés, no se alegra de la injusticia, sino que se alegra con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo crece, todo lo espera, todo lo soporta. El amor es eterno”* (1 Co 13,4-8). No hay palabras para describir el amor. Es algo tan puro que sólo puede vivir en el alma. Es algo tan hermoso que los ojos humanos no pueden verlo. Decía Saint Exupery que *“sólo con el corazón se puede ver correctamente, lo esencial es invisible a los ojos”*. Pues bien, hay que amar a corazón abierto, sin descanso, noche y día, sin esperar nada a cambio. Hay que amar siempre, pues el verdadero amor debe ser definitivo, de por vida, un amor eterno. El que se cansa de amar, cuando no es correspondido, es que no ama de verdad. Y el que ama solamente cuando le aman, es que ama interesadamente.

Si dices: *“Te amo, porque te necesito”* o *“te quiero... para mí”*, eres un egoísta. Debes decir: *“Te necesito, porque te amo”*. Amar sin condiciones y para siempre. El amor debe ser incondicional y eterno. Dice San Agustín que en el camino del amor: *“Si dices ‘basta’, ya estás perdido. No te pares, avanza siempre, no vuelvas atrás, no te desvíes. El que no adelanta retrocede”* (Serm 169,8). *“Canta y camina”* (Serm 256,3). *“A Dios vamos, no caminando, sino amando”*. *“El que posee el amor, lo posee todo; a quien le falta, ni todos los bienes, por grandes que sean, le servirán de nada, porque no le pueden conducir a la vida eterna”* (In Io Ev 32,8).

El amor brilla en las almas que tienen a Dios

AMAR ES SONREIR

Y sonreír es amar. La sonrisa es uno de los mejores medios para demostrar nuestro amor a los demás y una de las más bellas expresiones del amor. La sonrisa es como un rayo de sol, que enviamos a los demás ¡Cuánta alegría puede producir la sonrisa pura y sincera! La sonrisa es un don, que Dios te da para los demás, y no puedes guardártela para ti solo. La sonrisa es una bendición de Dios para los demás. No niegues nunca tu sonrisa. Si alguien te rechaza y no te quiere, sonríele; si alguien se ríe de ti maliciosamente, sonríe; si alguien te insulta, sonríe. La sonrisa lima asperezas, da confianza, acorta distancias. La sonrisa es la distancia más corta entre dos personas.

Sonríe con agradecimiento al cartero, al panadero, al sacerdote, al policía o a cualquiera que te haga un favor. ¡Se puede hacer tanto bien con una sonrisa! Recuerdo un día que paseaba por la ciudad y vi a un pobre hombre, desconocido, sentado al borde de la acera. Lo vi con una cara muy triste y, al pasar, le sonreí y le dije: “*Que Dios te bendiga, hermano*”. Aquel hombre pareció salir de su ensimismamiento y me respondió: “*Gracias, Padre*”. Me sentí contento. Durante todo el día pensé en él y recé por él. Estoy seguro de que Dios lo bendijo y le dio un poco de paz a través de mi sonrisa, de mi bendición y de mi oración. ¡ Se puede con tan poco hacer felices a los demás!

La sonrisa allana el camino, cuando tenemos que corregir sin humillar, y ayuda a perdonar. Por eso, debemos practicar constantemente la caridad de la sonrisa. Si Dios nos sonríe a trav es de las flores y de las estrellas, de los niños y de la naturaleza entera,  por qué nosotros no podemos también sonreírle y sonreír a los demás?

Yo soy muy amigo de los niños y, con frecuencia, les regalo caramelos. Muchas veces, les digo con una sonrisa: *“Hola, yo te quiero mucho, toma un caramelo con mucho cariño”*. Y los niños me sonríen y me hacen feliz. Si queremos que nos sonrían los otros, debemos nosotros sonreír sin esperar nada a cambio. La gente es como un espejo, si le sonreímos, nos sonríe; pero si le ponemos mala cara, nos pondr  mala cara. Y cuando nos cueste sonreír, porque estamos enfermos o muy preocupados, sigamos sonriendo, aunque sea con el corazón, porque la vida continúa y hay que seguir amando a los demás. El mundo necesita de tus sonrisas y de tu amor.  Por qué no comienzas hoy mismo? No importa, si algunos te critican o no te comprenden. El amor de Dios suplir  lo que t  no puedes hacer.

El Pbro. José Luis Martín Descalzo cuenta en uno de sus libros que, un día, hizo la experiencia de sonreír a todas las personas que veía por la calle, diciéndoles: *“Buenos días”* o *“Buenas tardes”*. Algunos le contestaban mecánicamente, sin interés. Otros muchos no decían nada y se extrañaban de que un desconocido se atreviera a sonre rles y saludarles. Y es que el mundo está falto de sonrisas y falto de amor. Comienza t  por poner cada día tu granito de arena en la construcción de un mundo más feliz, siembra de sonrisas las vidas de los que te

rodean y ellos te responderán también con sus sonrisas y te harán también más feliz.

Un domingo, un amigo mío fue a un parque para ver jugar a los niños y distraerse. Había unos niños, jugando a la pelota. En un cierto momento, la pelota llegó a donde estaba mi amigo y él se la devolvió a uno de los niños con una sonrisa. Y el niño le dijo a su compañero, todo feliz: *“Ese hombre me conoce “*. Así interpretó él la sonrisa de mi amigo. La sonrisa lanza cables de amistad entre los hombres y hace más fácil la convivencia.

La sonrisa hace bello hasta el rostro de la mujer fea. La sonrisa transforma nuestro interior y nos da alegría. La sonrisa sincera es un regalo de Dios, que nos sonrío desde nuestro corazón. Cada mañana, al despertar, El te sigue bendiciendo y sonriendo. ¿No podrías hacer tú lo mismo con los demás?

AMAR ES SERVIR

Y servir es amar y ayudar al otro a ser más feliz. Decía Jesús: *“El que quiera ser el primero, que sea vuestro servidor; así como el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir”* (Mt 20,27-28). Se ha dicho que el que no vive para servir, no sirve para vivir. Y Tagore decía: *“Soñé que la vida era alegría, desperté y vi que tenía que servir; serví y vi que servir es alegría”*. La alegría de servir y ayudar muy pocas personas la han descubierto. Nuestro egoísmo nos lleva a ver como enemigos a todos aquellos que nos quieren sacar de

nuestras comodidades y de nuestros planes. No queremos pasar por tontos, aguantando sin motivo, perdonando sin condiciones o sirviendo “*fuera de hora*”. Pero el amor no tiene horario fijo. Hay que estar siempre disponibles para el que nos necesite.

Recuerdo mucho a mi maestro de novicios. Siempre que venía algún visitante a nuestra casa, era el primero en levantarse de la mesa para atenderlo y servirlo. Después de comer, él mismo se ofrecía a fregar los platos. Era un ejemplo para todos por su espíritu de servicio y su alegría en hacerlo. ¡Cuántas alegrías perdidas por no servir!

En una carretera española, de Salamanca a Valladolid, un sacerdote tuvo un accidente. Cayó de su motocicleta y se quedó consciente, pero sin poder moverse. Y sentía cómo pasaban los coches sin detenerse; alguno se detenía y decía: “*está muerto, ya no hay nada que hacer*”, y seguía su camino. Él creía que iba a morir y nadie lo auxiliaba, hasta que, por fin, alguien se detuvo y lo llevó al puesto de socorro más cercano. Éste es un caso real, actualizado, de la parábola del buen samaritano. ¡Cuántos hay que dicen: “*No tengo tiempo para ayudar, tengo prisa*”! Pero, si ellos estuvieran en su lugar, ¿no les gustaría que los ayudaran?

Por eso, Jesús nos da la regla de oro para vivir y amar: “*Haz a los demás lo que quieras que te hagan a ti*” (Mt 7,12). O como dice el libro de Tobías: “*No hagas a nadie lo que no quieras para ti*” (Tob 4,15). Si nos gusta que nos sirvan, que nos quieran, que nos sonrían, que nos

traten bien, hagámoslo también a los otros. No nos gusta que nos mientan, que nos insulten, que nos hagan sufrir, no lo hagamos tampoco a los demás.

Ahora bien, para estar dispuestos a servir y ayudar, debemos superar nuestro afán desmedido de comodidad, que nos lleva a querer ser servidos en lugar de servir. También hay que aprovechar bien el tiempo. Hay mucha gente que pierde, miserablemente, el tiempo, viendo demasiada televisión, hablando demasiado, durmiendo demasiado o, simplemente, saliendo a la calle a pasear o divertirse más de lo razonable. ¡Cuántas horas perdidas! ¡Cuánto daño hace la pereza y la ociosidad! Así nunca tendrán tiempo para cumplir sus obligaciones personales, familiares o sociales, y menos aún para poder ayudar a los demás. Se ha dicho siempre que la ociosidad es la madre de todos los vicios. Por eso, los ociosos, que pierden mucho tiempo en cosas inútiles, nunca podrán ser responsables y no tendrán tiempo para servir, pues estarán cerrados, pensando sólo en sí mismos como perfectos egoístas.

Servir significa también atender con paciencia a los niños, a los ancianos, a los enfermos. ¡Cuántas veces, en las familias, se los descuida! He visto a padres ancianos, reclusos en el último rincón de la casa, donde solamente son atendidos por la empleada doméstica. Se han dado casos de llevarlos al hospital, cuando se van de vacaciones, para evitarse un problema, porque no pueden dejar sus vacaciones por culpa del “viejo”. Esto ocurrió en un pueblo de España. Los hijos abandonaron a su padre en un hospital con la excusa de hacerle un

chequeo médico, y ellos se fueron tranquilamente de vacaciones. Cuando a los tres días le dieron de alta y regresó a la casa, la encontró cerrada. Y se quedó en la escalera, esperando, sin ganas de comer hasta que murió de pena por la falta de atención y cariño de sus hijos. ¡Él, que tanto se había sacrificado por ellos, cuando eran niños! ¡Hay que servir para ser feliz!

Recuerdo el cuento de una niña muy triste, que nunca sonreía y creía que nadie la quería. Un día salió al campo y se encontró una mariposa atrapada en un matorral. La liberó y, entonces, la mariposa se le manifestó como un hada maravillosa, que le agradeció su gesto de bondad y le dio un secreto para ser feliz. Le dijo: *“Aunque los hombres parezcan autosuficientes, no lo creas. Todos necesitan de ti para ser felices”*. Desde aquel día, cambió totalmente su actitud mental. Y convencida de que todos la necesitaban para ser felices, hacía todo lo posible por ayudarles. Los saludaba y les sonreía siempre y estaba bien atenta a ver dónde había una persona triste para consolarla o un pobre que la necesitaba o alguien, a quien servir. De esta manera, aquella niña tímida y seria se convirtió en una persona amable, sonriente y feliz. Era feliz, haciendo felices a los demás. Y, cuando después de un tiempo les descubrió su secreto, todos quisieron aprender la lección y se esforzaron por hacerse mutuamente felices. Así consiguieron que, en aquel pueblo, reinara siempre el amor, la alegría y la paz.

Pidamos a Jesús ser instrumentos de amor y de paz en el mundo. Digámosle con S. Francisco:

Señor; hazme un instrumento de tu paz,
donde haya odio lleve yo tu amor.
Donde haya injuria, tu perdón, Señor.
Donde haya duda, fe en Ti.

Hazme un instrumento de tu paz.
Que lleve tu esperanza por doquier.
Donde haya oscuridad lleve tu luz.
Donde haya pena, tu gozo, Señor

AMAR ES COMPARTIR

Amar es darlo todo y darse uno mismo. Por eso, el que ama no puede guardarse nada para sí. Tiene que compartirlo todo con aquél a quien ama. Pero imaginemos una madre que mata a su hijo por el aborto, con la excusa de no tener dinero. ¿Será una buena madre? La vida no hay que verla solamente desde el punto de vista económico. Por tanto, no te dejes absorber por el afán del dinero, porque *“los que quieren enriquecerse, caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas, que hundan a los hombres en la perdición y en la ruina, porque el afán del dinero es la raíz de todos los males”* (1 Tim 6,9-10). Más que pensar en aumentar los dólares de tu cuenta

corriente, debes pensar en aumentar tu amor. Más que pensar tanto en tener y tener cosas, debes pensar en ser más como persona.

Aunque seas pobre, anciano o enfermo, tu vida tiene sentido, puedes seguir mejorando como persona y puedes hacer lo más grande y útil del mundo: AMAR. Comparte tu amor, tu fe y tus cosas materiales con los demás. Nunca digas: *“Esto es mío y hago con ello lo que me da la gana”*. No somos dueños, sino administradores de los bienes de Dios. El te los ha dado para ti, pero también para que los compartas con los demás, ya que todos los bienes tienen una función social. Si no los compartes, quizás se te van a apolillar o te los robará el ladrón, pero lo cierto es que te harás más egoísta y tu corazón estará más vacío cada día. Y no conocerás la alegría de dar. Decía Jesús: *“Dad y se os dará una medida buena, apretada, colmada, rebosante”* (Lc 6,38). *“Hay más felicidad en dar que en recibir”* (Hech 20,35).

Comparte todo lo que tienes, no sólo lo material, también tu tiempo para visitar y consolar a los enfermos; tus cualidades intelectuales para enseñar al que no sabe; tu paciencia para comprender. ¿Por qué no separas cada mes el diez por ciento de tus ingresos, es decir tu diezmo, para darlo a los pobres, a tu Iglesia o a Instituciones de caridad? Dice Dios: *“Traedme íntegramente los diezmos y probadme en esto, a ver si no abro yo las esclusas del cielo y no derramo sobre vosotros la bendición sin medida”* (Mal 3,10). Dios no se deja ganar en generosidad. *“Dios proveerá a todo lo que os falta según sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”* (Fil 4,19). *“Y es poderoso para acrecentar en vosotros todo género de gracias para que, teniendo siempre y en todo lo bastante, abundéis en toda buena obra”* (2 Co 9,7-8). Sal de ti

mismo y da sin esperar recompensa. Y Dios te hará sentir su alegría dentro de tu corazón y te bendecirá.

Dios ama al que da con alegría (2 Co 9,7)

AMAR ES AGRADECER

Y agradecer es amar. Lamentablemente, hay demasiados hombres ingratos y desagradecidos, que no saben reconocer lo que otros han hecho por ellos. Cuántos hijos exigen y exigen de todo a sus padres, pero ellos no dan nada más que desobediencias y disgustos. Son rebeldes y gastadores y no hacen caso de los consejos de sus padres. Amar significa agradecer tantos desvelos y sacrificios que han hecho por nosotros y saber respetar y obedecer. Pero muchos prefieren seguir a “sus amigos” que a sus seres queridos.

Hay un libro titulado “Tácticas del diablo”, en el que el diablo escribe cartas a un jovencito. El diablo le hace creer que es su amigo y le aconseja amar a los pobres, pero tener antipatía y rechazo a su familia. Y, de esta manera, lo va alejando de ella para hacerlo caer en las redes de malos amigos, que lo llevan a la violencia dentro de una agrupación terrorista. ¡Hasta dónde se puede llegar por no obedecer! Algo parecido le pasó a una jovencita, que se enamoró por “correo electrónico” de otro supuesto joven; pero que, en realidad, era un viejo estafador, que sólo buscaba engañarla para que le entregara dinero.

Cierto día un muchacho, desobedeciendo a sus padres, se fue a nadar. No había gente y él se lanzó al mar, seguro de su destreza; pero las olas eran fuertes y lo fueron arrastrando mar adentro. Se estaba ahogando, cuando alguien pasó por allí, lo vio y, sin pensarlo dos veces, se lanzó a auxiliarlo y lo salvó. Cuando estuvo a salvo, el joven le dijo: *“Gracias, por haberme salvado la vida “*. Y el otro le respondió: *“Demuéstrame que ha valido la pena haberte salvado. Dios te ha dado una segunda oportunidad”*. Desde aquel día, el joven se esforzó en estudiar más y en obedecer. Quería demostrar a todos que su vida no había sido salvada en vano.

Agradecer significa valorar los bienes recibidos y no desperdiciarlos. No podemos exponer la vida a peligros inútilmente, como tantos jóvenes que juegan a la “ruleta rusa”, conducen en estado de ebriedad o a gran velocidad. También significa cuidar con esmero los dones recibidos. No malgastar el dinero, evitar excesos que dañen la salud, salvar a toda costa la unión y el amor de la familia y desarrollar al máximo los talentos recibidos. Agradecer supone devolver, amor por amor. Qué hermoso es cuando un esposo, reconociendo lo que su esposa hace por él, le da una flor, unos dulces, le dice unas palabras de amor o le escribe una tarjeta: *“Gracias por tu vida, por el cuidado de los niños, por la comida de todos los días, por ser tan buena conmigo y por el cariño con que me cuidas y me haces feliz. Te quiero mucho “*. El agradecimiento es como un fuego, que aumenta el amor y da ánimo para seguir amando. Ciertamente, debemos amar y ser agradecidos con todos, pero de modo especial con nuestros familiares y amigos.

Y ahora piensa en Dios, que te lo ha dado todo. Todo lo que eres y tienes es un DON de Dios. ¿Se lo has agradecido alguna vez? ¿Le has dicho alguna vez: Gracias por mi vida, mi familia, la salud, el trabajo, mi fe católica? ¿Sabes obedecerle? ¿Serás tan ingrato y mezquino de no darle ni siquiera una hora los domingos para ir a visitarlo y agradecerle sus beneficios en la misa dominical? ¿No tienes nada que agradecerle? ¿Crees que tienes derecho a todo lo que posees y has recibido? ¿Serás capaz de ofenderlo con tus desobediencias ante tantos beneficios recibidos? No seas ingrato, sino agradecido. S. Pablo nos aconseja: *“Debemos dar gracias a Dios en todo tiempo”* (2 Tes 1,3). *“Dad en todo gracias a Dios”* (1 Tes 5,18). *“Sed agradecidos”* (Col 3,15).

Ama y agradece. Agradece y ora. Respeta y obedece. Ten delicadeza y atenciones con quienes te sirven y haz felices a todos. Recuerda que agradecer significa también esforzarse por cuidar y desarrollar los bienes recibidos para compartirlos con los demás.

Gracias, Señor por mi vida, porque Tú me amaste desde siempre. Gracias por haberme creado, por haberme redimido, por haberme salvado, por haberme perdonado, por haberme esperado y por seguir confiando en mí. Gracias por mi familia y mi fe católica. Quiero ser siempre agradecido y feliz. Inspírame cómo debo actuar lo que debo pensar lo que debo decir lo que debo callar lo que debo escribir y cómo debo amar.

El amor es siempre agradecido

AMAR ES ORAR

Una de las mejores maneras de ser agradecidos y de amar es orar por los demás. La oración de intercesión por los demás es imprescindible, si amamos de verdad. El amor a los otros tiene muchas facetas: comprensión, paciencia, servicio..., pero no debe faltar la oración. Decía un director espiritual que la oración es el amor en acción, que traspasa montañas y llega a todo el mundo. No podemos reducir nuestro amor al pequeño círculo de nuestros amigos y familiares. Nuestro amor y nuestra oración deben abarcar el mundo entero. Cuando una contemplativa o un cartujo, en el silencio de su convento, oran a Dios, su vida no está cerrada, sino que está abierta a todos los hombres. Y a ellos los llevan en su corazón diariamente ante el altar de Dios. Sus vidas irradian amor a toda la humanidad. Y, aunque parezcan inútiles para algunos, son las más ricas en bendiciones para todos.

Tú practica la caridad de la oración con todos. La oración libera el alma de las nubes negras del resentimiento. Ora por los que te han hecho daño, ora por tus familiares para que haya más comprensión y unión en tu familia, ora para poder perdonar... Tú no juzgues, ama y ora. ¡Qué hermoso es poder decirle a alguien: *“Te llevo en mi corazón y en mi oración”!* ¡Cuántos regalos y bendiciones podemos obtener de Dios para los demás y para nosotros mismos! Muchas veces, he pensado que el sacerdote, de modo especial, debe ser un hombre de

oración. Debería ir por todas partes, orando y bendiciendo a los demás. ¡Cuánto vale la bendición sacerdotal, cuando se da y se recibe con fe! Pero no sólo el sacerdote puede bendecir, con todo el poder de Dios, también los demás, en cierto modo, pueden bendecir, diciendo frecuentemente, a modo de saludo: “*Que Dios te bendiga* “. Esta será una bella oración y Dios bendecirá realmente.

Dice Jesús: “*Benedicid a los que os maldicen*” (Lc 6,28) y S. Pablo: “*Benedicid a los que os persiguen, bendecid y no maldigáis*” (Rom 12,14) “*Benedicid, pues hemos sido llamados a ser herederos de la bendición*” (1 Pe 3,9)

En el Antiguo Testamento, se habla mucho de las bendiciones de los padres a los hijos. Dios mismo enseña a bendecir, diciendo: “*Que Dios te bendiga y te guarde. Que haga brillar su rostro sobre ti y te conceda la paz*” (Num 6,24-25). Bendice a los demás con tu oración. Reza, especialmente, por los que están tristes, los ancianos, los enfermos, los niños, los que están lejos del amor de Dios. Todos te necesitan. Ámalos y llévalos cada día en tu oración.

Piensa en este momento en alguna persona que te haya ofendido y a quien te resulte difícil perdonar. Levanta tu mano derecha al cielo y di su nombre: “*Te bendigo en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*”. Esto lo puedes hacer muchas veces y lo mismo puedes decirles a los enfermos

A veces, cuando visitamos a los enfermos, no bastan las buenas palabras ni los chistes. Hay que decir palabras luminosas, llenas de fe y amor, pero, sobre todo, hay que orar por ellos y con ellos. Deja a los enfermos el mejor regalo de tu visita: tu oración y tu bendición. Y, si consigues que otros oren por él, las bendiciones que recibirá serán enormes. Por tanto, ante problemas graves, familiares o sociales, organiza cadenas continuas de oración, a ser posible ante Jesús sacramentado. Y verás milagros en tu vida. La oración siempre es eficaz y muchas cosas Dios nos las da, si se las pedimos. “Pedid y recibiréis” (Mt 7,7).

La Madre Briega Mackenna tiene un poderoso ministerio de sanación. Ella cuenta en su libro “Una historia de amor” que, con frecuencia, ora a miles de kilómetros de distancia, por teléfono, por algún enfermo y, aunque no entiendan su lengua, muchos quedan sanos. El poder de Dios es maravilloso. Una oración de fe vale más que cien mil palabras de buena Voluntad. Ella cuenta que, un día, la llevaron a un hospital a orar por dos niños enfermos. *“Hice una oración muy corta, porque estaba en camino a aeropuerto. Los padres quedaron desilusionados, porque yo tenía prisa. Yo les explique que el Señor estaba allí y aunque la oración había sido corta, su poder siempre está presente. Después de cinco meses regresé y se me acercó una señora y me dijo: “este es Daniel “. Y me contó que era el niño por el que había orado aquel día y que había estado en coma desde hacía ocho meses. Me dijo que habían estado muy tristes, porque parecía que no había sucedido nada aquella mañana. Pero, con gran sorpresa, a la mañana siguiente, el niño salió del coma y, poco a poco,*

se fue sanando totalmente. Y allí estaba Daniel, corriendo y jugando feliz. El otro niño, que tenía un tumor en el cerebro, fue llevado a ser operado, unos quince minutos después de orar por él. Pero no lo pudieron operar, porque el tumor estaba en el lugar muy peligroso. Había pocas esperanzas de vida, y sin embargo, el tumor empezó a reducirse y a las pocas semanas estaba del tamaño de un alfiler. Hoy está también sano, Recuerden que, para nuestro Padre Dios, no hay nada imposible”.

He aquí nuestra misión: amar y orar. No importa que no seamos santos, sino pecadores. El que actúa es Dios. Y Cristo ha dicho: *“El que cree en Mí, impondrá las manos sobre los enfermos y éstos quedarán sanos”* (Mc 16,18) Ora y pide oración. Dios hará el resto y, si no te concede lo que pedías, sigue creyendo en su amor misericordioso y que, por las oraciones le ha dado lo que era mejor para él; aunque no lo puedas entender. Ante la muerte de Lázaro, Jesús le dijo a María, antes de resucitarlo: *“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque muera, vivirá y todo el que vive y cree en Mí, no morirá para siempre, ¿Crees tú esto? Y ella dijo: Sí, Señor”* (Jn 11,25,26). Si crees, verás la gloria de Dios (Jn 11,40).

“La oración del hombre bueno es muy poderosa, orad unos por otros para ser curados”(Sant 5,16).

AMAR COMO A NOSOTROS MISMOS

Jesús dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. Este es el primero y principal mandamiento El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22,37-40). La medida del amor al prójimo es el amor que te tienes a ti mismo. Por lo cual, si amas de verdad, debes ver al otro tan importante como te ves a ti mismo, valorarlo como te valoras a ti mismo, pensar de él como piensas de ti mismo. Luchar por su felicidad como luchas por la tuya. Defender su fama, su honra, su imagen, como defiendes la tuya.

Lo triste es ver personas, que no se aman a sí mismas. ¿Cómo podrán amar a los demás, si no se aman a sí mismas? Por esto, es tan importante aceptarnos como Dios nos acepta: con nuestras cosas buenas y malas, tal como somos en este instante. Con nuestro cuerpo y nuestra inteligencia, con nuestras ilusiones y esperanzas, con nuestras limitaciones y defectos. ¿Alguna vez le has dicho a Dios: “gracias”? Él te ha hecho a su gusto y te ha dado una misión única en el mundo y confía en ti. No lo defraudes. Piensa que tú no eres fotocopia, eres único. No te compares con los que tienen más y mejores cualidades que tú. Ellos tienen su propia misión. Tú sé agradecido y dale gracias por tantas cosas que te ha dado, que otros no tienen. Tú eres hijo de Dios, imagen de Dios. El creador del Universo es tu Padre y tú vales más que todo el Universo. Míralo a los ojos y dile con amor: “Padre mío, gracias por ser así”.

Amate a ti mismo y ama a los demás.

Ama tu vida, que late en ti.

Ama la sonrisa, que brilla en tu rostro.

Ama tu mirada, que contempla la luz.

Ama tu cuerpo, que es obra de Dios.

Ama tu espíritu, inmortal e infinito.

Ama tus manos, que extiendes al amigo.

Ama tus brazos, que abrazan al hermano.

Amate, porque tú eres más grande que todo el Universo
y vales más que todas las cosas juntas.

Canta un himno de amor a la vida y ama a los demás.

Ama sin reclamar nada, porque el amor es desinteresado.

Sin calcular desventajas, porque amar es sacrificarse.

Sin poner condiciones, porque amar es darse sin medida.

Sin exclusivismos, porque el amor es de Dios.

Victor Frankl, el famoso psiquiatra vienés, cuenta que, estando prisionero en el campo de Dachau, planeó escaparse y un día lo consiguió; pero sintió remordimiento por todo el mal que podían hacerles a sus compañeros por su culpa. Así que decidió regresar esa misma noche, pensando que no tenía derecho a ser feliz él solo, cuando había tantos compañeros, que estaban sufriendo y podían morir por él.

No te guardes el amor exclusivamente para ti solo, pues entonces será como el agua que se queda estancada y se pudre. El amor, que no se da, se convierte en egoísmo. El amor es un regalo, que Dios te da, para los demás. No seas como aquel pobre, encontrado muerto en la calle, que vi vía de limosna, y le encontraron en el forro de su abrigo varios miles de dólares. ¿Para qué tanto dinero, si no le servía ni para sí mismo? ¿Por qué en vez de pedir no podía dar? A veces, somos como este pobre hombre, millonarios en el espíritu, con maravillosas cualidades, que las enterramos por desidia, flojera o debilidad.

Nuestra vida es lo que es nuestro amor. Una gran vida es un gran amor. Una vida miserable es un amor miserable. El amor es un tesoro que no tiene precio. Hace “rico” al pobre y, si le falta, hace “pobre” al rico. “Si alguien quisiera dar por él todo lo que tiene en su casa, se ganaría el desprecio” (Can 8,7). El amor no se compra ni se vende, debe ser gratuito y sin condiciones. “Es una llama de Dios” (Cant 8,6), que da vida a nuestro corazón, y que, sino se comparte, se apaga. Alguien ha dicho que, en tu corazón, habrá tantas estre llas brillantes, cuantas personas hayas amado y hayas hecho felices.

Soy feliz haciendo felices a los demás

AMARA CADA SER HUMANO

Debes amar a todos sin excepción, a cada ser humano que se acerca a ti, incluso a ese pobre harapiento, anciano o enfermo, que no tiene dónde vivir y duerme a la puerta de tu casa. Amar es poder decirle

desde lo más profundo de tu corazón: “Te amo “. Debes amarlo por sí mismo, como persona, por encima de sus cualidades físicas, morales o intelectuales. Piensa en un niño anormal ¿acaso su vida no tiene sentido? Para Dios no hay vidas inútiles. Por eso, los minusválidos y enfermos también deben ser amados con todo nuestro amor. Imaginemos que dos recién casados salen de luna de miel, y el mismo día de su boda tienen un accidente y el joven esposo queda inválido e inútil para, toda su vida... Si ella lo deja y se casa con otro, ¿no estaría indicando que su amor era un pobre amor? En cambio, si lo acepta como esposo de por vida, a pesar de tenerle que atender en todo y a pesar de todos sus sufrimientos, ¿no manifestará un amor profundo, que llega hasta la eternidad?

Tú debes amar a todos, incluso a los no nacidos. Recuerda lo que dice Jesús: “Dejad que los niños vengan a Mí y no se lo impidáis” (Mt 19,14). No seas de los que ven el aborto como una simple interrupción del embarazo, como si sólo expulsaran un pequeño tumor indeseable. Es un ser humano concreto, a quien Dios ha creado con infinito amor y tú no tienes derecho a quitarle la vida. ¡Qué grave es matar a un ser humano! Precisamente por esto, Juana Beretto Molla, una mujer italiana, que era médico cirujano, prefirió morir antes que abortar. Cuando su médico le decía que tenía que abortar para salvar su vida, ella respondía: “Doctor, eso no se dice a una madre “. Murió el 28 de Abril de 1962. Juan Pablo II la beatificó el 24 de Abril de 1994 en presencia de su esposo, de sus hijos y de aquella hija de sus entrañas, que ahora vive gracias a su decisión heroica de morir antes que abortar.

¿Amas tú a estos niños aun no nacidos? Ellos también necesitan sentir ser amados aun antes de nacer. No debes olvidar que el feto oye, percibe, siente, aunque sea de una manera peculiar. Y los mensajes de afecto y ternura, que le envía su madre, son recibidos con agrado y afectan a su buen desarrollo físico y emocional. Por esto, es tan grave que la mamá no desee tener a ese niño ya concebido, pues al sentir amenazada su vida, el niño no se sentirá querido y deseará morir. Y, aunque venga a la vida, nacerá con traumas, que afectarán su desarrollo.

Pero también después de nacidos necesitan ser queridos. En un hospital hicieron una experiencia. Un grupo de enfermeras se ofreció a dar toda clase de caricias y cariños, durante cinco minutos al día a un grupo de niños enfermos. Los resultados fueron espectaculares. Los niños tratados con ese cariño especial, aumentaron de peso con rapidez, se desarrollaron más deprisa y más robustos que los otros niños que no habían recibido las caricias. Incluso, se dio la curiosa circunstancia de que los niños acariciados tenían quince puntos más de inteligencia que los otros.

Otra experiencia parecida hicieron en un orfanato de Estados Unidos, con niños de tres y cuatro años, Escogieron veinticuatro niños al azar y los dividieron en dos grupos de doce niños cada uno. Un grupo fue llevado todas las tardes a un centro de jovencitas, retrasadas mentales, para que cada una tomara a su cargo un niño y le diera cariño y amor, como si fuera su mamá. Ellas asumieron su papel con mucho realismo y los niños se sentían felices de ser queridos personalmente y no en grupo. Esta experiencia de dos horas diarias, durante tres años

tuvo sus efectos. Después de veinticinco años, hicieron la evaluación de estos niños ya adultos. Y pudo comprobarse la gran diferencia. De los niños, que habían seguido la vida normal del orfanato, algunos habían muerto jóvenes y todos habían fracasado en su matrimonio. Ninguno de ellos había conseguido un título profesional ni puestos destacados en la sociedad. En cambio, de los niños que habían recibido el cariño de las jóvenes retrasadas, todos menos uno, tenían felices matrimonios y todos tenían trabajos bien remunerados. La diferencia la había marcado el amor.

No caigamos en el error de dejarnos llevar por sentimientos negativos y rechazar a los demás. Hay quienes rechazan en los otros los mismos defectos que rechazan en sí mismos. Por ejemplo, un gordo puede sentir un rechazo instintivo a otro gordo, y lo mismo un cojo o un feo. Sé positivo y no veas solamente los defectos de los demás. ¿Qué te parece, si hicieran la historia de tu vida escribiendo solamente todo lo malo que tienes? Creo que parecerías el hombre más perverso del mundo. Pero, por encima de tus defectos tienes muchas cualidades. Como dice la canción: Hay mucho más azul que nubes negras. Hay mucha más luz que oscuridad.

No veas a los demás como simples objetos descartables de los que puedes servirte. Y, si no pueden servirte, entonces, no te interesan ni les das la mínima importancia. Son seres humanos necesitados de cariño y comprensión como tú. Evita herir sus sentimientos. Antes de corregir, alaba sus puntos positivos o habla de tus propios errores

cometidos. No uses el sarcasmo o la risa irónica o palabras hirientes. Nuestro primer deber es alegrar la vida de los demás.

No molestes a los demás sin necesidad con ruidos estridentes, fiestas nocturnas o acciones o palabras ofensivas. Sé siempre pacífico y colabora en las tareas de la Comunidad. Pero no olvides que para dar paz, debes tener paz y sólo Dios da la paz. La paz del corazón es el corazón de la paz. Sé generoso y colaborador. No te aproveches de los demás o de tu puesto para beneficio propio.

No los veas como simples números. Los seres humanos no son números de una fábrica, de una cárcel o de un hospital. En una ocasión, estaba un grupo de enfermeras de guardia en un hospital y, como era de noche y no había mucho trabajo, se pusieron a jugar a las cartas. De pronto, una de ellas escuchó un ruido extraño en una de las habitaciones y fue a ver qué sucedía. Y regresó tranquila, diciendo: “Es el número 137 que se está muriendo “. Era un viejecito, que ya estaba en estado terminal, pero para ellas era un número más . Y siguieron jugando tranquilamente.

Recuerdo que un día vi por televisión “la mejor fotografía “, que había sido galardonada con un gran premio internacional. Se veía a un niño moribundo, caído en tierra, con unos buitres a su lado, que estaban esperando para comérselo... Era un niño, que moría de hambre como tantos otros, en un pueblo de Etiopía. El periodista había tomado ya varias fotografías al niño, que se tambaleaba sin rumbo por las afueras

de su pueblo, buscando algo de comer. El niño se caía y se levantaba, hasta que al fin no se levantó más. El periodista, después de hacer “su trabajo”, dijo que sólo había tirado una piedra a los buitres para espantarlos. Me pregunto: ¿Podría dormir aquella noche? ¿No le remordería la conciencia por haber dejado morir a aquel niño sin ni siquiera darle una caricia y una muestra de amor?

La M. Teresa de Calcuta, al principio de su misión entre los más pobres de entre los pobres de Calcuta, salía todas las mañanas con una compañera para recoger a los moribundos de las calles, para ayudarles a bien morir. No podía hacer otra cosa. Pero ¡qué grandeza de misión! ¡Ayudar a bien morir y dar un poco de amor a aquellos seres humanos, que habían vivido toda su vida sin amor! Un día uno de ellos le dijo: “Madre, he vivido como un animal y ahora muero como un ángel”. Ella no juzgaba ni condenaba a tantas madres que tiraban a sus hijos a los basurales o tantos hijos que tiraban a la calle como un estorbo a sus padres ancianos. Ella sólo los recogía para darles amor. Y, por eso, decía siempre que, si no querían tener los hijos concebidos, que no los abortaran, que se los dieran a ella, que encontraría alguna familia que les daría todo su amor.

Otra muestra de amor, muy especial, para los hijos recién nacidos es bautizarlos cuanto antes, para que vivan con la plenitud de la vida de Dios, como cristianos e hijos de Dios. Los padres tienen la responsabilidad de bautizarlos cuanto antes, pues si mueren sin bautismo, aunque vivan en Dios para siempre, no tendrán la misma

capacidad de amarlo eternamente como un niño que ha muerto bautizado, en la plenitud del amor de Dios.

Tú, ama a todos con un amor personal, incluso a los más pequeños, pobres y necesitados. Y ámalos, incluso, a pesar de sus ideas contrarias a las tuyas. Que no te ocurra a ti como aquellos dos teólogos, que se creían dueños de la verdad y se excomulgaban mutuamente, llamándose herejes. Resultó que murieron el mismo día y se presentaron ante el trono de Dios. Y ambos se esforzaron por defender sus ideas y tratar de que Dios les apoyara, pero Dios no entendía nada. Entonces, les miró el corazón y vio que estaba vacío y sin amor. Eran muy inteligentes, tenían muchas ideas, pero no tenían amor y ¿de qué vale todo sin amor?

Había una vez un rey que tenía una central hidroeléctrica para él solo. Y por las noches iluminaba su palacio de cristal para que todos lo vieran como una luz en la oscuridad. Todos lo alababan y se sentía orgulloso. Pero su corazón estaba en tinieblas, porque le faltaba amor. Un día, visitando su reino, se encontró con un hombre pobre, alegre y sonriente. El rey le preguntó:

- ¿Eres feliz?
- Sí, le respondió, porque tengo la luz de Dios dentro de mí.
- Y ¿cómo se consigue tener esa luz en el corazón?
- Amando a los demás. El amor es luz del alma.

El rey se quedó pensativo y, cuando volvió a su palacio, decidió amar a los demás y compartir con ellos el tesoro de la luz eléctrica, que hasta entonces había guardado celosamente para él. Y al dar luz, recibió luz. Y al amar, recibió amor y se sintió feliz. Quizás tú has sido egoísta guardándote muchas cosas para ti solo. Y no eres feliz. Ya sabes el camino: dar luz y amor.

Hay corazones que están en permanente oscuridad y no pueden distinguir un hombre de un ser humano y, por eso, no lo valoran y lo tratan con desprecio. Tratan mejor a las cosas o a los animales que a los seres humanos. Quizás sean ecologistas o de la sociedad protectora de animales, pero no son muy “humanos”.

Una vez un maestro espiritual les preguntó a sus discípulos: ¿cuándo se puede distinguir el día de la noche? Uno respondió: cuando se puede distinguir una vaca de un caballo. No, le respondió el maestro. Otro respondió: cuando se puede distinguir un manzano de un cerezo. No, le respondió también. “Cuando puedas mirar al rostro de otro ser humano y veas en él a un hermano, entonces, será de día en tu corazón “.

Por ende, no te preocupes demasiado del qué dirá la gente, sino del qué dirá Dios. No pienses tanto en quedar bien ante la gente, sino en que dar bien ante Dios. Sigue tu camino de amor y haz el bien sin mirar a quien y Dios te bendecirá. Haz que en ti la vida y el amor sean una misma cosa. Vive de amor y ama viviendo. Porque quien ama, vive, y vive en la medida de su amor. Quien no ama, no ha nacido aún. Y el

que vive sin haber amado, morirá sin haber vivido, es decir será un eterno cadáver espiritual.

El amor es la luz y la alegría del alma

CRECER EN EL AMOR

He aquí la meta y consigna que debe tener todo ser humano. No podemos quedarnos estancados y, menos, retroceder. Y, en las cosas del espíritu, el que no avanza retrocede. Es como aquél que va remando en un río contra corriente y que, si deja de remar, y se deja llevar, en poco tiempo retrocederá todo lo que había avanzado. El alma es como un globo que se va inflando o desinflando de acuerdo a nuestras buenas o malas obras. Tal como sea nuestra capacidad de amar al momento de la muerte, así seremos felices toda la eternidad.

Lo triste es que muchas personas se van cortando las alas cada día y se van incapacitando más y más para amar, al perder su libertad. Para amar de verdad hay que ser libres. Pero sólo Cristo nos da la verdadera libertad, que es distinta del libertinaje de los que sólo buscan el placer y se van esclavizando, poco a poco, en sus vicios y pecados (Jn 8,36). Sólo siendo auténticos y sinceros podremos ser verdaderamente libres (Jn 8,31). Pero, actualmente, hay demasiados hombres esclavos de la moda, de la droga, del sexo, del alcohol, del dinero o de extrañas ideologías...

Hay muchos que se quedan estancados de por vida y dicen “alegremente”: “yo soy así, no puedo cambiar; así es mi manera de ser “. Con esto, quieren decir que están bien así y que no se van a esforzar por cambiar, porque creen que todo es inútil. Quizás piensen que su “destino” está impuesto por fuerzas superiores contra las que no pueden hacer nada. Quizás buscan en caminos oscuros y extraños su superación y se hunden más en su tristeza existencial. Pero qué triste es ver por la vida hombres “sin alma”, sin vida interior, sin interés por nada, eternos amargados, que echan la culpa a los otros de todos sus males y les falta auténtica fe en Dios. Hay muchos “eternos estancados”, muertos en vida, atrofiados en su espíritu, que viven por vivir, esperando morir. Quizás buscan un amor suave, “light”, que sea placer sin sufrimiento, pero el verdadero amor es exigente y supo de esfuerzo, trabajo, sacrificio, compromiso, responsabilidad. Los débiles tienen miedo de amar con todas sus consecuencias.

Por eso, tú sé fuerte para amar y lánzate audaz a la gran aventura de vivir para la eternidad. Vive con una perspectiva de eternidad. No te quedes estancado en las cosas de la tierra. No seas como aquéllos que tienen nombre de vivos, pero están muertos por dentro (Ap 3,1). Levanta tu cabeza y mira a las estrellas. Recuerda que esta vida es sólo un paso, un puente, una prueba para la vida “eterna”. Haz de tu vida una aventura de amor. Ama siempre, porque “el que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es Amor” (1 Jn 4,8). “El que no ama, permanece en la muerte” (1 Jn 3,14).

No te estés lamentando continuamente de tu pasado, de tus errores o de tus deficiencias. Dios te ama así como eres y quiere hacerte feliz. Tú eres imprescindible para la gran tarea de la salvación del mundo. Los demás te necesitan para ser felices. No lo olvides.

No te importe, si te lo agradecen o no, no te preocupes de si te hacen daño o no. Sé bueno, aunque los demás sean malos; sonríe, aunque, no te sonrían; ayuda, aunque no te ayuden. Dios te lo recompensará y sentirás dentro de ti una alegría que nadie te podrá quitar. Rompe la barrera de egoísmo que hay en el mundo y da sin esperar recompensa y sin pensarlo demasiado. Y Dios te bendecirá, como bendijo a Delizia Cirolli. En 1975 fue llevada a Lourdes por sus padres, cuando sólo tenía 11 años, desde su Sicilia natal. Ella tenía osteosarcoma, un cáncer a la pierna derecha, que era incurable. Al llegar a Lourdes y ver tantos enfermos, ella se olvidó de sí misma y empezó a orar por los otros para que Dios los sanara... Y Dios la curó a ella. Ahora va todos los años a Lourdes a ayudar a otros enfermos que la necesitan.

Piensa más en los demás que en ti mismo. No seas egoísta y sigue avanzando y creciendo en el camino del amor. En este camino, nunca debes decir “basta”, pues es un camino infinito que llega hasta Dios. Todavía te falta mucho por crecer. Todavía Dios no ha terminado contigo. Eres un ser en proceso de crecimiento. Ciertamente que tienes muchos defectos y limitaciones, pero tienes que luchar en superarlos. Hay quienes no se valoran a sí mismos y se creen seres inferiores. Tú piensa que eres un ser único e irrepetible y que Dios te ama con un

amor singular. Puedes tener menos cualidades que otros en algunos aspectos, pero eso no te hace inferior, porque tu alma no es inferior. Y tu alma vale tanto como la del hombre más sabio de la tierra.

Si otros te humillan por tus defectos, están demostrando que son ellos los inferiores, pues la soberbia es lo que más endurece el corazón y lo aleja de Dios. No te dejes deprimir por los envidiosos, por los poderosos o por los que se creen que lo saben todo. Tú sigue luchando por mejorar. Dios está contigo y te anima en tu caminar. Pídele ayuda, porque El te dice: “Sin Mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5). En cambio, como diría S. Pablo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil 4,13).

Vete construyendo tu amor día a día, colocando un ladrillo más en la construcción del edificio de tu propia vida. No olvides que amar es una decisión, que debes tomar permanentemente. Decide amar al pobre, que no puede darte nada. Decide amar al rico y al poderoso que te desprecia. Decide amar y perdonar al que te ofende. No te hagas daño a ti mismo ni pierdas tu tiempo y tu vida al dejar de amar.

Lo importante no es ganar más dinero, saber más cosas o hacer cosas útiles que te gustan. Lo importante es amar. Y para amar debes obedecer y cumplir tus obligaciones y las normas y leyes establecidas. No puedes amar, si no cumples la voluntad de Dios. Muchas veces, yo me pregunto: ¿Estoy en el lugar que Dios quiere que esté, haciendo lo que Dios quiere de mí? ¿Estoy con la conciencia tranquila? Si es así,

me siento feliz. No importa, si estoy de paseo o enfermo en cama o “perdiendo mi tiempo” para hacer una obra de caridad. Estoy haciendo lo que Dios quiere que haga y lo estoy haciendo con amor. Por supuesto que hacer un acto de caridad nunca es perder el tiempo, es amar.

Llena tu vida de amor. Decide amar siempre en lugar de odiar, decide dar en lugar de guardar o de robar, decide servir en lugar de descansar. El tiempo es corto, la vida se va acabando. Ya no hay tiempo que perder, sólo hay tiempo para amar. El tiempo es demasiado frágil y puede terminarse en cualquier momento. Por eso, decide amar, haz una opción total y radical por el amor para siempre.

En la tarde de la vida te examinarán del amor

a) Los malos pensamientos

Tu vida está teñida del color de tus pensamientos. Si piensas cosas tristes, estarás triste. Si piensas cosas bellas, estarás alegre. Tu vida depende mucho de tus pensamientos. Tal como piensas, así eres. Dios te ha dado la gran fábrica de tu mente para crear pensamientos positivos, pero si metes basura, saldrá basura. Si fomentas pensamientos eróticos, negativos o tristes..., te harás mucho daño a ti mismo, pues tus sentimientos y emociones serán del mismo signo. No

te permitas pensamientos inútiles, que te hacen perder el tiempo; ni pensamientos negativos de errores pasados, de experiencias negativas, que te hacen recordar con amargura algo que ya pasó. Vive el presente en paz contigo mismo, no le des vueltas a la cabeza sobre lo que pasó, sobre lo que pudiste hacer, sobre lo que vas a hacer para vengarte o sobre recuerdos dolorosos que te hacen daño. Rechaza cualquier pensamiento malo, como si fuera un virus enemigo, que quiere quitarte la vida. Lucha contra ti mismo para que siempre tengas en la mente pensamientos positivos y así tu corazón tendrá paz.

Los pensamientos son como el agua que, si se deja correr sin control, puede desperdiciarse y puede causar inundaciones y catástrofes. Por esto, es necesario que controles tus pensamientos y no dejes correr inútilmente tu imaginación. Cuídate del contagio del erotismo circundante, que se mete en tu propia casa a través de la televisión... No te permitas ciertos programas de impureza o violencia que dañan tu espíritu. Debes ser dueño de tus pensamientos para serlo de tus emociones y de tus obras. Tal como piensas, así deseas y así obrarás. Por eso, se ha dicho: “Dime en qué piensas y te diré quién eres”. Los pensamientos, a la larga, forjan tu personalidad.

Sé siempre positivo, no veas sólo el lado negativo y pesimista de las cosas. No permitas, a tu lado, hablar mal de otras personas. No cuentes chismes de nadie. Nunca hables mal de nadie. Si no puedes hablar bien, no hables, pero no hables mal. Y recuerda: “No hables, sino para decir algo mejor que el silencio “. Cuida tus palabras para no ofender. No permitas que, a tu alrededor, se fomenten sentimientos de racismo, de

odio o de violencia contra nadie. Ama a todos y respétalos por encima de sus ideas. Promueve siempre la paz y la tranquilidad en todas partes.

No te dejes dominar ni condicionar por los sentimientos negativos de los demás. Un día un amigo mío fue al puesto de periódicos a comprar uno y se encontró por el camino con un borracho que le insultó todo lo que quiso, pero él siguió tranquilo e imperturbable, riéndose del incidente. Al llegar al puesto de periódicos, el vendedor le respondió con malas palabras a sus “Buenos días “, hablando pestes del Gobierno, del tiempo y de otras cosas, pero él se despidió con un cariñoso “Hasta luego “. Y me dijo: “No puedo permitir que esas personas decidan por mí cómo debo sentirme. No me puedo dejar llevar de su provocación para sentirme mal. Si les contesto mal, habrían conseguido amargarme el día, pero no puedo permitírselo. Pienso que son personas buenas, pero equivocadas y que no saben vivir con alegría la vida de cada día. Todo lo ven negro y oscuro y, por eso, son pesimistas y amargados “.

Cuanto daño puede hacer un rostro amargado y unas palabras hirientes! Muchas veces, no es tanto lo que se dice, sino el cómo se dice. Por eso sé siempre amable y comprensivo con los demás. Ante la avalancha de negativismo que te rodea, busca respirar aire puro. Busca el contacto con la naturaleza, que te habla del bien y del amor. Escucha una buena música, que te dé paz. Visita buenos amigos, que te levanten el ánimo y ora. La oración será como aire fresco, que entra en tu corazón. Y acércate a los niños. Ellos irradian alegría, pureza, ternura, cariño. Y te darán una buena dosis del amor, que tanto necesitas.

a) **Juzgar y condenar**

Uno de los más grandes obstáculos para amar de verdad, es juzgar y condenar al otro. Ya dijo Jesús: “No juzguéis y no seréis juzgados, porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis seréis medidos” (Mt 7,1-2). Con mucha frecuencia, analizamos las acciones de los demás y las criticamos, desde nuestro punto de vista, y decimos que el otro es malo, egoísta, orgulloso, mentiroso. Y lo vemos como un enemigo, a quien hay que atacar o del cual debemos defendernos. ¿Por qué somos tan negativos al juzgar a los demás? Hay quienes dicen: “piensa mal y acertarás”. Eso no es cristiano. Es cierto que hay gente que miente y engaña y roba, pero uno debe suponer que el otro es bueno y no malo. En todo caso, se pueden pedir aclaraciones. Y, si se tienen motivos para dudar de su honradez y sinceridad, al menos, no condenarlo ni marginarlo en su corazón.

Ciertamente, debemos corregir con amor al que peca o se equivoca. Para ello, recordemos lo que nos dice Jesús: “Si tu hermano peca contra ti, vete y repréndelo a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo a uno o dos, para que por la palabra de dos o tres testigos sea fallado el asunto. Si no hace caso, comunícalo a la Iglesia” (Mt 18,15-17). Y quien dice a la Iglesia, dice a sus Superiores o a las autoridades competentes. Porque, si somos condescendientes y pasivos ante el pecado del otro, dejamos que siga haciendo daño y haciéndose daño. Y eso no es amarlo. Hay que corregirlo, primero, en privado, de buenas maneras. Si no, acudiendo a la autoridad.

El descubrir el pecado del hermano a su Superior para que lo corrija, es una obra de caridad. A este respecto, S. Agustín en su Regla dice: “No penséis que sois malos por haber manifestado esto, porque no sois más inocentes si permitís que con vuestro silencio, se pierdan los hermanos, a los que pudisteis corregir Porque si tu hermano tuviera en el cuerpo una herida, que quisiera ocultar por miedo a la cura, ¿no te parece que serías cruel en callarlo y misericordioso en indicarlo? Entonces, ¡con cuánta mayor razón deberás manifestarlo para que no se corrompa más en el corazón! “. Esto no es chisme, es caridad, es amor fraterno, es ayudar al hermano a corregirse, aunque tenga que sufrir algún castigo de la autoridad, pero su alma vale más que todo. Y nosotros no podemos ser indiferentes ante su ruina espiritual.

Sin embargo, cuántas veces suponemos motivos turbios en las acciones de los demás y nos equivocamos rotundamente. ¡Qué fácilmente nos dejamos llevar por prejuicios! Más vale pensar bien y equivocarse que pensar mal y hacer daño a otras personas. La mayor parte de las veces, los errores y equivocaciones de los otros se deben más a ignorancia o debilidad que a mala voluntad. Tú, por principio, cree en el amor, cree en la bondad de la gente y vete haciendo el bien por todas partes. Algunos te engañarán, otros no te lo agradecerán, otros se aprovecharán de tu bondad, pero tu sentirás la alegría de hacer el bien. El amor es más fuerte que el odio o que el temor. Hay que creer en el amor y construir un mundo de amor. Y Dios podrá resucitar muchos amores perdidos o enterrados, por que El puede resucitar a los muertos. Cree en el poder del amor. Y nunca guardes resentimiento contra nadie, pues irá matando tu amor y envenenará tu alma. Dios no

te puede perdonar, si tú no quieres perdonar. Dios no puede aceptar tu amor y tu oración, si tú no quieres amar, Estarás bloqueando el amor de Dios, que hay en tu corazón. Jesús mismo nos dice:

“Si vas a presentar tu ofrenda ante el altar y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda y vete primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelves a presentar tu ofrenda”
(Mt 5,23-24)

A veces, hay que saber dar tiempo al otro para que cambie, tener paciencia y no olvidarse de que se consigue más con una gota de miel que con un barril de vinagre. ¿No puedes dar una nueva oportunidad a quienes se han equivocado?

En una ocasión, iban a fusilar en la India a un desertor. En ese momento, el general Napier se acercó y preguntó al soldado el por qué de su deserción. El soldado respondió: “Mi general, no sé lo que me ha pasado, no podía ver no podía disparar Estaba muerto de miedo, no quise ser un desertor, pero lo he sido “. El general lo comprendió y dijo delante de todos: “Este hombre no es un cobarde. Debemos darle una nueva oportunidad. Mañana estará en primera fila en la batalla. “. Al día siguiente, se portó como un verdadero valiente y así en sucesivas batallas. Estaba decidido a demostrar que el general Napier no se había equivocado con él.

Hay mucha gente que vive amargada y sin ilusión por la vida, porque desde pequeños, sus propios padres, les han repetido constantemente algo así como: “Tú eres un inútil, no sirves para nada, eres un tonto...” Con esto, solamente se consigue que se lo crea y que actúe como tonto e inútil, es decir, que se comporte de acuerdo a lo que esperan de él. Y a los niños hay que levantarles la moral y hacerles sentirse importantes para que puedan autovalorarse. Con frecuencia, se acude a la violencia y a muchos castigos corporales, lo que hace que el niño no se sienta aceptado ni querido. Se les educa con el temor al castigo. Incluso, se les dice que, si se portan mal, van a ir al infierno. De esta manera, van a tener la imagen de un Dios terrible y castigador.

Recuerdo a un niño, a quien su mamá. le decía frecuentemente: “tú eres malo”. Y aquel niño, bueno en el fondo, como todos los niños, se comportaba frecuentemente con rebeldía y violencia con otros niños. El día de su bautismo, a los diez años de edad, se escapó de la iglesia; porque, como se creía malo, pensaba que Dios le iba a castigar, si se atrevía a recibir el bautismo, y quiso huir del castigo de Dios.

Hay que ser comprensivos y compasivos con los demás. En una ocasión, un policía abatió a balazos a un delincuente. Y la gente que pasaba y lo veía agonizante y pidiendo ayuda decía: ¡que se muera, es un delincuente! Para Dios no importa, si es un delincuente o un terrorista, para Él es su hijo y siempre lo está esperando para perdonarlo. Como perdonó a aquel abigeo, ladrón de ganado, de la provincia de Chota en el Perú. Era un hombre temido en toda la región, porque robaba y mataba sin piedad. Un día, un grupo de campesinos lo

esperó cerca de su casa y, cuando estaba solo con su mujer y un hijo, le pegaron veinte tiros. Y no murió. Su esposa pudo llevarlo al hospital de Chota. Su madre fue a buscar al sacerdote. Y, cuando llegó el sacerdote, estando ya agonizante, le dijo: “Padre, confiésemme, quiero cambiar de vida “.

Dios le dio la oportunidad de seguir vivo hasta arrepentirse y poder, como el buen ladrón del Evangelio, robar el cielo en el último minuto.

Todo ser humano merece un respeto. De ahí que la tortura, las mutilaciones, o cualquier género de violencia física o mental deben estar descartadas para un cristiano, que siempre debe ser compasivo.

Como norma de vida, nunca hagas daño a nadie conscientemente y ama a todos con sinceridad. El amor sincero tiene una fuerza tan poderosa que puede convertir al enemigo en amigo. Si quieres que los demás te quieran, la única receta válida es quererlos tú sin esperar recompensa. Decía S. Juan de la Cruz: “Donde no hay amor; pon amor y sacarás amor”. El amor es como una carta que llega siempre a su destino, aunque tenga la dirección equivocada. Con amor, sin juzgar ni condenar a nadie, podrás ir cada día poniendo tu granito de arena en la construcción de un mundo mejor, más humano y más feliz.

Antes de demostrarle a alguien que tiene razón, demuéstrole que lo amas.

b) Alejados de Dios

Una de las cosas que más nos alejan de Dios y del amor es el afán incontrolado del placer. Hay demasiados hombres actuales, que parecen solamente vivir para gozar. Buscan ansiosamente toda clase de placeres y huyen por el contrario, de todo lo que suponga esfuerzo, trabajo y sacrificio. Pero el camino del amor es un camino de sacrificio. Decía Jesús que “la puerta, que lleva a la perdición, es ancha, y espaciosa es la senda, y son muchos los que van por ella. Entrad por la puerta estrecha. ¡Qué angosta es la senda que lleva a la vida y cuán pocos son los que dan con ella!” (Mt 7,13-14). Jesús es estricto y no puede condescender con el pecado. No sólo habla contra el adulterio, sino hasta de las miradas impuras. “Porque quien mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón” (Mt 5,28).

¿Cómo va a poder llevar una vida de pureza, sinceridad y honradez el que sólo piensa en el placer? Otras veces, es el deseo de poder y la ansiedad de tener dinero y cosas materiales. ¡Qué fácilmente se puede caer en el robo y en la delincuencia! Y, cuántas veces, las preocupaciones de la vida nos absorben hasta el punto de decir que “no tenemos tiempo para Dios” y nos vamos alejando de El y no oramos y nuestra vida se vuelve vacía y sin luz. ¡Qué fácilmente se cae en la soberbia y en el egoísmo, rechazando a los hermanos! Y Dios nos dice: “El que rechaza a su hermano está en tinieblas” (1 Jn 2,11). “El que aborrece a su hermano es un homicida y ya sabéis que un homicida no tiene en sí la vida eterna” (1 Jn 3,15).

Este camino del mal, a veces, comienza poco a poco. Es un mentir o robar en pequeñas cosas y, después, van creciendo las mentiras y los robos y crece el egoísmo y vamos por un camino sin salida. Un camino, que es resbaladizo, y en el que, cada vez, caemos más bajo. Éste puede ser un viaje sin retorno, si Dios no nos ayuda. Imaginemos a un niño que empieza a desobedecer a sus padres y se va a la calle con sus amigos sin permiso, y tiene que mentir para tapar su falta y, después, no quiere estudiar y prefiere ver la televisión o ir a jugar. Cada día se va más lejos de su hogar en todo sentido. Este niño se irá haciendo jovencito y ¡qué fácilmente podrá caer en la droga, en el alcohol o en la delincuencia! Una vida perdida, por no haber sabido obedecer ni decir la verdad ni esforzarse en estudiar, cuando era niño.

Había una vez un niño de diez años, que tenía grandes deseos de viajar en tren. Y, como era desobediente, un buen día cogió dinero a sus padres y se fue de casa. Llegó a la estación del tren, pidió un billete para cierta ciudad y se subió al primer tren que encontró. Se sentía feliz, mirando por la ventanilla los bellos paisajes por donde pasaba, olvidado del dolor de su familia. A medio camino, vino el revisor a ver los billetes y le dijo:

- Jovencito, este tren no va a esa ciudad.
- Entonces, ¿a dónde va?
- Éste es el tren del infierno.
- ¿Del infierno? Pero yo tengo billete de ida y vuelta.
- Este tren no tiene vuelta. Y nadie puede detenerlo, sin arrepentimiento.

En aquel momento, el niño comenzó a llorar arrepentido y a pedir le perdón a sus padres. Y Dios, que lo oyó, se apiadó de él e hizo caer un árbol sobre la vía del tren para que se detuviera. Y el niño aprovechó para bajarse y cambiar de tren.

Tú ¿en qué tren viajas?, ¿en el tren del amor, de la obediencia, de la sinceridad? ¿O viajas en el tren de los desobedientes, de los mentirosos y ladrones, es decir en el tren del infierno? Mientras hay vida, hay esperanza. Todavía estás a tiempo de cambiar de tren. Todavía puedes arrepentirte. Después, podría ser demasiado tarde. Sin embargo, es muy importante que los padres den buen ejemplo a sus hijos. Esa será la mejor herencia que les podrán dar. Pero, para ello, es necesario que ellos estén cerca de Dios en su matrimonio y que todos los días le pidan la gracia grande de la FIDELIDAD. Deben orar mucho. La familia que reza unida, permanece unida.

En este mundo, lleno de erotismo y de impureza, hay que evitar el contagio, apoyados en la fuerza de Dios. Hay que cuidar lo que se lee y ve por televisión. Hay que acudir a la confesión frecuente y a la misa y comunión, al menos dominical... De otro modo, podrían caer, como tantos matrimonios, en la separación o el divorcio. ¡Cuántos hogares, en vez de ser un paraíso, son un infierno! ¡Cuánto amor falta en los hogares! Parece que Dios es el gran ausente de muchos de ellos. Hogares rotos, madres abandonadas, hijos sin padre... ¡Cuánta irresponsabilidad! ¡Cuántos abortos! ¡Cuánta violencia! ¡Cuánto adulterio!

Jesús, el Salvador del mundo, es la única solución. Él es el Dios del amor, que nos espera todos los días en el sagrario para ayudarnos y nos dice: “Venid a Mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré” (Mt 11,28). Con Jesús la victoria es segura Sin El la derrota está en tus manos.

Había un matrimonio que llevaba un año sin hablarse. El esposo había sido infiel y ella, al enterarse, no lo quiso perdonar ni hablar. Él estaba desesperado, porque amaba a su esposa y a sus hijos y no quería volver a serle infiel. Ella insistía en que se fuera de casa, porque ya no había amor entre ellos. El decidió irse, pero, la víspera, vino a visitarme. Yo le aconsejé que esperara una semana. Que fuera todos los días a visitar a Jesús en el sagrario y le pidiera por su hogar. Le hice ver cuánto había ofendido a su esposa y lo ofendida que estaba. Se sentía despreciada y traicionada. El comenzó a llorar, arrepentido. Le pedí que, después de una semana, le hablara a su esposa y le pidiera perdón y vinieran los dos a verme.

A los pocos días, vino ella a hablar conmigo, no podía perdonarlo. Yo le hablé y aceptó darle una nueva oportunidad, si era sincero. Los envié a un retiro de Encuentros Matrimoniales. Y, al salir, llegaron felices a decirme que se habían reconciliado y que habían decidido casarse por la Iglesia. Dios los bendijo con nuevos hijos y ahora son dirigentes de un grupo de matrimonios. Dios hizo el milagro, sanó sus profundas heridas y, cuando ya estaban al borde de la separación, resucitó su amor y les dio una nueva vida de amor. Hoy este hogar es

un oasis de paz, de cariño y armonía. “Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia” (Hech 16,31).

Amar es caminar juntos en la misma dirección... hacia Dios

EL PECADO DESTRUYE

He aquí el gran obstáculo para seguir amando. El pecado, cualquiera que sea, es desamor, es no querer amar a Dios o a los demás. Por eso, pecar es alejarse de Dios y del amor, o mejor, ir enfriando o matando ese amor. En la vida, o se ama o se deja de amar. O se hace el bien o el mal. No hay término medio, no hay acciones indiferentes. Al amar, estás regalando amor; al pecar estás robando amor, eres un ladrón de amor. Es triste pensar que los demás deben pagar los efectos de tu pecado, aunque sea oculto. Porque al pecar, estás disminuyendo tu capacidad de amar y, al relacionar te con ellos, les darás menos amor y los harás menos felices de lo que debías. Además, el pecado va contra tu propia salud física y mental, porque es algo contrario a la propia naturaleza, hecha para amar. El pecado crea insatisfacción, vacío interior y toda clase de sentimientos negativos: odio, cólera, envidia, soberbia, infelicidad, que pueden llevar hasta el suicidio. Pero que fomentan toda clase de tensión nerviosa y de enfermedades orgánicas.

¡Cuántas veces la falta de perdón y el deseo de venganza amarga la vida y envenena la existencia! ¡Cuántas enfermedades por no querer perdonar! No hay ningún rencoroso sano. Por eso, en estos casos, es necesario perdonar para sanarse. El perdón desbloquea el alma, que se ha desconectado del amor, y moviliza de nuevo el poder sanador de Dios. El P. Marcelino Iragui, en su libro “Jesús sana hoy” cuenta el caso de una señora que sufría de dolores de cabeza, insomnio y otros males. Fue a pedirle oración para curarse y él le dijo que primero debía perdonar sin condiciones. Ella dijo: “Es muy duro, pero lo intentaré con la ayuda de Dios”. Oraron por ella y a los pocos minutos, dijo riendo: ‘Me sentía oprimida por un peso enorme que no me dejaba dormir ni vivir en paz. Y de pronto, ha desaparecido. Sé que no volverá, pues es el Señor quien se lo ha llevado ‘.

Desde entonces, esa señora se convirtió en un apóstol del perdón incondicional. ¿Crees que es una receta costosa? Mucho más lo es la enfermedad. Pensemos en tantas mujeres que, por ignorancia o debilidad, usan píldoras u otros anticonceptivos artificiales o acuden al aborto... ¡Cuánto dolor y cuántas enfermedades e incluso muertes han sido causadas por estos métodos, para controlar los nacimientos! ¡Cuántos problemas de salud deben afrontar también los fumadores, drogadictos, alcohólicos, y todos los que buscan el sexo o el placer a toda costa! El amor es paz, es salud, es vida. El pecado es infelicidad, es enfermedad, es muerte.

Tú ¿qué escoges? ¿el pecado o el amor?, ¿la vida o la muerte? Éstas son las dos únicas opciones a los problemas de la gran aventura de la

existencia humana. Si escoges el bien y el amor, debes luchar a brazo partido contra tantos enemigos que, como virus invisibles, te rodean. El diablo existe y no descansa ni toma vacaciones. Y también hay mucha gente mala que lo sigue y nos quiere convencer de sus ideas y alejarnos de Dios. Pensemos en tantas películas, revistas, espectáculos de toda clase..., que nos arrastran al pecado y fomentan las malas pasiones. Hay un ambiente negativo, que nos rodea, y debemos protegernos con la oración constante. Pero no podemos hacer un pacto de no agresión con el mal y con el Maligno, pues nos irían destruyendo poco a poco. Sería como aquél, que tiene su casa resquebrajada, y hace pacto de no hacer nada y que siga todo como está. Cualquier día se le puede venir abajo y matarlo a él con toda su familia. Por ello, la lucha contra el mal es una lucha sin cuartel, para toda la vida. Amar es luchar contra el mal y contra el Maligno.

Si uno se pone a pensar en la maldad humana, realmente se queda atónito: ¡a qué grados puede llegar! No solamente un hijo que llega a matar a su madre, sino genocidios, asesinatos sin piedad, degradaciones sexuales. ¡Cuánto odio irracional! Sí, el mal existe, el diablo existe. Y una de sus armas más mortíferas es el miedo. Miedo a Dios, miedo los demás, miedo a sí mismo. Y, después nos pone la duda, dudar de todo, no creer en nada, la indiferencia ante los demás, no creer en nadie, no interesarse por nadie. Y la ira, la violencia, la mentira. ¡Cuánto dolor produce el pecado! ¡Cuánta mentira para convencer de que es bueno lo que es malo! El pecado nos esclaviza. Dice Jesús que “el que comete pecado es un esclavo” (Jn 8,34). Y “hay un pecado que es de muerte” (1 Jn 5,16). El pecado es muerte, el amor es vida. El pecado destruye,

el amor construye. Y en este mundo hay una lucha constante entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre el amor y el odio. El libro del Apocalipsis nos presenta dramáticamente esta lucha, pero nos da la esperanza de que, al final, siempre gana Dios. Por tanto, tú lucha por un mundo mejor, donde reine el amor y la paz. Que nadie se acerque a ti sin que se aleje mejor y más feliz.

El amor es nuestra victoria

EL AMOR SANA

Ya hemos hablado del poder destructor del pecado, especialmente del rencor, que produce diversas enfermedades sicosomáticas. Para sanarse hay que perdonar primero. Pues bien, el amor es sanador. Hay infinidad de sufrimientos y traumas producidos por la falta de amor. Desde el niño, que no es bien recibido ni deseado por sus propios padres, hasta los ancianos que son despreciados y marginados. El desamor es una fuente inmensa de dolor, en cambio, el amor es una fuente inmensa de felicidad. Por esto, es tan importante dar amor y alegría a todos los que nos rodean, en especial a los más enfermos y necesitados. Todos necesitan de tu cariño para ser felices. No lo olvides.

La misma Siquiatría moderna nos habla de que el desamor está en la raíz de todos los problemas psicológicos que se curan con amor. Por eso, la fe en Dios y creer en su amor será la mejor cura para estos males. Ahora bien, no basta con un creer teórico, es necesario experimentar el

amor de Dios directamente en alguna medida, a través de las personas que nos rodean y oran por nosotros. Decía el famoso siquiatra Angyal que “el amor está en la esencia misma de todos los problemas de la personalidad”. Firenzi afirmaba que “el amor del médico cura al paciente “. Meninger, en su libro “El amor contra el odio “, dice: “El amor es la única respuesta satisfactoria al problema de la existencia humana... El amor es la clave de todo programa terapéutico de un hospital moderno... El amor es la medicina para la enfermedad del mundo actual”.

Erich From en su obra “Sicoanálisis y Religión” afirma: “Recobrar la capacidad de amar es lo esencial de toda terapia psicológica. Si esta meta no se cumple, no se lograrán más que cambios superficiales “. El amor no es un artículo de lujo que debemos adquirir en un supermercado a elevado precio, el amor es una necesidad vital. Es una necesidad para vivir cada día con normalidad Y sólo Dios es la fuente de todo verdadero amor. Sin Dios, nadie tendrá amor ni será feliz.

Los hijos adoptivos necesitan un tratamiento de amor especial para sanar las heridas recibidas por el rechazo o abandono de sus propios padres. Igualmente, los niños que nacen con algún defecto físico o mental Para sanarlos, los mejores instrumentos serán los padres naturales o adoptivos. Ellos, que son los que más los quieren, serán los mejores canales del amor de Dios. Simplemente, se trata de orar, todos los días delante de ellos o en la habitación de al lado, si es posible cuando están dormidos; para que el subconsciente pueda recibir mejor el amor de Dios. Y pedirle a Dios sencillamente que los llene de su amor y que su

amor penetre en todas las áreas de su cuerpo y de su mente para sanarlos.

La experiencia de grupos de oración es extraordinariamente rica en casos de curación de niños o jóvenes enfermos por quienes sus padres han orado con todo su amor. Sería mejor que orara toda la familia, pero al menos, que ore uno de los padres. El Padre Darío Betancourt cuenta el caso de una familia: el padre era musulmán y la esposa católica. Tenían un hijo retrasado mental, que era muy difícil de controlar, pues mordía a las personas que iban a casa y no podían invitar a nadie. Empezaron a orar todas las noches unos minutos por su hijo y el cambio fue casi inmediato. Después de varios años, cuando tenía 18 años, el Padre Darío lo pudo ver de nuevo y los padres orgullosos le dijeron: “Aquí está nuestro hijo tranquilo. Ya no muerde a nadie. Podemos recibir a nuestros parientes y amigos y podemos sacarlo a la calle. Y Dios ha bendecido nuestro hogar “.

Recuerdo que el P. José Kane me contó en una oportunidad que le llamaron a orar por un niño gravemente enfermo a casa de una familia. El llegó y les invitó a sus padres a orar por el niño. El apoyaba su oración. Le recomendó que lo hicieran así todos los días por cinco minutos, pidiendo que el amor de Dios bañara e inundara a su hijo. A los dos meses, los encontró de nuevo y le hablaron de la maravillosa curación de su hijo. El amor de los padres lo había curado.

La M. Teresa de Calcuta contaba que un día encontró a un niño que no quería comer ni hablar y no podía caminar. Se estaba muriendo. Ella lo bañó, lo aseó bien, lo vistió y le dio mucho cariño, pero el niño seguía sin comer y sin hablar. Al segundo día, comenzó a comer un poco, a hablar alguna palabra y así poco a poco, llegó a sonreír y a tener ganas de vivir y consiguió caminar. La falta de amor le había quitado las ganas de vivir y hasta la posibilidad de caminar.

El amor es la clave para sanar los cuerpos y las almas destruidas por el desamor. El pecado de Adán desencadenó la muerte y todas las enfermedades y, aunque éstas no sean producidas por pecados personales, pueden ser curadas por el amor de Dios.

Jesús dijo: “El que cree en Mí pondrá las manos sobre los enfermos y éstos quedarán sanos” (Mc 16,18). Imponer las manos con amor, en el Nombre de Jesús, es sanador; pero ¿quién puede tener mayor amor por su hijo que sus padres? Estoy convencido que, si todos los padres católicos creyeran esto y oraran con amor y fe por sus hijos y familiares enfermos, veríamos muchos milagros.

Dios no nos pide que seamos santos, sino que tengamos amor. Para ello es preciso no estar en pecado mortal. Sería bueno que los padres se confiesen y comulguen primero, para ser mejores canales de Dios..., y así la sanación llegará a ellos también. Pero cualquier sacrificio vale la pena por la salud física y espiritual del hijo y de la familia. Dios nos dice: “Orad unos por otros para ser curados” (Sant 5,16).

Pero, frecuentemente, falta fe para creer que Dios pueda usar a los padres o familiares para sanar. Quizás no están muy cerca de Dios y les es más fácil creer en el médico y las medicinas. Sin embargo, ambas cosas no se excluyen: se puede orar y acudir al médico. Por supuesto que se puede acudir a grupos de oración para pedir oración y, a veces, Dios también sana a través del amor de los que oran. Pero es mejor rezar en casa todos los días, todos unidos por el familiar enfermo ¡Qué hermoso sería ver a los hijos, orando por su padre o madre enfermos! Y Dios siempre toma en serio nuestra oración. La oración nunca queda vacía.

Para los adultos enfermos, quizás les sea más fácil ir a grupos o misas de oración por los enfermos. Yo, personalmente, recomendaría un remedio infalible: Jesús Eucaristía. El sagrario es la fuente de Amor más grande del mundo. Allí te espera el mismo Jesús de Nazaret, el mejor médico de cuerpos y almas. Te acercas a las primeras bancas y haces un acto de fe en Jesús, que está contigo. Después... déjate empapar e iluminar por esa luz divina que sale del sagrario. Recibe baños de amor divino, con tranquilidad, sin prisas, dile simplemente que lo amas, que te llene de su amor, que te sane. Y entonces: “el sol de justicia (Jesús) se alzaré y te traeré en sus rayos la salud”(Mal 3,20). Pues bien, vete todos los días a recibir estos baños de sol divino, al menos por cinco minutos, y recibirás salud para tu cuerpo y alma. Y, si puedes comulgar cada día, sería el mejor contacto con El y de mayor sanación.

¿Recuerdas el caso de la hemorroísa del Evangelio? Ella pensaba: “Si toco su vestido, seré sana” (Mc 5,28). Y lo tocó y se sanó. Cuánto más, si lo abrazas en la comunión! Pero debes ir a recibirlo con fe y no por rutina o costumbre. Y pedirle la salud: “Pedid y recibiréis “(Mt 7,7). Qué hermoso, si los padres llevaran a sus hijos enfermos todos los días a recibir estos baños de amor de Jesús ante Jesús Eucaristía! ¡ Cuánto amor y salud sale del sagrario!

El amor de Dios es como un océano inmenso que nos envuelve y nos rodea por todas partes. Océano sin límites, infinito, sin orillas, sin fondo... Debemos dejarnos amar por Dios! ¡Creer en su Amor! El puede sanar los recuerdos dolorosos, las experiencias dolorosas del pasado y llegar, en alas de la oración y del amor, hasta el vientre de nuestra madre y sanar con su amor la falta de amor, que ocasionó aquellos traumas. Nunca es tarde para sanarse o para recibir el amor de Dios. Nunca es demasiado tarde para amar y hacer el bien. Deja que el amor de Dios transforme tu vida, sé canal de su amor para los demás. Ora por ellos con amor, llévalos a la Eucaristía. A Dios se le conquista por el corazón. El amor enternece el Corazón de Dios y obra milagros. El amor construye, el amor sana.

El amor rompe el silencio de Dios

EL GRAN ENEMIGO

El diablo es el gran enemigo que quiere arrebatarnos el amor de nuestra alma. Muchas veces se nos habla de él en la Palabra de Dios (Ap 12; Ef 6). Nos hablan los santos por propia experiencia. Y nos habla

también la doctrina de la Iglesia. El Papa Pablo VI en su catequesis del 15-11-72 afirmaba: “El mal no es solamente una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Terrible realidad, misteriosa y terrible. Y se aparta del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesial, quien rehúsa reconocer su existencia o quien hace de él un principio autónomo sin tener origen de Dios, como toda criatura; o la explica como una seudorealidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestros males “.

Hay muchas personas que se dejan arrastrar por él, que inspira todo lo malo que hay en el mundo. Las mayores atrocidades, que podamos conocer, han sido obra suya. Y hay seres humanos, que están a su servicio y lo adoran como dios y hacen mucho daño con hechizos, maleficios y toda clase de maldad. Pero no tengamos miedo. El diablo es una criatura de Dios y no puede hacer más de lo que Dios le permita. S. Agustín decía que “Dios no permitiría los males, si no sacara más bienes de los mismos males “. “El diablo puede ladrar, pero nunca morder, sino sólo al que quiere dejarse morder”. Por eso, “resistid al diablo y huirá de vosotros” (Sant 4,7). “Si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros?” (Rom 8,31).

Para defendernos de sus ataques a través de las tentaciones, debemos fortalecernos con la oración, desinfectar los lugares donde vivimos con el agua bendita, tener imágenes religiosas y, sobre todo, llevar una vida de rectitud y amor sincero. También es muy importante la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión y haber recibido el sacramento de la confirmación Muchos católicos no le dan

importancia a este sacramento que nos hace soldados de Cristo, para poder luchar contra el mal y contra el Maligno, y toda su vida serán niños en la fe y en el amor.

Son millones los diablos, que pululan por todas partes, y debemos tomarlos en serio. Son ángeles caídos, que rechazaron el amor y se crearon su propio infierno interior, y ahora quieren que nosotros seamos infelices como ellos. Las fuerzas oscuras del infierno quieren conquistar el mundo para ellos, pero Cristo es más fuerte.

Si Cristo es el Amor personificado, Satanás es el odio en persona “Él es mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8,44). Era la criatura más bella que Dios había creado. Lucifer significa ‘fuente de luz ‘, pero no quiso amar al Amor, rechazó a Dios y se convirtió en odio, soberbia, egoísmo y maldad. Y él quiere hacerse un reino de oscuridad con las almas pecadoras. Por eso, “el que comete pecado, ése es del diablo, porque el diablo peca desde el principio” (1 Jn 3,8). “En esto se conocen los hijos de Dios y los hijos del diablo. El que no practica la justicia y no ama a su hermano, no es de Dios” (1 Jn 3,10). Así que, si queremos saber a dónde no lleva el pecado, ya sabemos: al reino de la oscuridad y de la muerte en compañía de Satanás. Ese será el final de un camino de rechazo al amor. Y esto por una eternidad.

Recuerdo que, cuando era niño, mi párroco nos decía, para comprender la eternidad: Supongamos que una hormiguita quisiera caminar por la tierra y, a cada vuelta, se llevara en sus patitas una millonésima de grano de tierra. ¿Cuántos millones y millones de años

le costaría sacar toda la tierra del mundo? Pues eso no es nada comparado con la eternidad, ya que un día se terminaría. La eternidad es un instante, que nunca se desvanece. Un presente que nunca pasará. ¿Cómo quieres vivir tu eternidad, con amor o sin amor?, ¿feliz o infeliz? ¿Prefieres la vida eterna o la muerte eterna? Tú decides.

Siempre Triunfará El Amor

LA VIDA ETERNA

Dios es el principio y el fin de nuestra vida. Dios es la meta de las aspiraciones más profundas de nuestro ser. Buscamos el amor y la felicidad y sólo Dios puede colmar nuestra ansia de amar y ser amados. Estamos hechos para horizontes sin límites, para mares sin orillas, estamos hechos para el infinito de Dios... Nuestro deseo de Dios y de amar es demasiado grande, como para que pueda colmarse con algo de este mundo. Por eso, el que se aleja de Dios, se aleja del amor y de la felicidad. Decía S. Agustín por propia experiencia: “Nos hiciste, Señor para ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descansa en ti “. Tú ¿amas a Dios? ¿Tienes amor, paz y alegría en tu corazón? ¿Estás satisfecho de tu vida?

Guy de Larigaudie cuenta en su libro “Buscando a Dios” que, un día, se tiró al mar y creyó que se iba a estrellar contra un peñasco. Dice:“En un instante vi toda mi existencia: lo bueno y lo malo, lo luminoso y lo oscuro. Pero no se me ocurrió ni arrepentirme ni hacer un acto de contrición. Pensaba, solamente, con tal intensidad que

impedía todo otro pensamiento: Dios mío, sé que valgo poco, pero a pesar de todo os he amado... Acababa de comprender que verdaderamente no hay más que una cosa importante• el amor de Dios, un amor inmenso, sin medida, un amor de chiquillo que adora a su madre, un amor total que nos arrastra por completo en cada instante de la vida “.

Ciertamente, lo más importante es el amor, pero hay que vivir en una perspectiva de eternidad. Porque la “vida eterna” ya ha comenzado, Comenzó el mismo día de nuestra concepción y durará para siempre. La muerte no puede interrumpir esta “vida eterna”, sino que nos introducirá en una nueva dimensión. Así que piénsalo bien: estás ya en la “vida eterna, que no tiene fin. O la vives ahora o no la vivirás jamás. Ya no te puedes bajar del tren de la vida y retirarte de la carrera. Esta vida, que late en ti, nunca acabará. Feliz o infeliz, pero durará eternamente... Por eso, debes tomar en serio tu vida y construir una eternidad feliz desde ahora. Jesus dice: “El que guarda mi palabra no morirá jamás” (Jn 8,51). “El que cree en Mí, aunque muera para este mundo, vivirá, y todo el que y cree en Mí no morirá para siempre” (Jn 11,25-26). “El que me come vivirá para siempre” (Jn 6,57). Y comer a Jesús en la Eucaristía es amarlo para unirse totalmente a El.

Amar es vivir para siempre. Amar es vivir para la. eternidad. El gran pintor griego Apeles decía: “Yo pinto para la eternidad”. Por eso, ama en plenitud en cada instante. Da lo mejor de ti mismo y procura escribir cada día la mejor página del diario de tu vida. Vive para la eternidad.

Sin amor, estarás muerto en vida y continuarás muerto eternamente en la oscuridad del egoísmo, del odio y de la maldad. No habrá vida después de la muerte para quien no ha encontrado aquí nada que hacer ni que amar. El infierno será el triste epílogo de un hombre encerrado en sí mismo, que no quiere amar. El infierno será para él la soledad total, la esclavitud eterna, que ya está comenzando a vivir con la esclavitud obstinada del odio y del egoísmo.

Sólo el amor da vida, el pecado lleva a la muerte eterna. Por eso, decía Louis Evely que de los malos “sólo morirá lo que ya esté muerto. Ya están muertos en vida, ¿qué más muerte y que más infierno pueden esperar? ¿Puedes entender que la verdadera muerte no es morir, sino dejar de amar y que se puede dejar de amar en cualquier momento por el pecado? El infierno sólo será la continuación de la muerte que ha comenzado ya en esta vida. No seas de aquéllos que un día decidieron hacer el mal, y no el bien, de pertenecer a grupos u organizaciones, donde se planea la destrucción, se fomenta el odio y se usa la violencia sin compasión. Cualquiera que tú seas, cualquiera que sea tu filosofía de la vida o tus ideologías, decídete por el amor y la paz.

Pídele a Jesús la gracia de cumplir fiel y plenamente la misión que te ha encomendado en este mundo y de llegar a la plenitud de amor que El mismo ha pensado para ti desde toda la eternidad. Dios te dice: ‘Mira, pongo hoy ante ti la vida con el bien, la muerte con el mal... Yo invoco hoy por testigos a los cielos y a la tierra de que os he propuesto

la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge la vida para que vivas tú y tu descendencia, amando a Dios, obedeciendo su voz y adhiriéndote a Él, porque en eso está la vida” (Dt 30,15-20).

El amor es la llave para entrar en el cielo

LA MUERTE ETERNA

Ya hemos dicho, anteriormente, que el amor es vida y el pecado es muerte. La verdadera muerte es, pues, dejar de amar, es decir pecar. En la medida en que pecamos, vamos muriendo un poco cada día hasta caer en el abismo infernal con el pecado mortal. El pecado mortal es ya, en esta vida, un anticipo del infierno, que lleva al vacío existencial, a la muerte espiritual del alma y a la soledad total, pues es un rechazo frontal al Amor, ¿Puede haber algo más terrible que vivir eternamente en el odio, sin amor y sin Dios? ¿Puede haber algo más terrible que esta muerte eterna?

De ahí que los hombres que más lástima nos deben dar son los pecadores. Nuestra Madre, en tantas apariciones a lo largo de los siglos, siempre nos habla de orar por ellos. En Fátima decía: “Orad y haced sacrificios por los pecadores, porque hay muchos que van al infierno, porque no hay quien se sacrifique ni ore por ellos”. Ellos son como muertos que caminan por la calle, los verdaderos muertos. ¡Qué

tremendo es el poder de la libertad humana! ¡Un ser humano puede ser capaz de odiar a Dios y rechazar su Amor! Y Dios, Padre amoroso, tiene que resignarse a respetar su libertad y ver a su hijo querido, camino del infierno.

Muchos de nuestros contemporáneos ya no creen en el infierno. Dicen que es un cuento muy viejo para asustar a los niños y someter a los necios e ignorantes al poder de la Iglesia y de los poderosos. Otros no pueden aceptar un Infierno eterno, porque Dios, dicen, es demasiado bueno como para castigar eternamente a sus hijos, sin darles una oportunidad de arrepentimiento.

Sin embargo, el infierno eterno existe, aunque algunos no creen en él. “Hasta los diablos creen y tiemblan” (Sant 2,1.9). Todos los santos han creído en él y han sufrido y ofrecido sus vidas por la salvación de los pecadores. ¿Te crees tú más sabio que ellos?

Veamos cómo algunos santos describen el infierno. Sta. Teresa de Jesús afirma: “Estando un día en oración, me hallé sin saber cómo, en un punto que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado... Esto fue en brevísimo espacio, mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme... Allí no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas Después he visto otra visión de cosas espantosas... De aquí gané la grandísima pena que me dan las muchas almas que se condenan

.Por librar una sola de tan gravísimos tormentos pasaría yo muchas muertes muy de buena gana” (Vida 32).

La Bta. Faustina, la mensajera del Señor de la misericordia, no cuenta también: “Bajo la guía de un ángel he estado en los abismos del infierno. Es un lugar de grandes tormentos en toda su extensión, espantosamente grande... Habría muerto a la vista de aquellas horribles torturas si no me hubiera sostenido la omnipotencia de Dios... Escribo esto por orden de Dios, para que ningún alma se justifique, diciendo que el infierno no existe o también que ninguno ha estado nunca y ninguno sabe cómo sea. Yo, Sor Faustina, por orden de Dios estuve en los abismos del infierno, con el fin de relatarlo a las almas y atestiguar que el infierno existe. Lo que he escrito es una débil sombra de lo que he visto. Una cosa que he notado es que, la mayor parte de las almas que allí están, son almas que no creían que el infierno existía” (II,161).

Lucía de Fátima, en sus “Memorias”, nos relata la visión que tuvieron los tres niños el 13 de Julio de 1917: “Vimos como un mar de fuego y sumergidos en este fuego, los demonios y las almas, cayendo por todas partes, como caen las pavesas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio entre gritos y gemidos de pavor Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros carbones en brasa... Nuestra Señora nos dijo entre bondad y tristeza: Habéis visto el infierno adonde van a parar las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón “.

Aquel mismo día les dijo: “Cuando recéis el rosario, decid después de cada misterio: Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, preservanos del fuego del infierno y lleva al cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia “. Y Lucía nos aclara: “Algunas personas, también piadosas, no quieren hablar a los niños del infierno para no asustarlos; pero Dios no dudó en mostrarlo a tres y una de ellas de sólo seis años y Él sabía que se había de horrorizar”. “Jacinta, con frecuencia, se sentaba en el suelo o en alguna piedra y pensativa comenzaba a decir: ¡Oh infierno, oh infierno..., qué pena tengo de las almas que van al infierno!... Otras veces, preguntaba: ¿Por qué Nuestra Señora no muestra el infierno a los pecadores? Si ellos lo viesen, ya no pecarían para no ir allá. Has de decir a aquella Señora que muestre el infierno a toda aquella gente... A veces, se agarraba a mí repentinamente y decía: Tú te quedas acá, si Nuestra Señora te deja, dile a todo el mundo cómo es el infierno para que no hagan más pecados y no vayan allá “.

El infierno es algo tan horrible que, todas las imágenes que podamos poner, se quedan pequeñas. Por eso, Dios en su Palabra trata de disuadirnos de ir por el camino del pecado, que es el camino del infierno, y aconsejarnos el camino del cielo, que es el camino del bien, el camino del amor. Y ya que, muchas veces, por las buenas no entendemos, nos quiere hacer entender lo terrible que puede ser para nosotros ir por ese camino. Y nos habla de un lugar de fuego, de un horno de fuego (Mt 25,41; 13,42). *Fueron juzgados cada uno según sus obras. La muerte y el infierno fueron arrojados al estanque de*

fuego; ésta es la segunda muerte, el estan que de fuego, y todo el que no fue hallado en el libro de la vida fue arrojado en e lestanque de fuego (Ap 20, 13-15). Dios, como un padre, nos avisa del peligro, pues vivir el infierno de nuestra alma será peor que estar metidos en un horno de fuego eternamente. El infierno será como un fuego interior que nos quemará incesantemente con el deseo insaciable de odiar y hacer daño, de maldecir y de matar. Será no querer ni poder amar. El infierno será vivir eternamente en un mundo de oscuridad y de maldad.

El infierno es no poder decir Jesús Jamás

EL INFIERNO

L. Boff en su libro “Hablemos de la otra vida” dice: “Si pudiese, anunciaría esta novedad: el infierno es un invento de los curas para mantener al pueblo sometido a ellos; es un instrumento de terror excogitado por las religiones para garantizar sus privilegios y sus situaciones de poder; lo anunciaría y ciertamente significaría una liberación para toda la humanidad Pero no puedo. Porque nadie puede negar el mal, la malicia, la mala voluntad, el crimen calculado y pretendido y la libertad humana. Por existir todo esto existe también el infierno, que no es el de los diablos con cuernos, creado por la fantasía religiosa, sino creado por el condenado mismo”.

El infierno no es algo creado por Dios para castigar a los malos. Y, en el supuesto que existiera y se arrepintieran, los liberaría inmediatamente, pues Dios es un Dios de amor y de misericordia. Dios no es un tirano o déspota, que no admite réplica ni contradicción a sus órdenes y castiga sin piedad. Basta con que observemos la vida de Jesús y veremos a un Dios humilde, sencillo, amigable, que busca siempre la paz y la salvación de todos. Que siempre perdona y que, a pesar de ser omnipotente, se deja pegar, insultar y maltratar hasta la muerte por sus enemigos, a quienes perdona desde la cruz.

¿Puede un Dios así haber prefabricado un infierno para sus hijos? Ahora bien, el fuego de que se habla no puede ser fuego material, que quemara el cuerpo, pues hasta el juicio final estaremos sin cuerpo. Es un fuego que quema el alma. Es el fuego del odio, de la violencia, del egoísmo y de la maldad, que quema por dentro y no deja ser feliz. La Iglesia al hablar del infierno nos dice que es un estado del alma de horribles sufrimientos, mucho más de lo que podemos imaginar. “Es un estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados” (Cat 1033). “Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el hombre debe usar de su libertad en relación a su destino eterno y constituyen un llamamiento apremiante a la conversión” (Cat 1036).

¡Qué tragedia! Los pecadores se van fabricando cada día, con sus pecados, ese estado infernal. Cierran su corazón al amor y lo abren al egoísmo, al odio, a la maldad... Y cada día se van haciendo más duros y

cruelles, más egoístas y soberbios. ¿Has conocido hombres que han decidido libremente odiar en lugar de amar? ¿Adorar a Satanás en lugar de Dios? ¿Puede un corazón así tener alegría y paz? Su vida es una mentira existencial, se engañan a sí mismos. “Más les valdría no haber nacido” (Mc 14,21).

Mira un crucifijo y observa a tu Dios crucificado. Así lo quieren tener siempre en su alma estos hijos rebeldes. Quieren seguir pisoteando a Dios y matarlo, como lo hicieron los judíos... A veces, se comienza, diciendo NO a Dios en cosas pequeñas, y este NO lo van diciendo cada vez en cosas más grandes y van cayendo y cayendo hasta el abismo. Prefieren ser discípulos de Satanás que seguir a Jesucristo. Por eso, en el momento de su muerte, cuando Dios se presente ante ellos con todo su amor divino, serán capaces de rechazarlo para siempre. Su corazón ya está vacío y es incapaz de amar. Y así estará por toda la eternidad. Por eso, el infierno es eterno, porque ellos nunca dejarán de rechazar a Dios. Y, sin embargo, Dios los seguirá amando eternamente; pues, de otro modo, no podrían ni existir. ¡Misterio y tragedia de la libertad humana!

En ese último momento de la muerte, Dios, al verse rechazado y odiado, sólo podrá respetar su libertad y decir apenado: “Hijo mío, te he amado y te seguiré amando siempre, pero no puedo hacer nada más por ti, hágase tu voluntad”. Y ellos vivirán “a su gusto” en su estado infernal sin fin. Por esto, mientras tenemos tiempo, procuremos enmendar rumbos, no sea que, pecando en cosas pequeñas, nos

vayamos demasiado lejos y después sea difícil regresar. Mientras hay vida hay esperanza, pero no dejes para mañana lo que debes hacer hoy.

El gran teólogo Ladislaus Boros afirma que “no nos condenaremos por casualidad... Cada uno decidirá su destino eterno... Ahora bien, lo que queremos ser por toda la eternidad debemos comenzar a serlo ahora mismo. Nuestra conversión definitiva debe comenzar con una serie de conversiones parciales desde ahora. Cada decisión por Dios en esta vida, no prepara para la gran y definitiva decisión en el momento de la muerte. Toda postergación de nuestra conversión, aquí y ahora, es una mentira existencial “.

Y Dios mismo nos amonesta en su santa Palabra: “Basta ya de hacer como en tiempo pasado, la voluntad de los malos, viviendo en desenfreno, en liviandades, en crápula, en comilonas y borracheras” (1 P 4,3). “Sed sobrios y vigilad, pues vuestro enemigo el diablo, como león rugiente, anda rondando buscando a quien devorar. Resistid firmes en la fe” (1 Pe 5,8).

El infierno es el rechazo eterno del amor

EL PURGATORIO

“La Iglesia llama purgatorio a la purificación final de los elegidos” (Cat 1031). Esta purificación tiene por objeto “obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo” (Cat 1030). “La tradición

de la Iglesia, haciendo referencia a ciertos textos de la Escritura (por ejemplo, 1 Co 3,15; 1 Pe 1,7) habla de un fuego purificador (Cat 1031). Este fuego purificador es totalmente distinto del de los condenados. El fuego de los condenados lo encienden ellos mismos en su corazón con las llamas de sus pasiones, del odio y de la maldad y del rechazo de Dios. En cambio, el fuego del purgatorio es el fuego del amor, que tienen dentro de su alma, y que se va extendiendo a todo su ser, hasta que esté totalmente sano, limpio y purificado.

Este es el fuego que quemaba a Jeremías, cuando dice que “había en mi corazón algo así como un fuego ardiente, prendido en mis huesos y, aunque quería ahogarlo, no podía” (Jer 20,9). Es el fuego del Espíritu Santo, que habita en nosotros, y que, en cierto modo, quema nuestro interior con el deseo insaciable de amar a Dios con toda nuestra capacidad.

Este fuego, más que un castigo de Dios, es una imperiosa necesidad que siente la propia alma de purificación total para llegar a la plenitud en el amor. Es un deseo irresistible de amar con toda la capacidad. Algo así como le puede pasar a quien está enfermo de los pulmones y no puede respirar bien y siente una gran necesidad de sanarse para poder respirar a todo pulmón.

Ahora bien, al igual que hemos dicho ya del infierno, el purgatorio no es un lugar determinado en el espacio. Es un estado del alma, en proceso de adquirir la plenitud del amor, y todavía con el insaciable

deseo de conseguirlo Decía Ladislaus Boros que “el purgatorio no es una ciudad de tortura o un campo cósmico de concentración... El purgatorio es el paso a través del fuego del amor de Cristo. Sus llameantes ojos, llenos de amor irán purificándonos de las escorias de nuestro egoísmo. Cuanto más duros y fuertes sean estos residuos de egoísmo, tanto más dolorosa y dura dera será esta depuración y purificación. Cuanto más se haya acumulado la escoria de nuestros pecados, más intenso y prolongado será este proceso purificador

La Bta Faustina nos dice: “un día vi a mi ángel custodio, que me ordenó seguirle. En un momento, me encontré en un lugar nebuloso, lleno de fuego y en él, una multitud de almas sufrientes. Estas almas rezan con fervor, pero sin eficacia para ellas mismas: solamente nosotros podemos ayudarlas Y les pregunté a aquellas almas cuál era su mayor sufrimiento.

Me contestaron unánimemente que su mayor sufrimiento es la añoranza de Dios (el gran deseo de amarle) Oí una voz interior que me dijo: Mi misericordia no quiere esto, pero lo exige la justicia” (I, 7). Es como si un niño se ensucia las manos y la justicia amorosa de su madre le exige que él mismo se las limpie antes de poder abrazarla. Ellos ensuciaron su alma, apartándose de Dios por el pecado, y ellos mismos deben ahora sufrir, deseando tenerla limpia totalmente para abrazar a Dios con toda su alma. Lo hermoso del Amor de Dios es que nosotros podemos ayudarles a purificarse.

Es como si hubieran muerto con una deuda que pagar y pudiéramos pagar por ellos. Por eso, “es bueno y piadoso orar por los difuntos para que sean liberados de sus pecados” (2 Mac 12,43), ya que en el cielo “no puede entrar nada manchado” (Ap 21,27). Sólo los limpios de corazón, como dice Jesús, podrán ver a Dios (Cf Mt 5,8). ¡Qué bueno es orar por nuestros hermanos difuntos! Dice el Cardenal Ratzinger en su “Informe sobre la fe” que “si el Purgatorio no existiera, habría que inventarlo, porque hay pocas cosas tan espontáneas, tan humanas, tan universalmente extendidas en todo tiempo y cultura, como la oración por los propios allegados difuntos “. Así lo creía también Jesús, de acuerdo a la mentalidad judía de entonces y nunca lo criticó.

El purgatorio, en resumidas cuentas, es como el fuego del amor de Dios, que nos inunda y nos hace sentir la necesidad de amar a Dios y a los demás con toda nuestra capacidad (a pleno pulmón), con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todo nuestro ser. Es una exigencia del alma de amar, no “a medias”, sino totalmente.

El purgatorio es la purificación de nuestro amor

EL CIELO

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica que “cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Cristo” (Cat 1026). Es una felicidad total y eterna en Comunidad. No puede existir una felicidad individual, pues todos formamos una UNIDAD en Cristo. “Esta comunión de vida y amor (con la S. Trinidad) con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama cielo” (Cat 1024). “La Escritura nos habla (de esta comunión bienaventurada con Dios y todos los que están en Cristo) por medio de imágenes: vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso” (Cat 1027).

Con frecuencia, se habla en los documentos de la Iglesia de visión beatífica, de ver a Dios “cara a cara”. Son expresiones para indicar el grado de unión e intimidad con nuestro Padre Dios. El fuego de su amor nos invadirá tan plenamente que todo será paz, amor y felicidad. Este fuego divino nos traspasará, como un rayo de sol pasa por un cristal sin romperlo ni mancharlo y hará brillar nuestra alma en todo su esplendor.

S. Agustín dice que “allí descansaremos y contemplaremos, contemplemos y amaremos amaremos y alabaremos: éste será el fin sin fin” (De civ Dei 22,30,5). Para él, el cielo es la plena unión con Dios por el amor. “Si te unes (plenamente) a Dios, has terminado el camino, llegaste a la patria” (In Epist lo 10,4-5) Por eso, el cielo será la

realización total de nuestras esperanzas y llegar a la plenitud en el amor. Ladislaus Boros dice que el cielo será una aventura permanente, siempre nueva, conociendo diferentes perspectivas de Dios y de su amor. Será como adentrarse en el mismo océano y ver siempre distintos aspectos de la misma realidad. Dios es infinito y toda la eternidad no bastará para seguir conociéndolo y amándolo más y más de acuerdo a la capacidad de cada uno. Y esta aventura divina y eterna será en comunión con todos los hermanos. Allí la comunión de los santos será una maravillosa realidad. Allí, por fin, podremos satisfacer nuestra ansia de amar y ser amados y esa sed de infinito que hay en nuestro corazón.

El cielo será una misa eterna de amor, un ofrecimiento de amor total junto con Jesús, una donación total a Dios y de Dios a nosotros, una comunión eucarística permanente con Dios en Cristo. Será algo tan sublime que nadie lo puede imaginar. Entonces, podemos estar seguros que “ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criaturra alguna podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 8,39). “Ni el ojo vio ni el oído oyó ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman” (1 Co 2,9). El cielo es la plenitud de la vida y del Amor. Por eso, la Bta. Isabel de la S. Trinidad murió diciendo: “Me voy a la Luz, a la Vida, al Amor”.

Sta. Teresita del Niño Jesús suspiraba también por una eternidad llena de amor y decía: “Todo me fatiga aquí abajo, todo me pesa, sólo

hallo una alegría: sufrir por Jesús... La vida pasa, la eternidad avanza a grandes pasos, pronto viviremos de la misma vida de Jesús... Pronto veremos nuevos cielos y un sol más radiante alumbrará con sus resplandores mares celestiales y horizontes infinitos..., no estaremos ya prisioneros esta tierra de destierro, todo habrá pasado. Bogaremos con nuestro esposo celeste sobre lagos sin riberas... “(C 61). “Ya no hallo sobre la tierra nada que me haga dichosa, mi corazón es demasiado grande para que pueda satisfacerle algo de lo que en este mundo se llama felicidad. Mi pensamiento vuela a la eternidad, el tiempo va a terminar. Mi corazón está quieto como un lago tranquilo o un cielo sereno. No echo en falta la vida de mundo, mi corazón tiene sed de las aguas de la vida eterna. Todavía un poco y mi alma dejará la tierra, terminará el destierro, concluirá su combate...

¡Subo al cielo! ¡Arribo a la patria, alcanzo la victoria! Voy a entrar en la morada de los elegidos, voy a ver bellezas que el ojo del hombre no vio nunca, a escuchar las armonías que el oído no escuchó nunca, a gozar alegrías que el corazón nunca disfrutó. “(C 219).

Nuestro cielo será tan grande como la medida de nuestro amor

EXPERIENCIAS

Si leemos las vidas de los santos, muchos de ellos, nos hablan de experiencias de cielo, como éxtasis, raptos, incendios de amor, heridas de amor..., que ellos mismos han experimentado ya en esta vida. Pues

bien, el cielo será eso, pero multiplicado millones de veces, de acuerdo a la capacidad de cada uno.

Sta. Teresita cuenta que “algunos días después de mi ofrenda al Amor misericordioso, comenzaba en el coro el ejercicio de la Vía Crucis, cuando, de repente, me sentí herida por un dardo de fuego que creí que iba a morir. No sé cómo explicar este transporte; no hay palabras para dar a entender la intensidad de semejante llama. Parecía que una fuerza invisible me sumergía enteramente en el fuego. ¡Oh qué fuego, qué dulzura. Me abrasaba de amor y sentía que un minuto más, un segundo más y no podría soportar aquel ardor sin morir” (UC 7.7.2).

Algunos santos, que han llegado a las alturas del matrimonio espiritual, nos hablan de besos divinos. Sta. Verónica Giuliam dice que “cuando Dios da estos besos divinos, se sacude todo nuestro interior hasta la última fibra de nuestro ser.. En ese momento, parece que Dios y el alma son una misma cosa. ¡Oh beso de paz! ¡ Oh beso de amor! ¡Oh beso de vida de mi Dios!” (Diario 1 298) S. Juan de la Cruz hablará del “toque delicado, que a vida eterna sabe “. Y de la “llama de amor viva, que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro “.

Pero estas experiencias de cielo, no solamente las da a los grandes santos. Dios las da a quien quiere, porque es libre. Recuerdo a un sacerdote carismático que contaba haber sentido el amor de Dios con tal intensidad como si una bomba atómica hubiera explotado en su

interior. Pensaba que iba a morir de felicidad. Otro gran amigo, Rafael Aita, profesor universitario en Lima, contaba su experiencia así:

“La noche del 20 de Enero de 1996, estando acostado, me sentí muy mal y perdí el conocimiento durante quince minutos. Comencé a desplazarme veloz por un túnel negro, oscuro y, al fondo del túnel, vi una luz. Una luz inmensa, majestuosa, muy fuerte, cuyos rayos caían sobre mí. La luz resplandeciente me cegaba y sus rayos parecían llegar a lo más profundo de mi ser. Cuando me acerqué más a la luz, la luz me recibió, me abrazó y sentí un amor infinito, una paz infinita, una felicidad infinita. ¡Cuánta ternura! ¡Nunca me imaginé que podría existir tanta felicidad!. En ese mismo instante, pensé por fracciones de segundo en mi vida terrenal... y no quería volver, quería seguir ahí para siempre.

Era la ausencia total del temor y la protección total del Amor Sentía que era Dios, que me abrazaba con su ternura infinita, y luego sentí que me decía: “Regresa, tu misión no ha terminado” y regresé y desperté. A partir de ese día, mi punto de vista sobre la vida ha cambiado. Siento gran necesidad de amar a Dios y al prójimo. Sé que Jesús está vivo y que nos espera y nos ama con una intensidad infinita. Ya no tengo miedo a la muerte. Y, ahora, la meta de mi vida es ser mejor de lo que he sido, cuando vuelva a encontrarme nuevamente con Jesús.

Ahora lo amo con amor entrañable y siento la necesidad de comulgar y de tenerlo conmigo todos los días. Y me siento contento de

ser ministro extraordinario de la Eucaristia para llevar a mi amigo Jesus a mis hermanos”.

He aquí una experiencia, que podríamos calificar de “más allá de la muerte “. Son miles y miles las personas que la han experimentado, de acuerdo a los testimonios del doctor Raymond Moody en su libro: “Vida después de la vida “. En todos los casos, experimentan el amor de “un ser de luz” , que es Dios, y que cada uno califica de acuerdo a su religión. Pero, a partir de esa experiencia,todos toman más en serio la vida y rectifican su conducta. Dios es Luz y Amor y Paz. Dios nos espera al final del camino de la vida para recibirnos como hijos en su Reino de Amor y darnos una felicidad eterna.

Imagínate, ¡Vivir toda una eternidad en el Reino del Amor! Allí hablarás con los ángeles el lenguaje del amor. Allí todo será Paz y felicidad. Realmente, vale la pena haber nacido. Vale la pena sufrir y trabajar y soportar toda clase de injusticias y de enfermedades en la vida... Vale la pena haber muerto, incluso de hambre, como tantos niños inocentes. Todo vale la pena con tal de ganar el Reino del Amor. Por eso, aunque seas un inválido, anciano o enfermo, y humanamente no puedas hacer nada, puedes hacerlo todo: AMAR. Nunca busques la muerte por el suicidio. Dios te buscará en el momento oportuno. Porque nadie muere de cáncer o de infarto o de hambre, sino cuando Dios, tu Padre, te dice: “Hijo mío, ven, te ha llegado tu hora”. ¿Estas preparado para la llamada? No olvides que estás en lista de espera. Vive para la eternidad, vive para el AMOR y nunca te arrepentirás, porque serás feliz eternamente.

SEGUNDA PARTE

MEDIOS PARA AMAR

En esta segunda parte, vamos a exponer algunos medios importantes para crecer en el camino del amor. El amor es como una plantita en continuo crecimiento, a la que hay que cuidar y regar para que no se seque, sino para que crezca más fuerte y lozana cada día. Entre estos medios, el más importante y hermoso es el sacramento del Amor (la Eucaristía), que es el más grande tesoro de la Iglesia católica. Pero no olvidemos al Espíritu de Amor, que nos llena de amor.

LA IGLESIA CATOLICA

La Iglesia es la autopista del amor hacia la santidad. Es el camino más corto, más rápido y más seguro para llegar a la santidad. Por ningún otro camino, han podido formarse tantos y tan grandes santos. Es el camino del Cristo total, no sólo del Cristo Dios, sino del Cristo, hombre y Dios, que está presente en la Eucaristía. Pero como Cristo no está visiblemente entre nosotros, nos dejó un representante, revestido de su propia autoridad: el Papa. A él le dijo: “Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos” (Jn 21,16). Por eso, decía S. Ambrosio: “Donde está Pedro, allí está la Iglesia “. Y S. Jerónimo afirmaba: “La Iglesia está edificada sobre la roca de Pedro “. (Epist 43,3.7). Y Cristo

mismo dijo: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18).

Obedeciendo al Papa, no nos equivocaremos. No podemos decir: “Yo opino, yo creo, a mí me parece “, en cosas importantes de fe o moral.

Obedecer al Papa es obedecer a Cristo, que lo ha nombrado su Vicario y representante en la tierra y es el auténtico intérprete de la Escritura. Debe mos leer la Palabra de Dios, siguiendo al Papa, de acuerdo al sentir de la Iglesia, que “es columna y fundamento de la verdad” (2 Tim 3,15). “Porque ninguna profecía de la Escritura es de interpretación personal” (2 Pe 1,20). “Y hay algunos ignorantes que pervierten (las cartas de Pablo) como también las demás Escrituras para su propia perdición” (2 Pe 3,16). El poder de dirigir a la Iglesia se lo dio sólo a Pedro: “A ti te daré las llaves (el poder) del Reino de los cielos, lo que ates en la tierra será atado en el cielo, y lo que desates en la tierra será desatado en el cielo” (Mt 16,19). Le da el poder de atar y desatar, es decir, según la significación de entonces, de mandar y prohibir.

El Papa es maestro de la verdad y nos da seguridad y garantía de que nuestra fe es verdadera. El guía la nave de la Iglesia, basado en la Palabra de Dios y apoyado en las dos grandes columnas de la Eucaristía y de María, nuestra Madre. A este respecto, es digno de mención el sueño que tuvo S. Juan Bosco el 30 de Mayo de 1862. Vio un mar

agitado por las olas y en medio del mar un barco mucho más alto y grande que otros, que estaban a su alrededor, queriendo destruirlo con sus espolones y sus cañones. El barco lo guiaba el Papa, en medio de una gran tempestad y de naves enemigas (que significaban los enemigos que la deseaban destruir).

En medio del mar había dos columnas, a las que el Papa dirigió el barco. Una columna tenía la estatua de la Virgen con la inscripción “Auxilio de los cristianos” y la otra, más alta y más gruesa, tenía una hostia grande con el letrero “Salud de los creyentes “. Cuando el Papa logró llegar a estas dos columnas, se aferró a ellas y amainó la tempestad y desaparecieron todos sus enemigos. Entonces, vino una gran calma. María y la Eucaristía son las dos columnas fundamentales de la Iglesia, guiada por el Papa, que interpreta auténticamente la santa Palabra de Dios.

La Iglesia Católica es la autopista del amor

MARÍA MADRE DEL AMOR

María es la “madre del amor hermoso” (Edo 24,18) y todo el amor que nos viene de Dios, Uno y Trino, nos llega, en último término, por medio de María, que es la medianera de todas las gracias y la administradora de los bienes de Dios. Ella es la “llena de gracia” (Lc

1,28). En ella “no hay nada manchado” (Sab 7,25; Cant 4,7). “Ella es más hermosa que el sol y supera todo el conjunto de estrellas, comparada con la luz sale vencedora” (Sab 7,29). Ella está hecha toda de Amor y, por eso, podemos llamarla Madre del Amor y Madre del Amor de los Amores, Cristo Jesús.

Ella es la Omnipotencia suplicante, que todo lo puede con su intercesión. “Es el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la actividad de Dios, imagen de su bondad Y, siendo sola, lo puede todo” (Sab 7, 26-27). Todos los santos han sido especialmente devotos de María y su devoción es garantía de salvación. Decía S. Alfonso María de Liguori: “Es imposible que se condene un verdadero devoto de María “. Y S. Juan de Avila afirmaba: ‘Más quiero estar sin pellejo que sin devoción a María “.

“Infelices aquellos que abandonan a María bajo el pretexto de rendir sólo homenaje a Jesús, como si fueran opuestos ambos amores, como si se pudiera encontrar al Hijo de otra manera que con María, su Madre (S. Pío X). “Repasad las páginas de la tradición cristiana, interrogad a las historias del cristianismo en todos los reinos y países del universo y por doquiera encontraréis que María viene en socorro de sus afligidos hijos... Si los hombres supieran el gran consuelo que, en el momento de la muerte, produce el haber sido devotos de la Virgen, todos buscarían modos nuevos de rendirle especiales honores. Será Ella, precisamente, la que con su Hijo constituirá contra el enemigo del alma nuestra auténtica de- fensa en la última hora. Ya puede el infierno entero declararnos la guerra, con María al lado, el triunfo será nuestro” (S. Juan Bosco).

“Hijos míos, si deseáis la perseverancia, sed devotos de María” (S. Felipe Neri). “Gran cosa que agrada a Nuestro Señor es cualquier servicio que se haga a su Madre” (Sta. Teresa de Jesús). “Y como los niños en los peligros gritan espontáneamente, llamando a su madre, así nosotros debemos invocarla en los momentos difíciles, porque ella es nuestra Madre” (S. Alfonso María de Liguorio). “Cuantas veces saiga de vuestros labios ese nombre tan hermoso de María, debéis imaginaros una gran señora, Madre en el más alto grado del mismo Dios Hijo, debéis imaginaros una Madre que puede decir a Dios como todas las madres: “Hijo mío, Tú eres mi hijo “. Debéis imaginaros una señora tan excelsa que ni el mismo Dios puede hacer entre las criaturas otra más sublime. Puede hacer infinitos mundos, cada uno más grande que otro, infinitos ángeles cada uno más santo que el otro, pero una criatura más bella, más sublime, no puede hacerla. (San Leonardo de Pto. Mauricio).

a) Consagración a María

Consagrarse a María significa ponernos bajo su cuidado y protección y entregarle cuanto somos y tenemos. Es poder decirle como un verdadero hijo “Totus Tuus”, soy todo tuyo. Es como ponernos bajo su manto protector, de donde nunca podrá sacarnos el Maligno. Ella le aplasta la cabeza al dragón iniermal (Gen 3,15). Y así se le presentó a Sta. Catalina Labouré en París en 1930, tal como está en la medalla milagrosa, aplastando la cabeza de la serpiente. Por lo cual, estar

consagrados a María es señal segura de salvación. Y, además, es el camino más fácil, más rápido y más seguro para llegar a Jesús.

‘Qué importante es que los padres consagren a sus hijos, recién nacidos a María, y que consagren su propia familia! No olvidemos que, según los descubrimientos del científico peruano Aste Tonsman, en los ojos de la Virgen de Guadalupe, aumentados 2.500 veces, se ven en el mismo centro, en la pupila, una familia: los padres y tres hijos. Como si María quisiera darnos un mensaje para estos tiempos, en que la familia está tan amenazada, y quisiera decirnos que la familia está en el centro de sus ojos y de su corazón, y la ama con especial cariño. Y no se olviden los padres de comulgar frecuentemente y orar en familia para pedir la unidad y la paz familiar. Cuando una madre gestante comulga, le hace comulgar en cierto modo, a su hijo. Y Jesús mismo, a quien recibe su mamá, le da una bendición especial desde el vientre de su madre.

Digamos con fe: “Soy todo tuyo, Reina mía, Madre mía, y cuanto tengo tuyo es “. “Bajo tu protección nos acogemos Sta. Madre de Dios, no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien líbranos siempre de todo peligro. Oh Virgen gloriosa y bendita” (siglo III). “Acordaos que jamás se oyó decir que alguno de los que han invocado tu protección y reclamado tu asistencia haya sido abandonado de Vos. Animado con tal confianza, a Vos también acudo, Oh Madre, Virgen de las Vírgenes, y, aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a comparecer ante vuestra presencia soberana. Oh

Madre de Dios, no desprecies mis humildes súplicas; antes bien, escuchadlas y acogedlas favorablemente. Amen” (S. Bernardo).

“Cualquiera que tú seas, que te sientes llevado por la impetuosa corriente de este siglo y más bien te parece fluctuar entre borrascas y tempestades, que andar por la tierra firme. No apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si no quieres verte arrastrado por la borrasca. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropezares en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, invoca a María. Si te sientes agitado por la soberbia, si la ira o la avaricia o la concupiscencia de la carne empuja violentamente la nave de tu alma, vuelve tus ojos a María. Si tienes miedo ante la inmensidad de tus pecados, si comienzas a sumirte en el abismo sin fondo de la tristeza o en la sima profunda de la desesperación, mira a la estrella, invoca a María” (S. Bernardo).

Dame, hijo mio, tu amor(Prov. 23, 26)

b) Los cinco primeros sábados

Le decía Nuestra Madre a Lucía en Fátima el 10-12-1925: “Mira, hija mía, mi Corazón cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con sus blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y di a todos aquéllos que, durante cinco meses, el primer sábado se confiesen, reciban la santa comunión, recen la tercera parte del rosario y me hagan compañía, meditando en los quince misterios del rosario con el fin de desagraviarme, que yo prometo

asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de esas almas “.

Procura extender esta devoción a todos tus amigos, familiares y conocidos. Si eres apóstol de María, ella te sonreirá. Hazla feliz con tu comportamiento de verdadero hijo y sentirás su sonrisa en tu corazón y la alegría de que Ella velará por ti en tu última hora. Será muy hermoso oírle decir a Jesús en aquel momento: ‘Mi madre me ha hablado muy bien de ti... Entra en el banquete de tu Señor “.

c) El escapulario

Una muestra de amor a María es llevar el escapulario de la Virgen del Carmen Esta devoción tiene su origen en la aparición de Nuestra Madre a S. Simón Stock, General de la Orden de los Carmelitas, el 16 de Julio de 1251. María le dijo: “Recibe, hijo mío, el escapulario de tu Orden, privilegio para ti y para todos los carmelitas, quien muriere vistiéndolo no padecerá el fuego del infierno “. Por tanto, llevar el escapulario con fe en el momento de la muerte es garantía de salvación. Esta devoción se hizo muy popular en Europa y los Papas la promovieron y aprobaron.

En las apariciones de La Salette en Francia, aprobadas por la Iglesia, se aparecía María en 1878 como Virgen del Carmen, con el escapulario. La última aparición de Lourdes fue el 16 de Julio de 1858, fiesta de la Virgen del Carmen. En Fátima, en la última aparición del 13 de Octubre de 1917, se presentó también como Virgen del Carmen.

Y Lucía, la vidente de Fátima, que era carmelita, dijo muchas veces que el rosario y el escapulario están íntimamente unidos y son inseparables. El Papa Pío X afirmaba que el escapulario debe ser signo de nuestra consagración a María y que es garantía de la protección de Nuestr Madre celeste.

Hay muchos milagros que Dios ha hecho por medio de María para proteger a los que llevan con fe el escapulario. Uno de ellos lo cuenta el Vble. Manuel Gonzalez, obispo de Palencia En 1903, siendo capellan del Asilo de ancianos de Málaga, dice que “había un anciano, a quien todos le llamaban el judío “por su carácter reservado y hosco. Siempre se estaba quejando y estaba molesto con todo el mundo. Tampoco asistía a misa ni comulgaba nunca. Pero una mañana, después de tanto hablarle, conseguí que me aceptara el escapulario de la Virgen del Carmen y que siempre lo llevara consigo.

Un buen día recibí aviso urgente de que el judío “se había tirado por las escaleras, intentando matarse. Cuando llegué, no encontré a nadie, bajo las escaleras y miré hacia arriba, al último piso, y vi a un grupo de ancianos, tirando de un hombre amarrado a la cintura y colgado sobre el hueco de la escalera. ¿Qué había pasado? El judío en un arranque de desesperación, se había tirado de la parte más alta de la escalera, pero, cuando ya su cuerpo estaba todo en el aire, se salió el cordón del escapulario y, como si fuera una cadena, se enredó entre sus dedos y la muñeca, formando un círculo con el brazo alrededor de uno

de los hierros de la baranda y lo había retenido y dejado colgado en el vacío del último piso de la escalera. Entonces, empezó a gritar y acudieron todos a ayudarlo, admirados por el gran prodigio que su celestial protectora la Virgen María había realizado. No hay que decir que el ‘judío’ dejó de serlo y el poco tiempo que después vivió fue un buen cristiano “.

MARIA, MADRE DE LOS PECADORES

Todos los que están extraviados o perdidos en el camino del amor, pueden encontrar en María una Madre amorosa. Ella es nuestra Madre. Jesús, desde la cruz, nos dijo a cada uno como a S. Juan: “Ahí tienes a tu Madre” (Jn 19,27). Y ella es especialmente madre de los pecadores. Como decimos en las letanías: Refugio de los pecadores. Ella los acosa con su amor, mientras todavía hay esperanza. ¡Con qué ojos de amor miraría a los dos ladrones, que estaban clavados junto a la cruz de Jesús! Y, sin embargo, sólo uno aceptó sus ruegos y se convirtió.

¡Cuántos, como el buen ladrón, se han convertido a lo largo de los siglos por los ruegos e intercesión de María! Cuando yo estaba de capellán militar, alguien contó el caso, que sucedió durante la guerra civil española del año 1936-39. Había un legionario que todas las noches rezaba tres Avemarías antes de dormir. Sus compañeros le preguntaban por qué rezaba, si decía que no creía mucho en las cosas de la religión. Y él respondía: “porque quiero cumplir la palabra que le di a mi madre antes de morir; de rezar todos los días tres Avemarías a

la Virgen . Una noche, a las dos de la mañana, se fue a ver al capellán del batallón y le dijo: Padre, presiento que voy a morir y quiero confesarme . Se confesó y con la conciencia tranquila se fue a dormir. Al día siguiente, una bala le traspasó el corazón.Su madre terrena desde el cielo velaba por él y su Madre celeste le obtuvo la salvación.

Otro caso palpable de la intercesión de Maria le ocurrió a un sacerdote amigo. El estaba solo en la parroquia y se metía en muchos trabajos de evangelización y apostolado... Y “no tenía tiempo para orar “. Decía que estaba todo el día orando, porque trabajaba para Dios y hablaba de Dios a todo el mundo. Poco a poco, se fue enfriando en su vocación y perdiendo el sentido de su sacerdocio. Pensaba seriamente en abandonarlo todo y formar una familia. Pero una noche soñó que se estaba ahogando en medio del mar y empezó a gritar, pidiendo auxilio. Casi al momento, aparecio una barca, en la que estaba la Virgen, que le extendió su escapulario.

Él se agarró fuertemente a él y subió a la barca. Entonces se sintiendo una gran paz interior. Se dio cuenta de que él era el que se ahogando y María lo quería salvar. Desde ese día, tomó más en serio su oración. Todas las mañanas reservaba una hora y media para orar, dejaba cualquier compromiso parroquial para otro momento. A veces, decía, dormía en la oración, pero no le importaba, porque estaba cumpliendo su compromiso de hacer compañía a Jesús..

Y ¡cuántos católicos han salvado su fe por la devoción a María! He conocido a algunos de ellos que se habían pasado a otras sectas, pero conservaron alguna imagen de María, a pesar de haber tirado todas las demás. Algunos hasta iban, frecuentemente, a visitar alguna imagen de María a las iglesias católicas. Ellos pudieron volver a “casa”, donde Ella los esperaba. Creo que la mejor manera de no apartarse de nuestra fe, para los que perdieron el amor a Jesús Eucaristía, es el amor a María.

¡Cuántas veces María ha llorado en imágenes para decirnos cuánto le duele el alejamiento de sus hijos pecadores! En Siracusa (Italia) estuvo cuatro días llorando, desde el 29 de Agosto al 1 de Setiembre de 1953. Los obispos de Sicilia manifestaron que estas manifestaciones eran auténticas y allí se construyó un gran santuario a la Virgen de las lágrimas. En el pueblo de Akita (Japón), en 1973, una imagen de María lloró lágrimas de sangre. El obispo reconoció oficialmente, después de ocho años de investigaciones, el carácter sobrenatural de estos hechos.

En estos tiempos actuales, se han multiplicado por todo el mundo las apariciones de María y sus mensajes, llamando a la conversión. Según el cardenal Ratzinger, hasta 1990 habían sido reportadas más de 300 apariciones de María, solamente en este siglo XX. Algunos de sus mensajes hablan de posibles grandes pruebas para la humanidad, pero siempre trae un mensaje de esperanza. Decía en Fátima: “Al fin mi Corazón Inmaculado triunfará. Rusia se convertirá y se le concederá al mundo un período de paz

En 1968 en Zeitoun (Egipto), se apareció en la cúpula de una iglesia ortodoxa, en el Cairo. La vieron multitudes hasta de 250.000 personas, cristianos, judíos, musulmanes y no creyentes. A veces, durante dos horas seguidas. Sin decir nada, traía un mensaje de unión y de paz para todos.

En 1976 se apareció en el pueblo de Cúa (Estado de Miranda), en Venezuela, a María Esperanza Medrano. Allí tuvo también lugar un milagro eucarístico, aprobado por el obispo, al igual que las apariciones. A partir de 1981 se aparece en Mejugorje (Ex-Yugoslavia) y pide ayuno a pan y agua un día a la semana, confesión mensual, rezo del rosario, lectura frecuente de la Palabra de Dios y adoración al S. Sacramento.

Un día les decía a los videntes: “Hay muchos cristianos que son débiles, porque oran poco. Hay que volver a la oración. Estaría contenta, si en las familias se orara una media hora por la mañana y otra media hora por la tarde. Sus trabajos irían mejor”. El 3 de noviembre de 1981 les dijo: “No se asusten, les he mostrado el infierno para que ustedes sepan la condición de los que están allí”. “Yo soy la Reina de la paz “. “Si alguien no tiene fuerza para ayunar a pan y agua, puede dejar otras cosas, como ver televisión, alcohol, cigarro u otros placeres”.

En todas las apariciones a lo largo del mundo, insiste en la oración y penitencia, en el rezo del rosario y en la adoración al Santísimo Sacramento. Ella, como Madre, no puede estar contenta de ver tantos de sus hijos que van por el camino de la infelicidad eterna y, por ello, llora en algunas de sus imágenes hasta lágrimas de sangre. Consuela a María y dale todo tu amor Y ella te obtendrá muchas bendiciones de su Hijo Jesús.

María es el camino

Más corto, más rápido y más seguro

Para llegar a Jesús

MARIA, MADRE DE LA PUREZA

Según una antigua tradición, María consagró a Dios su pureza desde su más tierna infancia. Por ello, cuando el ángel le dice que va a ser madre, Ella responde: “Cómo podrá ser eso, si no conozco varón?” (Lc 1,34). María es la más pura entre todas las mujeres. ‘Mucho más pura que los rayos del sol’, como diría S. Efrén. Es purísima y santísima, llena de gracia. Ella es Madre, especialmente, de todos los consagrados. El voto de virginidad o de pureza es renunciar al placer sexual para obtener la libertad de amar. Es un encauzar el amor del corazón directamente a Dios y, por Dios, a los demás. Es renunciar a algo natural, como es el placer sexual, para potenciar algo más natural aún: el amor del corazón. Es renunciar para amar, para tener más fuerza para amar a Dios. Decía Tagore que “la pureza es un tesoro engendrado por la abundancia del amor”.

Por eso, los consagrados, sacerdotes o religiosos, no son seres reprimidos y amargados, sino más felices, porque aman más, hablando en general. Son más libres y están más disponibles para amar sin las limitaciones familiares. El amor es lo que da valor a esta entrega. Por eso, si un consagrado no vive con amor, de nada le habrá servido su voto hecho sólo de palabra. Sería como haber adquirido un coche averiado para caminar por la autopista del amor. En cambio, un casado o soltero puede vivir con entrega generosa su vocación y ser más santo que un religioso mediocre. El voto da alas para volar en el camino del amor.

Pidamos a María la pureza de alma y cuerpo y digámosle: “Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza. A ti, celestial princesa, Virgen sagrada María, te ofrezco, en este día, alma, vida y corazón, mírame con compasión, no me dejes Madre mía”.

Pureza consagrada es libertad plena para amar

IA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

La comunión de los santos o común unión con los santos, es una verdad tan sublime que, por mucho que reflexionemos en ella, nunca lo haremos bastante, pues es una fuente inmensa de bendiciones y gracias del Señor. Es realmente hermoso sentirnos parte de la gran familia de Dios y saber que, en el cielo, tenemos muchos millones de hermanos

santos y ángeles, que nos aman e interceden por nosotros. No estamos solos en la lucha diaria. Los santos y ángeles nos acompañan en nuestro caminar, entre ellos muchos de nuestros familiares difuntos, que también cuidan de nosotros.

“Como todos los creyentes forman un solo cuerpo, el bien de unos se comunica a los otros... Es, pues, necesario creer que existe una comunión de bienes en la Iglesia... Todos los bienes que ella ha recibido forman necesariamente un fondo común” (Cat 947). Decía Sta. Teresita que “Dios quiere que los santos se comuniquen unos a otros las gracias mediante la oración a fin de que en el cielo se amen con un gran amor; un amor mucho más grande aún que el de la familia (terrena). ¡Cuántas veces he pensado que podría yo deber todas las gracias que he recibido, a las oraciones de algún alma a la que sólo conoceré en el cielo!” (UC 15.7.5).

Y el P. Roulland (su hermano espiritual) escribía: “Yo puedo atestiguar que en nuestras misiones de Japón, de la China y de las Indias..., ella ejerce una influencia admirable en la conversión de las almas y en su adelanto en la virtud. Particularmente en el Japón, hay muchas religiosas trapenses que dicen deber su vocación a la acción de Sor Teresita, cuya vida han leído “. En la segunda guerra mundial fueron incontables las balas detenidas por una reliquia, medalla, estampa o folleto de Santa Teresita. Muchos de estos escudos milagrosos se encuentran actualmente en el Carmelo de Lisieux y en ellos puede verse la señal del proyectil desviado o aplastado. Y no sólo

Sta. Teresita, lo mismo podríamos decir de todos los santos, pues todos nos quieren y nos ayudan en la medida en que los invocamos.

EL ANGEL DE LA GUARDA

Entre los hermanos del cielo tiene una especial importancia nuestro ángel custodio. Es el amigo que Dios nos dio y que siempre nos acompaña y a quien debemos invocar frecuentemente con la oración: “Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día “. “Nosotros somos como menores de edad y nos queda por recorrer un camino muy largo y peligroso, pero nada debemos temer, porque estamos bajo la custodia de los ángeles, que son nuestros guardianes. Ellos no pueden ser vencidos ni engañados y menos aún pueden engañarnos. Son fieles, son prudentes, son poderosos. Basta con que los sigamos, que estemos unidos a ellos y viviremos así a la sombra del Omnipotente” (S. Bernardo).

El mismo Dios nos dice que “ha dado órdenes a sus ángeles para que te guarden en tus caminos” (Sal 90,11). “Yo te enviaré a mi ángel delante de ti para que te defienda en el camino y te haga llegar al lugar que te he dispuesto. Obedece- celo y escucha su voz” (Ex 23,20).

¿De cuántos peligros del alma y cuerpo nos habrá librado nuestro ángel? ¿Se lo hemos agradecido alguna vez? Y cuántos servicios nos sigue haciendo cada día... Algunos santos lo veían y nos hablan de su confianza y familiaridad con él. A S. Raimundo de Peñafort lo despertaba para la oración, a la Bta. Francisca de las cinco llagas, con ocasión de tener una mano enferma, le partía el pan en la mesa. A Sta. Rosa de Lima le servía de recadero y, estando enferma, le preparó una taza de chocolate. A la Bta. Crescencia de Hos le encendía el fuego y cuidaba las ollas para que pudiera permanecer más tiempo en oración. A S. Isidro le araba los campos, cuando éste iba a asistir a la misa. A Sta. Gema Galgani hasta le echaba las cartas al correo y las traía bajo la forma de un pajarillo.

Eduvigis Carboni, la estigmatizada de Cerdeña, escribió en su Diario: “Mi pobre madre me mandaba algunas veces a hacer compras por la noche. Tenía que caminar sola en la oscuridad, especialmente en los caminos solitarios... De pronto, veía a mi ángel custodio que me decía: No tengas miedo. Soy yo que estoy cerca de ti y te hago buena compañía. Entraba en la casa para comprar y él se quedaba fuera. Después, de nuevo me acompañaba hasta la puerta de mi casa y desaparecía.

La Bta. Faustina nos cuenta también en su Diario: “El ángel custodio me hizo compañía en el viaje hasta Varsovia. Cuando entramos en la portería del convento, desapareció. Cuando salimos de nuevo con el tren desde Varsovia hacia Cracovia, vi nuevamente mi ángel custodio... Cuando llegamos a la puerta de nuestra casa

desapareció” (1202). “De manera misteriosa Jesús me hace conocer que un alma agonizante necesita mis plegarias. Frecuentemente, es mi ángel custodio, quien me lo dice” (II, 215).

Otra santa, bendecida con la visión continua de su ángel y a quien frecuentemente le llevaba la comunión, cuando estaba enferma, y le daba pláticas espirituales es la Vble. Mónica de Jesús, que llamaba a su ángel “el hermano mayor”. Otros santos bendecidos abundantemente con la visión del ángel custodio fueron Sta. Francisca Romana, Sta. Margarita María de Alacoque, S. Ramón Nonato, S. Juan Crisóstomo, Sta. Angela de Foligno, Sta. Brígida... Tengamos mucha confianza con nuestro ángel y pongámosle un nombre para poder así llamarlo con más familiaridad; él nos responderá con amor y cariño y nos ayudará, más de lo que podemos imaginar, de los peligros y tentaciones de la vida.

El amor es el lenguaje de los ángeles

LAS IMÁGENES RELIGIOSAS

Las imágenes religiosas son medios importantes para crecer en el amor. Nos ayudan a ponemos en sintonía con las personas que representan y, de esa manera, nos ayudan a orar más y mejor. Fuera del caso de imágenes grotescas o tan abstractas que no digan nada, una bella imagen de Jesús nos inunda el corazón de paz. Hablarle a Jesús a través de una imagen, es como mirarle a los ojos y poder así conversar mejor con él. Las imágenes religiosas bendecidas son de gran ayuda contra el poder del Maligno, que huye de ellas. Hay santos que han

tenido el don de la hierognosis, conocimiento sobrenatural de las cosas bendecidas de las que no lo son. Y nos hablan, como la Vble Ana Catalina Emenck, que las imagenes irradian luz y bendiciones espirituales, es decir, irradian amor de Dios. Tener una imagencita o medalla o escapulario al cuello con devoción, es una protección y una bendición.

El mismo Jesús le decía a Sta. Margarita María de Alacoque: “Que derramaría abundantemente bendiciones en todos los lugares, donde la imagen de su Sagrado Corazón fuera expuesta y honrada” (C 131). Igualmente, le decía Jesús a la Bta Faustina Kowalska sobre la imagen Señor de la Misericordia: “A través de esta imagen concederé muchas gracias a las almas” (II, 162).

Lo mismo podemos decir de las reliquias auténticas de los santos, pues Dios se ha dignado hacer muchos milagros a través de sus cuerpos, a veces incorruptos. Los lugares, donde han vivido o están los restos de los santos, son lugares de peregrinación, que irradian amor y paz para todos

¡Cuántas bendiciones recibimos también por medio del agua bendita! Sta. Teresa de Jesús escribe: “Debe ser grande la virtud del agua bendita... Muchas veces, tengo experiencia de que no hay cosa de que huyan más los demonios para no tornar que del agua bendita; de la cruz también huyen, pero vuelven. Para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma, cuando la tomo” (V 31). Y

no digamos las maravillas que Dios ha manifestado a la humanidad a través de los milagros vivientes de la sábana santa de Turín y de la imagen milagrosa de la Virgen de Guadalupe. Todavía los científicos no pueden comprender cómo han sido hechas. Son como las auténticas fotografías de Jesús y María.

Cómo me hubiera gustado haber vivido en tiempos de Jesús y haberle podido tomar fotografías, videos, películas... para poder guardarlas como testimonio vivo de su amor a los hombres y para que, cada vez que las viera, pudiera revivir los momentos de su compañía! Ahora tenemos las imágenes, que son sus representaciones y nos ayudan a recordarlo con amor y hablar más con él. Las imágenes irradian amor, nos ayudan a orar y nos obtienen muchas bendiciones. Son medios para llegar al Amor.

Lo más importante es el amor

OFRECIMIENTO CON AMOR

Ofrece todas tus obras a Dios con amor. Si todo lo haces con amor y para amar a Dios, todas tus obras tendrán un valor sobrenatural. Pero, si vives sin amor, si haces las cosas por “obligación”, si sólo piensas en gozar y no en amar. Entonces, estás perdiendo tu vida por falta de amor. ¡ Cuántas horas perdidas! ¡Cuántos tesoros perdidos por falta de amor’.

Piensa en un padre de familia que va todos los días a trabajar. A lo largo del día hace muchas cosas materialmente buenas; pero, si le falta la intención de hacerlas por Dios y para Dios, lo que hace vale muy poco. ¡Qué diferencia, cuando todo se hace por amor a Dios! ¡Qué diferencia entre ofrecer a la esposa una flor con amor o sin amor! Por eso, hay que hacerlo todo con la intención de amar a Dios y a los demás.

Si cocinas, hazlo con amor; si limpias o trabajas, hazlo con amor... Hazlo todo diciendo algo así como: “Dios mío, es por tu amor “. S. Agustín dice: “que la raíz de todas tus obras sea el amor “. “Dios no mira tanto las obras como el corazón” (En in ps 134,11). “Ama y haz lo que quieras” (In Io Epist 7,8). “Tan hermoso es pelar patatas como edificar catedrales” (Larigaudie) No importa tanto lo que haces, sino el amor con que lo haces.

El mismo S. Pablo nos recomienda : “Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios” (1 Co 10,31). “Todo cuanto hagáis de palabra o de obra, hacedlo en Nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de El” (Col 3,17). TODO POR AMOR debe ser tu consigna. No perder ningún pequeño sacrificio, ninguna sonrisa, ningún sufrimiento que debas soportar, ninguna obra buena. Ofrécelo todo a Jesús, como una linda flor, para hacerlo feliz.

Vive permanentemente en unión con el Corazón de Jesús, dentro de su Corazón, y así tus mismas acciones tendrán un valor inmensamente

superior. No olvides que tu amor es el amor de Dios que vive en ti. Tú amas, cuando Dios ama en ti; oras, cuando Dios ora en ti. Por ti mismo no eres nada, Dios lo es todo. Somos mendigos Dios, como diría S. Agustín. De ahí que cuanto más humildes y débiles seamos a sus ojos, más podrá llenarnos de su amor, pues estaremos más disponibles para sus planes. Abandónate sin temor, déjate llevar, cumple sin dudar su santa voluntad a través de tus Superiores, abre tu corazón y tu alma a Jesús... y verás sus milagros.

Decía S. Pablo: “En la flaqueza llega al colmo el poder. Me gloriaré de mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por lo cual, me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en los aprietos por Cristo; pues, cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte” (2 Co 11,9-10). “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil 4,13). “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”(Gal 2,20).

Ahora, detente unos momentos y observa tu vida. ¿Ofreces tu sueño diario a Jesús? ¿Le ofreces tus dolores? ¿Aceptas todo como venido de sus manos? ¿Sabes obedecer? ¿Cuánto tiempo dedicas exclusivamente para estar a solas con Él en oración? ¿Por qué no haces de tu vida una continua oración por el ofrecimiento amoroso de todo lo que haces? ¿Por qué siempre buscas las causas humanas de todo lo que te pasa y te creas resentimientos y rebeldías? Cada segundo es un tesoro, no lo pierdas. Llena cada minuto de sesenta segundos que te lleven al cielo. Vive cada momento presente en plenitud. Haz bien lo que haces, pero

hazlo por amor a Dios. Y tu vida brillará con una nueva luz y tendrás un corazón lleno de amor.

El amor hace perfectas todas las cosas

(S. Agustín)

EL SUFRIMIENTO

Uno de los principales medios de santificación es el sufrimiento, ofrecido con amor. El amor tiene siempre sus raíces en forma de cruz. El sufrimiento es el alma del amor. Por eso, cuando el sufrimiento llame a tu puerta, ama y espera. No seas como aquéllos que se rebelan contra Dios y se atreven hasta a negar su existencia. Si Dios existiera, dicen, no podría permitir el dolor de los niños inocentes y tendría compasión de sus hijos. Ciertamente que Dios no ha querido el dolor para nosotros. Fue el pecado, el causante del dolor en el mundo, y es el pecado el que sigue causando tanto sufrimiento entre los hombres. ¿Acaso Dios quiere las torturas, los asesinatos, las violaciones? Pero cada pecado deja una secuela de sufrimientos en el mundo.

Muchas veces, Dios permite el sufrimiento como una prueba para que nos acordemos de Él y nos acerquemos a su amor, al sentirnos débiles e impotentes. Otras veces, es una llamada de atención a los malos, porque si no pueden soportar los dolores de un simple dolor de

muelas o de una pequeña enfermedad, ¿cómo podrán sufrir una eternidad de sufrimientos?

Pero muchos hombres no pueden entender que Dios permita los sufrimientos y los llaman castigos, cuando deberían llamarse correcciones o pruebas de amor. ¿Podrá entender un niño de tres años, a quien su madre le quita el cuchillo de las manos, que eso lo hace por amor? ¿Podrá entender que el médico, que le hace sufrir, lo hace por su bien?

Dice S. Pablo que “Dios todo lo permite por nuestro bien” (Rom 8,28). Puede ser que no lo quiera, como no quiere que un delincuente mate a alguien, pero lo permite por nuestro bien ¿Como es esto posible? Quizas no podemos entender los planes de Dios, pero debemos, con fe, creer en su amor y dejarnos llevar sin rebelarnos. El nos dice claramente: ‘Mis caminos no son vuestros caminos ni mis pensamientos son vuestros pensamientos, porque cuanto aventajan los cielos a la tierra así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros’ (Is 55,8).

Si supiéramos, por ejemplo, que esa madre, que muere en un accidente, va a poder ayudar espiritualmente mucho más a sus hijos desde el cielo que desde la tierra, ¿podríamos decir que es un castigo? Si supieramos que ese niño, que muere de hambre, va a ir directamente a ser feliz y gozar con Dios toda una eternidad, ¿diríamos que mejor hubiera sido que no hubiera nacido o que lo hubieran abortado? Si

supiéramos que ese cáncer, que tiene un familiar, es el medio más rápido para su santificación y preparación para el más allá, ¿podríamos decir que es una desgracia?

Dios permite, frecuentemente, guerras o catástrofes naturales, donde mueren miles de personas y todo queda destruido, pero quizás no entendemos que, a través de esos sufrimientos, nos podemos acercamos a Dios más que en cincuenta años de vida “normal”. ¿Acaso creemos que los ricos son premiados por Dios y los pobres son castigados? ¿No dice Jesús claramente que los pobres son sus predilectos y que a los ricos les va a ser difícil entrar en el Reino de los cielos? Precisamente, las bienaventuranzas son un canto de esperanza para todos los que sufren. “Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis... Alegraos, saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo... Pero ¡ay de vosotros ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo. Ay de vosotros que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre. Ay de los que ahora reís porque haréis duelo y lloraréis” (Lc 6,20-25).

A la luz de estas palabras de Jesús, podemos comprender mejor que la cruz y el sufrimiento no es necesariamente un mal o un castigo, sino una bendición de Dios. Estar enfermo, anciano o marginado; ser pobre, prisionero o esclavo.., puede ser una gracia de Dios para el que confla en Él. La máxima desgracia es el pecado, es el rechazo del Amor. Por eso, nos dice: “Maldito el que confía en el hombre y en la carne busca

su fuerza, apartando su corazón del Señor; pero bendito el que confía en el Señor y pone en Él su confianza” (Jer 17,5-7).

El Hno. Carlo Carretto cuenta que soñaba a sus 40 años fundar un convento en medio de los Alpes y una inyección mal puesta lo dejó cojo para toda la vida. “Pero eso que parecía una desgracia, un accidente absurdo, Dios lo transformó en gracia. En vez de ir a los Alpes, me quedé diez años en el desierto del Sahara y allí, en el silencio y la soledad, aprendí a amar a Dios. Dios me obligó a estar quieto a mí que sólo pensaba en trabajar y hacer algo. Por eso, ahora que creo en Dios y amo a Dios, confío en Él. Es demasiado bueno como para hacerme daño y sé que nunca me va a fallar Pero tuvo que recurrir a dejarme quieto, aunque fuera cojo, para que pudiera aprender a amarlo con todo mi corazón. Y ahora le doy gracias por ello y por mi pierna coja que llevo arrastrando con un bastón desde hace treinta años “.

Veamos la mano de Dios en todos los acontecimientos de nuestra vida. El controla hasta los más pequeños detalles, tiene contados hasta los pelos de la cabeza... Besemos su mano amorosa, aun cuando nos golpee la enfermedad o la desgracia y confiemos en El. Su Providencia cuida de nosotros y no se olvida de nadie, porque a todos conoce por su nombre y apellido. Y “sabe que de todas esas cosas tenéis necesidad” (Lc 12,30). Confíadle vuestras preocupaciones, porque Él cuida de vosotros” (1 Pe 5,7). “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6,33). Creemos en su amor, pase lo que pase, porque El nos ama y actúa siempre con amor. Y, aunque no entendamos ni comprendamos muchas veces el porqué

nos hace sufrir, sepamos aceptar, aunque sea llorando, sabiendo que todo es por nuestro bien.

Es muy humano llorar ante el dolor. También Jesús lloró ante la tumba de su amigo Lázaro, pero supo levantar su Corazón al Padre y darle gracias, aceptando su voluntad. “Padre, te doy gracias por haberme escuchado, yo sabía que Tú siempre me escuchas, pero lo he dicho por los que me rodean, para que crean que Tú me has enviado” (Jn 11,41-42). La muerte de Lázaro estaba en los planes de Dios para afianzar la fe de mucha gente en Jesús. En Getsemaní sufrió tanto que sudó sangre y su agonía fue tan grande que necesitó el consuelo de un ángel y oró a su Padre diciendo: “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc 22,42).

Ojalá que nosotros también podamos decir esto en los momentos difíciles de la vida. O como dijo Job ante sus desgracias: “Dios me lo dio, Dios me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre de Dios!” (Jb 1,21). Nosotros debemos confiar en su amor. Le decía Jesús a Sor Benigna Consolata: “El más grande placer; que me pueden dar; es creer en mi amor Yo que soy bueno con todos, soy buenísimo con aquéllos que confían en Mí”. La ofensa más grande que le podemos hacer es desconfiar de su amor y creer que no puede o no quiere perdonarnos. Ese sería el pecado contra el Espíritu Santo, de que habla Jesús, que no se perdona ni en este mundo ni en el otro. ¿Por qué? Porque, sencillamente, el pecador se desespera y no pide perdón por temor o por soberbia.

Si estuviéramos convencidos de que Dios es Amor y todo lo hace o lo permite por amor y por nuestro bien... Entonces, hasta le daríamos gracias por todo lo que nos sucede, pues veríamos en todas las cosas su mano amorosa.

Una religiosa contemplativa me escribió una carta en la que me contaba su experiencia. Me decía: ‘Me detectaron un cáncer avanzado. Me operaron dos veces y tuve que soportar muchos tratamientos de quimioterapia y radioterapia. Un día subí a mi celda y me arrodillé ante Cristo, que tengo en mi cabecera, y con todo mi corazón le di gracias por mi cáncer. No sé lo que me pasó, me quedé fuera de mí. ¡ Veía en el cáncer tanto amor y tanta delicadeza, haciéndome participar del misterio de su pasión! En esos momentos, estaba gustando interiormente las alegrías del cielo. Jesús me entregaba al Padre con Él y me ofrecía totalmente, sin condiciones, y el Padre complacido aceptaba el sacrificio de mi vida. El amor de ambos, que me abrazaba con el fuego del Espíritu Santo, me envolvía y me tenía fuera de mis sentidos, disfrutando de una felicidad incomparable ‘.

No tengas miedo a Dios. “El temor mira al castigo y quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor... En el verdadero amor no hay temor; pues el amor perfecto expulsa el temor” (1 Jn 4,18). Si tienes miedo al Dios Amor, es que todavía estás muy débil en tu fe y en tu amor a Él. Pídele más fe y más amor, porque la mayor alegría que un ser humano puede darle a su Padre Dios es dejarse amar por Él sin

condiciones, es decir, abandonarse a El y aceptarlo todo como venido de sus manos.

ORACIÓN Y EUCARÍSTIA

La oración es el alimento del alma y la necesidad más imperiosa del espíritu, que necesita amor. La oración es ponernos en contacto con la fuente universal del Amor, que es Dios. Sin embargo, para que haya comunicación verdadera, es necesario orar con amor; pues, si lo hacemos de modo rutinario y automático, no habrá conexión. Esto puede hacerse con palabras o sin palabras, pero es mejor en silencio amoroso o con amor silencioso.

Por eso, busca a Jesús en el silencio, lejos del ruido y de las fiestas . No tengas miedo del silencio. Él quiere estar a solas contigo. Y, si debes estar en relación con otras personas por tu trabajo o por tus obligaciones, procura hacer un desierto en tu corazón. En medio de la gran ciudad y de todos tus trabajos, entra dentro de ti mismo y habla con el Dios que vive en ti y dile muchas veces: “Jesús, yo te amo; yo confío en Ti” o “Jesús, María, os amo, salvad almas “. Di, frecuentemente, estas jaculatorias en medio del ruido de la vida diaria, dilas a pleno pulmón, sin cansarte jamás, en cualquier parte y en cualquier momento. Dilas al ritmo de tu respiración o de los latidos de tu corazón. Y sentirás la paz dentro de ti.

Y siempre que puedas, vete personalmente a visitarlo ante el sagrario. Él te espera. Allí tu alma se instalará dentro del mismo Corazón de Jesús, que está palpitando de amor por ti. Sobre todo, cuando tengas problemas graves, no te será suficiente la oración del corazón, necesitarás contacto más personal con Él y lo tendrás en la Eucaristía.

Te pondré un ejemplo. Imagínate que tu Padre Dios vive en medio de tu ciudad, en un gran palacio de cristal, maravilloso. Tú puedes entrar siempre que quieras, sin pedir permiso, porque eres su hijo. Ahora bien normalmente te comunicas con Él a través de tu teléfono celular y te sientes contento de hablar muchas veces con El a lo largo del día. Eso sería orar con la oración del corazón. Pero, si tú lo amas mucho, sentirás la necesidad de abrazarlo y de hablar con El personalmente. Pues bien, eso haces, cuando vas a visitar a Jesús en la Eucaristía. Piensa que te está esperando cada día en el centro de su palacio, en una sala majestuosa, llena de luz, de alegría, de amor y de felicidad. Y, cuando tú vas a verlo, te inunda la paz de aquella sala y te sientes feliz. Pero, sobre todo, tu felicidad llega a su culmen, cuando te acercas y lo besas y lo abrazas y sientes su amor por ti. ¡Qué felicidad! Eso ocurre realmente en el momento de tu comunión.

Quizás algunos días comulgues sin sentir nada. Entonces, puedo preguntarte: ¿te has preparado bien para comulgar? ¿Has ido a comulgar con amor y con fe? ¿Acaso has ido a darle tu abrazo con los vestidos sucios y llenos del barro de tus pecados? ¿Le darás alegría así? ¿No sería mejor que, primero, te vayas a limpiar en la confesión? Mira,

prepárate bien y, si no sientes nada, no importa. Debes creer que, realmente, Él te ha dado su abrazo y te ha llenado de amor. ¿Qué más puedes pedir? Lo importante no es sentir, sino recibir. Es como si recibieras un cheque de un millón de dólares, pero todavía no puedes disfrutar de él, hasta que no vayas al banco y lo hagas efectivo. Él te dice: “Venid a Mí los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviare y dare descanso para vuestras almas” (Mt 11,28). Y Él no miente.

Una religiosa contemplativa me escribió una carta en que me decía: “Un día, en el momento de la consagración de la misa, de repente, sin pensarlo, vi a mi lado derecho a mi ángel que estaba en profunda adoración y con el rostro en tierra. Después de la elevación, pude ver su rostro, sublime y hermoso. Nunca podré olvidar su rostro, que se me grabó en mi memoria para siempre. Nunca había visto un rostro tan majestuoso y, a la vez, lleno de piedad y pureza. Me llenó de una alegría suprema. Él estuvo a mi lado hasta la comunión. Me acompañó a recibir a Jesús en la comunión y desapareció”.

La misa es la más sublime celebración del amor de Dios en la tierra. En ella, el Padre envía a su Hijo de nuevo con infinito amor. El Hijo asume su humanidad y se hace presente entre los hombres como en una nueva Navidad. Y el Espíritu de Amor lo hace posible en el momento de la consagración de la misa. Por eso, no se puede asistir a la misa simplemente por cumplir. Hay que asistir a la gran fiesta del Amor de Dios conscientemente. Hay que vivir la misa, hay que entregarse con

amor, para unirnos con Dios por amor en el gran momento del abrazo de la comunión.

La comunión o común unión con Jesucristo es algo tan grandioso que nunca habiéramos podido ni imaginar tanto amor de Dios. Es como si una mariposita hubiera querido desposarse con un príncipe real. Es algo tan sublime, que sólo lo comprenderemos en el cielo, pues la comunión es como vivir el cielo en la tierra, la unión total con el Dios del Amor.

Decía la Vble. Concepción Cabrera: “La Eucaristía es el compendio de todas las maravillas de Dios, perpetúa todos los misterios de Jesús y nos los hace presentes a todos los que no vivimos en su tiempo. Por ella, podemos trasladarnos con el alma al misterio de Belén, embriagarnos de la dulzura de esa noche inolvidable y asistimos a la tragedia dolorosa del Calvario, que se renueva místicamente en el altar “. Y, por supuesto, vivimos la realidad gloriosa de su resurrección, pues sigue vivo y presente entre nosotros por amor.

La Eucaristía, podíamos decir, que es la central nuclear de amor mas poderosa del Universo Es el sacramento del amor y la fuente del amor. Es el mayor tesoro del Universo. Es el mejor alimento espiritual. Por eso, la misa y la comunión debe ser el momento más importante de cada día. No dejes pasar ningún día sin ir a visitarlo a una Iglesia. El no puede contentarse con la misa de los domingos. Él espera más de ti. Así que deja todas tus teorías y acércate a Él como a un amigo. La oración es cosa del corazón, no de la cabeza. Cuando vayas ante el sagrario,

haz un acto de fe profundo en que ahí está Jesús, el mismo Jesús de Nazaret, y habla de corazón a corazón, de persona a persona. Eso fue lo que le recomendó su maestro de novicios al Hno. Carlo Carretto. Cuenta en uno de sus libros que, cuando fue por primera vez al desierto, iba con muchas ideas y poco amor. Y su maestro le dijo un día: “Hermano Carlos, deja esos libros. Vacíate, mira a Jesús... y ámalo”.

Eso era lo que a mí me faltaba, cuando, siendo un sacerdote joven, empecé a leer muchos libros esotéricos y de doctrinas teológicas extrañas. Entre otras cosas raras de las antiguas culturas, como la reencarnación o la astrología, algunos libros hablaban de que Jesucristo había sido un mago o un extraterrestre. También leía libros de teología que decían que la transustanciación de la misa era una simple transignificación, cambio de significado, pero no de realidad... Y, sin darme cuenta, empecé a descuidar la oración y a dudar de Jesucristo. Así pasé unos dos años, en los que estaba de capellán del ejército español en el Norte de Africa, y en los que pensaba hasta abandonar definitivamente mi sacerdocio.

En aquella situación, escribí a cuatro conventos de religiosas contemplativas, pidiendo oraciones por mí. Después de un año, en un retiro carismático descubrí el valor de la oración. Entonces, comencé a sentir hambre de Dios y mucho deseo de orar... Había descubierto la necesidad vital de la oración en la vida del alma. Espero nunca olvidarme de esta gran lección. Desde entonces, llevaba una vida de mayor oración y, poco a poco, fui descubriendo el amor inmenso de

Jesús Eucaristía. Esto ocurrió especialmente, cuando estaba convaleciente de una grave enfermedad. Me sentía inútil y no podía hacer nada. Entonces, me iba a la capilla a estar con Él. Algunas veces, no sentía nada, pero otras sentía mucha paz. Así empecé a valorar su presencia, su amistad y su inmenso amor. Desde entonces, mi oración no es algo que hay que cumplir o recitar. Es alguien, que es mi amigo y que me espera ya quien amo ya quien voy a hacer compañía para contarle mis cosas y para que me ayude. Es Jesús, que está allí todos los días esperándome y a quien voy a encontrar.

Ciertamente, que estar convencido de que la hostia santa no es algo, sino Alguien, que es el Dios Amor, que es mi amigo, me llena de alegría. Por eso, no quiero faltar nunca a esta cita de amor con Él. Durante la misa, al dar la comunión, procuro tocar la hostia con devoción, sabiendo que, al estar en contacto con Él, estoy en comunión con Él, en un abrazo con El. Cómo quisiera que este abrazo y esta unión durara eternamente o, al menos, durante horas enteras, estando en contacto físico con la hostia santa! Es como si yo fuera una lámpara apagada y me encendiera al contacto con la electricidad divina, que pasa por mi cuerpo y deja mi alma llena de paz.

Decía Charles de Foucauld: “Qué gran alegría para mi alma poder tener quince horas seguidas sin tener nada más que hacer que mirarlo en el sagrario y decirle: Jesús, yo te amo “. Y allí en el desierto, amaba al mundo entero y llegaba a todos con las alas de su oración eucarística.

Jesús es Amor. No hay que tenerle miedo. Con la experiencia de mis 38 años de sacerdote, he comprendido que las personas más alejadas de Dios son las que más le temen, porque no lo conocen. Y, por eso, tratan de hacer contratos con El: si tú me das tal cosa, yo iré en peregrinación, mandaré celebrar una misa o una fiesta o te dare una buena limosna. Si no, nada. En cambio, quienes lo conocen de cerca como los santos, saben que El es amoroso y que pide amor y confianza ¿Se imaginan a Jesús toda la vida triste y serio? NO. El era amigable y sonriente y con sentido del humor. Él es la luz del mundo, la alegría del mundo.

A veces, se sentía inundado de la alegría del Espíritu Santo (Cf Lc 10,2 1). Y nos dice: “Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría llegue a plenitud” (Jn 15,11). El quiere vernos alegres y sonrientes. El es cariñoso con todas las criaturas (Sal 145.9). Y sonreía con amor y amaba sonriendo, como al joven rico a quien “lo miró con cariño y lo amo” (Mc 10,21) ¿Puedes tener miedo a un Dios así? Dice una canción “Si Dios es alegre y joven, si es bueno y sabe sonreír, ¿por qué rezar tan tristes? ¿Por qué vivir sin cantar ni reír? “. Por eso, ama y sonríe a Jesús con confianza. Déjate amar y sonreír por El y todo te irá mejor. Habrás conseguido un amigo fiel y poderoso. Abrele tu corazón en la oración y obtendrás grandes bendiciones para todos tus familiares, amigos y para todo el mundo Piensa que la oración, es la puerta de entrada al Corazón de Dios y que la Eucaristía es la fuente de amor, salud, paz y alegría más poderosa del mundo.*La Eucaristía es la central de amor del Universo y el trono de*

Dios en la tierra

EL ESPIRITU DE AMOR

Hablando de amor, no podemos olvidarnos del Amor en persona, del Espíritu de Amor, del Espíritu Santo. El es el Dios del amor, es Dios hecho Amor. Es el Amor del Padre y del Hijo, y quien infunde el amor en el corazón de los hombres. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado” (Rom 5,5). Todas las obras amorosas de Dios las realiza “en el Espíritu Santo, porque que así lo quiere el Padre y el Hijo, que también podrían hacerlas. Toda comunicación de Dios a las criaturas se hace “en el Espíritu Santo. Él es “la escalera de nuestra elevación a Dios” (S. Ireneo adv Haer 111,24,1).

Los santos Padres decían que “todos los bienes descienden de Dios padre a través del Hijo y nos alcanzan en el Espíritu Santo” (S. Atanasio, carta a Serapión 1,24). El Espíritu Santo es el último toque, a través del cual el Padre llega a sus criaturas. Por eso, algunos dicen que es algo así como el secretario ejecutivo de Dios, el que ejecuta sus obras. El camino es: del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo y por intercesión de María, que, como buena Madre, intercede por nosotros para obtenemos las bendiciones que realiza el Espíritu Santo. Y a la inversa: “Por medio de Jesús tenemos libre acceso al Padre en el Espíritu Santo” (Ef 2,18).

El Espíritu Santo es el vínculo de infinita ternura que une al Padre y al Hijo. El Padre es el que ama, el Hijo es el Amado y el Espíritu Santo es el Amor de los dos. Todo lo hacen los TRES unidos, que tienen el mismo poder y la misma naturaleza y dignidad, pero por el Espíritu Santo e intercesión de María.

Sin el Espíritu Santo, la Iglesia estaría vacía y sin poder, estaría sin vida. Sin El, Dios parecería lejano, Cristo sería un personaje histórico del pasado y el Evangelio sería letra muerta. El Espíritu Santo se encuentra en el origen y término de todas las más nobles acciones de la humanidad, incluso fuera de la Iglesia Católica. El Espíritu Santo nos da la alegría de vivir con Dios y para Dios. Sin El nuestra alma estaría apagada y sin luz. La fe estaría muerta y sin obras de amor. La religión sería vacía... Sin El, ni siquiera podríamos decir de verdad “Jesús es el Señor” (1 Co 12,3). Ni podríamos interpretar bien la Palabra de Dios. Seríamos como aquéllos de los que habla S. Judas Tadeo en su carta que “viven según sus propias pasiones impías, crean divisiones y viven una vida sólo natural sin tener el espíritu (v 19). Donde hay odio, violencia, división, allí está el Maligno. Donde hay unidad y amor, allí está el Espíritu de Dios.

Jesús también necesitó el poder del Espíritu Santo. Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo (Cf Lc 1,35). Estaba “lleno del Espíritu Santo” (Lc 4,1). A veces, actuaba “impulsado por el Espíritu” (Lc 4,14) “Fue llevado por el Espíritu al desierto” (Lc 4,1). “Ungido por el Espíritu Santo pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo” (Hech 10,38). Con frecuencia, se sentía

inundado de la alegría del Espíritu Santo” (Lc 10,21). Puesto que el Espíritu de amor es Espíritu de alegría y de paz.

Él es la vida de nuestra vida y el alma de nuestra alma. Él nos hace hijos de Dios (Rom 8,14) y cristianos (Jn 3,5; Rom 8,9). Nos ayuda en nuestra debilidad y ora por nosotros y en nosotros (Rom 8,26-2) Habla por nosotros, cuando estamos en necesidad (Mt 10,20). Él nos enseña las Escrituras (Jn 14,26) Y nos “guía hasta la verdad completa” (Jn 16,13). Nos da el poder de ser testigos de Jesús hasta los extremos de la tierra (Hech 1,8). Y estará con nosotros para siempre (Jn 14,16).

Él nos da la gracia y el amor por los sacramentos. Nos perdona los pecados en la confesión (Jn 20,22). El realiza, en cada misa, la obra maravillosa de la transustanciación en el momento de la consagración. “Sin la potencia del Espíritu divino, ¿cómo podrían unos labios humanos hacer que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor hasta el fin de los tiempos?” (Juan Pablo II, carta Jueves Santo 1998); El es Señor y dador de vida.

El es el dulce huésped del alma, que ora en nosotros y nos va transformando. Él es el santificador, que nos va enamorando cada día más de Jesús Eucaristía y de todo lo que es de Jesús: su Madre, su Iglesia, su representante el Papa, su Palabra, y de todos sus hermanos, los hombres. El derrama en nosotros los carismas, especialmente, el principal de todos, que es el amor (1 Co 13). “Los frutos del Espíritu Santo son: amor alegría, paz, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre,

templanza” (Gál 5,22). El lugar donde mejor lo podemos encontrar es en nuestro propio corazón, si estamos en gracia de Dios, y en la Eucaristía, que es la fuente universal del amor. Ahí está Jesús con el Padre y el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, se ha dicho, que es el gran desconocido. Felizmente, cuando amamos a Jesús o nos dirigimos al Padre, también amamos a la vez al Espíritu Santo, que se siente amado en el Padre y el Hijo, pues es el Amor de los dos. Entre ellos, no hay celos ni discordias. Pero será bueno que, de vez en cuando, te acuerdes de El personalmente.

El Espíritu Santo es como un fuego ardiente que quema y purifica, como a los apóstoles del día de Pentecostés. El es el agua viva, que da vida al mundo. Es la paloma, llena de ternura y cariño para todos. El es el viento impetuoso, que remueve y transforma como en Pentecostés. Es como una brisa suave, que acaricia el alma con su amor. Es fuente cristalina de aguas purísimas, que refresca y da pureza. Es luz que ilumina con sus rayos de amor. Es como un océano inmenso de aire puro que, al respirar profundamente, nos inunda de paz. Eso es y mucho más el “Espíritu de la Verdad” (Jn 15,26), el defensor (Paráclito). El es la santidad en persona, por eso se le dice SANTO. Y, por esto mismo, como decía S. Basilio: no existe santidad sin el Espíritu Santo . De ahí que los Padres del desierto, cuando querían decir que alguien era un hombre de Dios, decían que era un “pneumatóforo “, un portador del Espíritu Santo.

Él te guía a la santidad, pero sólo si eres obediente, porque “Dios da el Espíritu Santo a los que le obedecen” (Hech 5,32). Si te dejas guiar por El, entonces, se encenderá tu corazón de un ardiente deseo de amor, de un amor insaciable, de querer más y más de Dios. Ya decía S. Agustín que el amor nunca se sacia. Y gritaba: “Estrecha es la casa de mi alma para que vengas a ella, ensánchala” (Conf 1,5,5-6).

El Espíritu Santo va a ensanchar tu alma para amar cada día más, pero necesita que seas dócil a sus inspiraciones. Necesita docilidad para hacerte santo, es decir, no ponerle obstáculos ni dejar para mañana lo que tienes que hacer hoy. El quiere tener las manos libres, las puertas abiertas..., y tu corazón debe estar preparado para dejarle obrar con libertad. Que pueda cortar, poner, quitar a su gusto y sin condiciones. El sabe el camino. Déjale hacer. Sin El nunca serás santo.

Dile que te dé la experiencia de un nuevo Pentecostés en tu vida, para que seas como aquellos primeros cristianos que estaban todos llenos del Espíritu Santo, actuaban en todo en el Nombre de Jesús, como sus representantes y embajadores en el mundo, y predicaban, a tiempo y a destiempo, la Palabra de Dios. Para ello tomaban cada día fuerza en la Eucaristía, donde el Espíritu los llenaba de su amor. “Vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común, pues vendían sus posesiones y las distribuían entre todos según la necesidad de cada uno. Diariamente, acudían unánimemente al templo, partían el pan (de la

Eucaristía) por las casas y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios” (Hech 2,44-47).

Y todos los días se ofrecían “Por Cristo, con Él y en Él, a Ti Dios Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo...” ¿Te has ofrecido alguna vez por la salvación de tus hermanos? ¿Has recibido tú el sacramento de la confirmación, que te da la plenitud del Espíritu Santo para ser soldado de Cristo? Pídele a Jesús que te bautice “en el Espíritu Santo y fuego” (Lc 3,16). Pide al Espíritu divino que te haga experimentar su amor. Repite hasta cansarte, de día y de noche “Ven, Espíritu Santo”. Busca grupos de oracion, donde puedan también orar por ti para quedar lleno del Espíritu Santo En una ocasion, un grupo de cristianos estaban reunidos para pedir un nuevo Pentecostés sobre sus vidas y ‘despues de haber orado sobre ellos, tembló el lugar donde estaban reunidos y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban la Palabra de Dios con libertad (Hech 4,31). Aquellos primeros cristianos estaban todos “llenos de alegría y del Espíritu Santo” (Hech 13,52). Porque “el Reino de Dios es justicia, alegría y paz en el Espíritu Santo” (Rom 14,17).

El Espíritu Santo es un don del Padre y del Hijo

Si quieres, tener la alegría de un nuevo Pentecostés, dile ahora con fe:

VEN, ESPIRITU SANTO, SOBRE MI Y RENUEVAME, CAMBIAME, TRANSFORMAME. HAZME UN HOMBRE NUEVO. QUIERO EXPERIMENTAR TU AMOR. ABRE MI CORAZON A

TUS CARISMAS Y DAME UN CORAZON NUEVO PARA CONOCERTE Y AMARTE MAS Y MAS. LLENA MI ALMA DE TU AMOR EN PLENITUD PARA SER VERDADERO HIJO DE MI PADRE CELESTIAL. DAME UNA NUEVA LENGUA PARA ALABARTE, DAME UN AMOR GRANDE Y PROFUNDO A JESUS EUCARISTIA Y A MARIA NUESTRA MADRE. UNGEME, LIBERAME DE TODO LO QUE NO ES TUYO. VEN, ESPIRITU SANTO, ILUMINAME, GUIAME, DIME LO QUE DEBO HACER EN CADA INSTANTE. YO PROMETO SOMETERME A TODO LO QUE QUIERAS DE MI Y ACEPTAR TODO LO QUE PERMITAS ME SUCEDA. HAZ SOLAMENTE QUE CONOZCA TU VOLUNTAD Y DAME FUERZA PARA CUMPLIRLA. VEN, ESPIRITU SANTO, LLENAME DE TU AMOR Y HAZME SANTO.

¡DIOS MIO, DAME TU ESPIRITU SANTO! AMEN

TERCERA PARTE

BUSCANDO EL AMOR

En esta tercera parte, vamos a ver algunos ejemplos de convertidos que, habiéndose perdido lejos del amor, al final lo encontraron en Dios, con Él hallaron también la paz y la felicidad. Comencemos ahora por conocer algunos caminos equivocados, que nos alejan de Dios y del amor.

CAMINOS EQUIVOCADOS

Hay muchos católicos que, a pesar de tener a su disposición la Verdad completa del Evangelio y todos los medios disponibles para ser santos, sin embargo, tienen una fe teórica. Creen solamente con la cabeza, pero su corazón está vacío, porque les falta amor. No hacen obras de vida eterna y su fe es una fe muerta (Sant 2,17). Entonces, vienen las sectas y les ofrecen una felicidad fácil y una verdad al alcance de la mano y muchos, se van “de casa”.

Muchos de estos católicos viven una fe puramente exterior, de procesiones, imágenes y oraciones fáciles, pero sin un compromiso serio. Por eso, se ve, frecuentemente, cómo llevan una doble vida. Por una parte, pueden asistir a una procesión y pertenecer a alguna organización religiosa, pero no asisten a misa los domingos, no se confiesan durante años, no están casados por la Iglesia y siguen llevando una doble vida familiar o un comportamiento falso con mentiras, infidelidades, borracheras, etc. Están vacíos por dentro y no son felices. No buscan ayuda en la Iglesia y se van detrás de otros vendedores fáciles de felicidad, quizás brujos, curanderos, adivinos o de otras sectas.

Hay católicos de éstos, que creen en supersticiones, como en las cadenas de S. Judas Tadeo, etc., que se basan en el miedo. Si no haces esto, Dios te va a castigar. Esto es fomentar un terrorismo espiritual, basado en el miedo a Dios, como si fuera despiadado y cruel, que castigará automáticamente al hacer tales o cuales cosas. Hay quienes creen que el domingo siete o martes trece son días malos. O que no se pueden sentar trece a la mesa, pues algo malo les va a suceder. O,

simplemente, que romper un espejo trae mala suerte. En cambio, poner una herradura en la casa o un zapato en tal sitio o ir vestidos de tal modo o de tal color, da suerte y todo les va a salir bien, como si Dios les premiara por esas obras vacías y automáticas. Pero Dios ni se compra ni se vende tan fácilmente. Él quiere amor y confianza de hijos para con su Padre, no quiere que le tengamos miedo. El nos dice a cada uno como Jesús a Jairo: “No tengas miedo, solamente confía en Mí” (Mc 5,36).

Por otra parte, hay grupos cristianos, que creen en Cristo y leen la Biblia, pero no pueden llegar a la plenitud del amor, porque les falta el Amor de los Amores, Cristo Eucaristía, el amigo cercano, vivo y presente entre nosotros como un amigo en este sacramento. Ellos pueden ser buenos y tener buena voluntad, pero les faltan los principales medios para llegar a la cumbre de la santidad y, por eso, entre ellos no puede haber grandes santos. Es como si un buen alpinista quisiera escalar el monte Everest y no tiene el equipo necesario. Nunca podrá llegar a la cumbre, se quedará a medio camino. Esto les pasa a nuestros hermanos separados, excepto a los ortodoxos, que tienen una fe común con nosotros, incluyendo el amor a María y los sacramentos.

Por otra parte, hay en el mundo muchos hombres sinceros, que buscan la Verdad y no encuentran el camino y, a veces, caen fácilmente en sectas no cristianas de tipo oriental, que enseñan la reencarnación y otras doctrinas, de las cuales nos previene S. Pablo: “No os dejéis llevar de doctrinas varias y extrañas... Jesucristo es el mismo hoy, ayer y por los siglos” (Heb 13,8-9).

Hay grupos para todos los gustos. Hay quienes dicen que pueden controlar las fuerzas negativas del Cosmos y proveen a sus clientes de talismanes y amuletos protectores. Otros dicen adivinar el futuro y hablan de astrología, horóscopos, espiritismo, adivinación a través de la mano (quiromancia), de las cartas (cartomancia), etc. Y no faltan quienes acuden a grupos extraterrestres para conseguir fáciles salvadores a su angustia e insatisfacción personal. O, simplemente, creen que les han hecho “daño” y esa es la causa de su mala suerte, cuando el problema puede estar en su falta de responsabilidad y de esfuerzo personal.

Hoy día los brujos y adivinos tienen mucha clientela, incluso en los países desarrollados. Muchos no quieren creer en las verdades de fe, que propone la Iglesia, pero fácilmente creen en todo lo que les dicen los adivinos y van a buscarlos para solucionar sus problemas. Con qué facilidad se acepta hoy la creencia en los horóscopos, como si nuestras vidas estuvieran escritas y determinadas en la mecánica astral. Muchos de nuestros contemporáneos leen con avidez la página que se refiere a ellos en las revistas o periódicos o piden consejo a los redactores de esta página para hacer negocios, elegir pareja, viajar.., para actuar de acuerdo a signos favorables. Pero ¿acaso Dios no controla el Universo y todas sus energías? ¿Por qué no confiar más en Él, que tiene contados hasta los pelos de la cabeza?

Dice Isaías 47,13: “Estás cansada de tanto consultar Que se presenten y te salven los que dividen los cielos y observan las estrellas y llevan cuenta de los meses y de lo que ha de venir sobre ti “. También Dios nos habla duramente contra los magos y adivinos: “Si alguno acude a los que evocan a los muertos y a los que adivinan, prostituyéndose ante ellos, yo me volvere contra él y lo exterminaré de en medio del pueblo” (Lev 20,6). “No practicaréis la adivinación ni la magia” (Lev 19,26).

Hay grupos que proponen el desarrollo humano hasta niveles superiores y atraen a la gente bajo la capa de filosofía o ciencia de desarrollo mental: meditación trascendental, cienciología, sofrología, bionergía, dinamica mental Algunos grupos, como los rosacruces AMORC, proponen el desarrollo de facultades paranormales y ocultas. Incluso, no faltan quienes hablan con arrogancia de la extinción del cristianismo, como algo pasado de moda y proponen una religión cósmica universal para una “Nueva Era”.

Todos estos grupos, desde los rosacruces hasta los teósofos, desde la Nueva Acrópolis hasta la Ananda Marga, desde la cienciología hasta ciertos grupos de desarrollo mental, todos buscan dar soluciones al gran problema de la vida y todos buscan la felicidad. Proponen novedades y revelaciones esotéricas, que llaman la atención, pero que dejan el corazón vacío. Ya muchos médicos han hablado del daño psicológico que estos grupos hacen a la personalidad y que llevan a la insatisfacción total, pues se sienten más vacíos que antes. Algunos de estos grupos son como pulpos gigantes, invisibles y tentaculares, que

acaparan y controlan y debilitan la personalidad. A veces, exigen dejar la familia y los estudios y dedicarse enteramente al servicio de la secta. Con frecuencia, la obediencia al jefe es ciega, pues se le considera como profeta de Dios y esto les puede llevar a realizar acciones contra su voluntad.

Pero mucho peor aún es el satanismo, la adoración de Satanás a través de la magia negra, misas negras, pactos diabólicos, pues en este caso, el ser humano llega a vivir la antividia, a odiar al Amor, a amar el odio, a rechazar a Dios y adorar a Satanás. Así se destruye a sí mismo y mata su alma, al matar el amor.

La vida sin amor es el colmo de todos los males

JESÚS ES EL CAMINO

Afirmemos nuestra fe en Jesucristo. Él es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Sin embargo, hay muchos que, por ignorancia o debilidad, por no esforzarse lo suficiente o no buscar más, van por senderos, que los dejan a mitad de camino o los llevan a graves errores y falsos amores. Si tú te sientes confundido y no sabes qué camino escoger, escoge siempre el camino del amor, el camino del bien. Que nadie se aleje de ti sin ser mejor y mas feliz Toda la religión se resume en el gran mandamiento del amor: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. Este es el primero y principal mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos manda- mientos penden toda la

Ley y los profetas” (Mt 22,37-40). Y Jesús insiste:“En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros” (Jn 13,35). “Porque si amáis sólo a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? Si saludáis solamente a vuestros hermanos ,¿qué hacéis de extraordinario? Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen y calumnian” (Mt 5,44-47). Porque “no adulterarás y no matarás, no robarás, no codiciarás y cualquier otro mandamiento se resume en amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no obra el mal al prójimo, pues el amor es la plenitud de la Ley” (Rom 13,8-10).

Si haces siempre el bien al prójimo, pronto descubrirás a Dios dentro de ti. Y Él te iluminará para encontrar a Cristo, en la Iglesia Católica. Deja a Jesús que controle tu vida. Déjate guiar por El y sigue su camino. Jesús será el gozo y la alegría de tu vida. El será tu esperanza, cuando parezca que todo está perdido y que ya no hay soluciones humanas. Como lo fue para aquel soldado norteamericano, prisionero en Vietnam, del que habla la M. Briege Mackenna en su libro “Una historia de amor”. Este soldado, estaba un día tan desesperado por las torturas recibidas, que creía ya no poder resistir más y gritó: “Señor; si tú estás realmente vivo, por favor; ayúdame “. Y, en ese momento, la habitación se llenó de una luz maravillosa. Y Jesús lo llenó de amor y de alegría.

Cuando fue liberado, dejó el ejército y se dedicó a servir al Señor en la Iglesia. El había entendido que su vida no podía ser la misma y que ser cristiano es estar comprometido con el Señor y amarlo con todo el corazón Ser cristiano es ser totalmente de Jesús y para siempre. Es ser

testigo de que Jesús está vivo y resucitado en la Eucaristía. Es ser misionero de la Eucaristía.

Alguien te ama y te espera Su Nombre es Jesús

RECTIFICANDO EL CAMINO

a) Sor Inmaculada de Jesús

Recuerdo la carta que me escribió una religiosa contemplativa alemana que vive en Italia: “Yo pertenecía a la Iglesia evangélico-luterana y abandoné la fe a los 20 años. Estudiaba Psicología en la universidad de Hamburgo y, en aquel ambiente dominado por sectas orientales, gurús y métodos de meditación, me inicié en la meditación trascendental. Buscaba la verdad con tal vehemencia que utilicé todos los medios a mi alcance. Practiqué el yoga, muchas veces hacía ayuno a solo agua, durante días. Buscaba, pedía y me alejaba de la gente para meditar. Conocí una budista que enseñaba Raya-yoga y todos los días iba en bicicleta a hacer con ella la meditación para conseguir la pureza total y llegar a la unión con Dios.

Un día tuvimos en un cine un gran Encuentro con un famoso gurú de la India. Tenía unos 70 años, barba blanca y hablaba en inglés. Venían muchos acompañantes, discípulos y admiradores. En la pared del fondo habían colocado su retrato y todos lo aplaudían mucho. A uno de los directores le dije: Este camino no es como el de Cristo. Y me contestó: El camino de Cristo es el camino estrecho, nosotros vamos por la autopista y, con la meditación del gurú, llegamos primero a la meta. Yo

no me sentí convencida, a pesar de que todos parecían hipnotizados por su mensaje. Yo empecé a orar: “Cristo es más fuerte que tú. Cristo es más fuerte que tú “. De pronto, el retrato del gurú cayó a tierra y se hizo añicos. Fue como una señal, yo me reí de puro gusto y me retiré para siempre de aquellos grupos.

A partir de ese día, comencé a buscar en la Biblia el camino de Jesús. Oraba y ayunaba y, al final, Jesús me salió al encuentro. Durante un ayuno a sólo agua, en absoluto silencio y con la Biblia como único libro de meditación, Jesús se me reveló como Camino, Verdad y Vida. Así que decidí dejarlo todo y viajar a Italia, donde sentía que tenía una misión. Como no tenía dinero, pedí alojamiento en la Casa de las hermanas católicas de la Santa Faz. Estuve dos años con ellas, asistía a su oración y allí comenzó el camino de mi conversión a la Iglesia Católica con la ayuda de un sacerdote y el obispo. Ellos me prepararon y, un buen día, en una misa, después de mi confesión, hice mi profesión de fe y recibí la sagrada comunión. Mi alegría fue inmensa. Había encontrado el Amor. A partir de la fecha, cuando pasaba delante de una iglesia, no podía dejar de saludarlo y decirle Jesús te amo. Me había enamorado de Jesús Eucaristía. Hay momentos en que me pongo a susurrar el Nombre glorioso de Jesús y me lleno de tanto gozo y paz, que lloro de alegría y amor ¡Lo quiero tanto! ¡Me ama tanto!”.

Ser religiosa es ser toda de Jesús

b) S. Agustín

S. Agustín fue un hombre de corazón inquieto, incansable buscador del amor, de la verdad y de la felicidad. El nos cuenta su propia historia en su libro de las Confesiones: “Hubo un tiempo en mi adolescencia, en que me abrasaba por hartarme de cosas bajas y me convertía en un matorral de varios y sombríos amores; y me convertí en podredumbre a tus ojos, Señor; agradándome a mí mismo y deseando agradar a los ojos de los hombre. Ay de mí, por qué escalones descendí a lo profundo del abismo, acongojado y fatigado por la falta de verdad, cuando te buscaba, Dios mío, no con el entendimiento del alma, sino con el sentido de la carne. Pero tú estabas más dentro de mí que lo más íntimo de mí mismo y más alto que lo supremo de mi ser... Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera y por fuera te buscaba yo, y sobre esas hermosuras que tú creaste me arrojaba deforme... Te buscaba lejos de mí y no hallaba al Dios de mi corazón, sumido como estaba en lo profundo del mar y desconfiaba y desesperaba de encontrar la verdad.

Así andaba yo enfermo y atormentado, acusándome a mí mismo, volviéndome y revolviéndome en mi prisión. Y tú, Señor; me apremiabas en lo interior de mi alma. Y yo ni quería del todo ni del todo no quería... Y, por eso, luchaba conmigo y me desgarraba a mí mismo. Decíame a mí mismo: Ea, ahora mismo... Y casi lo hacía, pero no lo hacía. Vacilaba entre morir a la muerte y vivir a la vida. Y podía más conmigo lo malo inveterado que lo bueno desacostumbrado... Reteníanme frivolisímas frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías, y tiraban de mi vestido de carne y me decían por lo bajo

¿nos dejas? ¿y desde este momento jamás te será lícito esto y aquello?
¿Y qué cosas me sugerían en lo que llamo estoy aquello?

Yo me sentía todavía dominado por las pasiones y repetía con voz lastimera: ¿hasta cuándo, hasta cuándo diré mañana, mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no poner fin ahora mismo a todas mis tormentas? Estando en aquella contienda interior; exclamé: ¿qué pasa? Surgen los ignorantes y nos arrebatan el cielo ¿y nosotros? Llevado por la tormenta de mi corazón me retiré al huerto... Quería y no quería. Y así me destrozaba... Estalló en mí una tormenta enorme, que para descargarla toda con sus truenos, lloré torrencialmente. Mis ojos eran dos ríos de lágrimas.

De repente, oigo una voz procedente de la casa vecina, una voz no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando y repetía muchas veces: ¡Toma y lee! ¡Toma y lee! Conteniendo la fuerza de las lágrimas me incorporé, interpretando que el mandato que me venía de Dios no era otro que abrir el códice (del N Testamento) y leer el primer capítulo que encontrase. Lo tomé en mis manos, lo abrí y en silencio leí el primer capítulo que vino a mis ojos: “Nada de comilonas ni borracheras nada de prostitución o vicios, o de pleitos o de envidias, sino revestíos de N. S. Jesucristo, y no os deis a la carne para satisfacer sus concupiscencias” (Rom 13,13).

No quise leer más ni era tampoco necesario. Al punto, nada más acabar la lectura de este pasaje, sentí, como si una luz de seguridad, se

hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de la duda... Qué agradable me resultó de repente dejar las dulzuras de las frivolidades. Antes tenía miedo de perderlas y ahora me gustaba dejarlas. Eras tú, el que las iba alejando de mí. Tú las desterrabas lejos de mí y entrabas en lugar de ellas. Tú que eres más suave que todos los placerés. Tú, que eres más resplandeciente que toda luz... Mi espíritu estaba libre ya de las angustias inquietantes que lleva la ambición, el dinero, el revolcarse y rascarse la sarna de las pasiones. Y platicaba contigo, Señor Dios mío, claridad mía, mi riqueza y mi salvación “. (Conf VIII, 11-12)

Una vez convertido pudo decir convencido: “Señor; yo te amo y, si es poco, haz que te ame más intensamente “.

“El amor nunca se sacia” (S. Agustín)

c) Manuel García Morente

Dios también lo esperaba al filósofo español Manuel García Morente aquella noche del 29 al 30 de Abril de 1937 en París para hacerle sentir todo su amor. El era ateo y había considerado a Dios como infranqueable, demasiado lejano, abstracto e inhumano, como para creer en Él. Pero, aquella noche, estando angustiado por tantos problemas personales de su vida y de su familia, pensó en Jesús y quiso pedirle ayuda. Quería saber, si realmente existía, si realmente podía ayudarlo, como lo hacía en el Evangelio.

Él nos cuenta: ‘Me puse de rodillas y permanecí así un gran rato. Recordé mi niñez, recordé a mi madre, a quien perdí cuando contaba nueve años de edad, me representé claramente su cara, el regazo en que me recostaba, estando de rodillas para rezar con ella. Lentamente, con paciencia, fui recordando el Padrenuestro... También pude recordar el Avemaría, que repetí innumerables veces hasta que las dos oraciones se me quedaron ya perfectamente grabadas en la memoria. Una inmensa paz se había adueñado de mi alma... La noche estaba serena. En mi alma reinaba una paz extraordinaria... Abrí de par en par la ventana. Una bocanada de aire fresco me azotó el rostro. Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado.

Allí estaba Él, yo no lo veía, no lo oía, yo no lo tocaba, pero Él estaba allí... Yo permanecía inmóvil, agarrotado por la emoción. Y lo percibía, pero no tenía ninguna sensación ni en la vista, ni en el oído, ni en el tacto ni en el olfato ni en el gusto. Sin embargo, le percibía allí presente con entera claridad y no podía caberme la menor duda de que era Él, puesto que le percibía, aunque sin sensación. ¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé, pero sé que El estaba allí presente y que yo, sin ver ni oír ni oler ni gustar ni tocar nada, lo percibía con absoluta e indiscutible evidencia... No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil y como hipnotizado ante su presencia. Sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello, Él allí, durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo que nada es comparable al deleite sobrehumano que yo sentía ¿Cuándo terminó la estancia de Él allí? Tampoco lo sé. Terminó. En un instante desapareció. Una milésima de segundo antes estaba El allí y yo le

percibía y me sentía inundado de ese gozo sobrehumano, que he dicho. Una milésima de segundo después, ya no estaba El allí. Ya no había nadie en la habitación “.

Y fue tan grande el impacto recibido que se hizo sacerdote para poder compartir la alegría de su fe con los demás.

d) Sergio Peña y Lilio

Es un psiquiatra chileno que se convirtió en 1970 y escribió el relato de su conversión en su libro “*El Corazón de Cristo*”. El nos cuenta: “Nací en un hogar católico, pero me convertí en agnóstico y librepensador. Pasé brevemente por el partido comunista y me retiré al comenzar mi segundo año de Medicina... Experimenté con las drogas y comencé una búsqueda obsesionada de lo sagrado. Leí con pasión a los autores esotéricos y herméticos del ocultismo occidental, la metafísica china, los arcanos del Tarot y el budismo Zen. En la cábala y en los diversos simbolismos iniciáticos veía un mundo nuevo que me parecía fascinante; pero nada decisivo ocurría en mi interior, me faltaba algo que no sabía ni lograba precisar.

Estando una tarde, que jamás olvidaré, en mi oficina privada de la clínica psiquiátrica universitaria, me puse a leer casi por mera curiosidad, los evangelios. En Mateo me enfrenté, podría decir de improviso y a quemarropa, con el pasaje que iba a ser decisivo para el resto de vida: la vocación del propio Mateo. Al leer. “*SIGUEME*”, sentí

una brusca apertura del campo de comprensión de mi conciencia. Fue algo tan súbito que no recuerdo si alcancé a ver la segunda frase. Me quedé petrificado en el SIGUEME y estalló en mi interior una emoción convulsiva y asfixiante. Era la alegría emocionante de un reencuentro largo tiempo anhelado, la irrupción repentina de lo sobrenatural... Sollocé con la pena más hermosa y dulce de toda mi vida; un llanto que brotaba de la raíz misma de alma. Como un rayo de luz que visita de improviso las tinieblas, todo me hacía más claro. Tenía la sorprendente vivencia de que el Señor a mí me lo decía . SIGUEME,SIGUEME, SIGUEME. Se repetía la extraña voz en mi interior con la indescriptible certeza de que, en ese preciso instante; era a mí a quien Jesús llamaba. ¡Era Cristo y era todo! Había sido siempre a El a quien yo buscaba y yo no lo sabía. Me arrodillé y lloré cerca dos horas con el llanto más puro, más sagrado que puede brotar de mí. Repetía obsesionado en voz alta : Eras tú, Señor, eras tú...

Como le ocurrió a Frossard, en un minuto, se había trastocado el eje de mi existencia. Había sido ateo y ahora era cristiano para el resto de mi vida. Desde entonces hasta hoy, quedé cautivo en las redes del divino pescador.. Nunca me he vuelto a sentir solo. Siempre ha estado El conmigo, sosteniéndome en los momentos más duros y crueles de mi dolor y de mi prueba. Y ahora sé con indecible alegría y gratitud que jamás me abandonará, porque el encuentro con El es un encuentro para siempre. Sí, Dios existe, yo también lo encontré”.

e) Bernard Nathanson

Otro gran convertido es Bernard Nathanson, bautizado el 9 de diciembre de 1996 en la catedral de Nueva York por el cardenal John O'Connor. Nathanson fue uno de los más destacados abortistas de EE.UU. Uno de los que organizaron el movimiento proabortista en ese país. En su clínica abortista de Nueva York, se practicaban 120 abortos diarios. Unos 75.000 abortos fueron practicados bajo sus órdenes y él mismo realizó personalmente más de 5.000. Ha escrito el libro “La mano de Dios”, en el que relata su conversión y su largo camino hasta llegar a Cristo en la Iglesia Católica.

Escribe: “Nunca he estado buscando nada de tipo espiritual. Mis deseos han sido, en su mayor parte, terrenales y de la carne. Mis objetivos concretos y tangibles y, a ser posible, convertibles en dinero. Para hacer las cosas más complicadas, yo estaba abiertamente satisfecho de todo eso. Como un endurecido judío ateo o, como hubiera dicho Richard Gilman, como un judío superficial... Mi imagen de Dios era la figura amenazadora, majestuosa y barbuda del Moisés de Miguel Angel. Sentado en lo que parecía ser su trono, considerando mi destino y a punto de lanzar su juicio inexorablemente condenatorio. Así era mi Dios
judío: terrible, despótico e implacable.

¡Había realizado millares de abortos a niños inocentes y había fallado a las personas que había amado. De mi segundo y tercer

matrimonio, no deseo escribir detalladamente. Todavía son dolorosos para mí... Había probado todo el abanico de remedios para esas situaciones: alcohol, tranquilizantes, libros de autoayuda e incluso me había sometido al indulgente tratamiento del psicoanálisis durante cuatro años”.

Con el paso del tiempo, Nathanson se convence que el aborto es un crimen organizado y su punto de vista cambia radicalmente, sin haberse aún convertido, pero quiso ser sincero consigo mismo y filmó un video hoy muy conocido, “El grito silencioso “, con imágenes estremecedoras de la terrible tortura, a que es sometido el feto. Y se hizo antiabortista con convencimiento científico. Pero Dios lo seguía esperando al final de largo camino. No tuvo experiencias maravillosas de Dios como otros convertidos. Su camino fue largo y penoso. Durante los últimos cinco años mantuvo largas conversaciones con el P. John Mc Closkey hasta que finalmente, poco a poco, la luz de la fe católica iluminó su vida y el amor Dios llenó su corazón. Tuvo una vida azarosa, pero no menos valiosa para un Dios Amor, que lo esperaba con los brazos abiertos.

El tiempo se agota, sólo tienes tiempo para amar

DIOS SIEMPRE PERDONA

Dios siempre espera a sus hijos extraviados y siempre los perdona como el Padre del hijo pródigo. Su amor “cubre la multitud de los pecados” (1 Pe 4,8). Y su misericordia es más grande que su justicia, como se ve en el caso de la mujer adúltera del Evangelio (Jn 8). De María Magdalena dijo: “le son perdonados sus muchos pecados, porque

ha amado mucho” (Lc 7,47). Pero cuánto sufrirá al ver la obstinación de sus hijos que no quieren dejar el camino del mal y no quieren retroceder y convertirse. Cuántas veces habrá “llorado” Jesús ante la ruina de nuestra alma, como lloró ante la visión de la ruina de Jerusalén.

Por eso, sigue acosándonos con su amor, porque no puede permanecer indiferente, viéndonos caminar hacia la “muerte”. Es como si nos persiguiera a todas partes con nuestra conciencia y nos dijera sin descanso: “Te amo, te amo”. Muchos quisieran liberarse de El y vivir a “su gusto” sin remordimiento. Pero Dios no puede dejarlos tranquilos, porque los ama. No tiene libertad para dejar de amarlos. Y siempre los amaré. Y, por eso, como Padre amoroso, no puede tampoco ser condescendiente con nuestras debilidades y exige más y más. No podemos imaginarnos un Dios débil, que consiente a sus hijos lo que les hace daño. No puede permitir: adulterios, asesinatos, homosexualidad, abortos, divorcios... Y nos hace sentir su disgusto a través de la conciencia. ¡Es tan fácil reconocer nuestros errores y pedir perdón! Sólo pide un poco de humildad y arrepentimiento, es decir, tener la voluntad de no volver a hacer lo mismo. Debemos tener sinceridad. El no admite trampas. No puede aceptar a aquél, que se confiesa de haber consentido malos pensamientos, deseos y obras impuras, pero se niega a dejar de mirar esas revistas pornográficas o esos programas eróticos de televisión. El es un “Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad’ (Ex 34,6). Y nos dice que “en el cielo hay más alegría por un pecador que se convierte

que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse” (Lc 15,7).

Por eso, hablar de que castiga, como si se dejara llevar de la cólera o de la venganza sin compasión, es inconcebible para un Dios Amor. ¿Acaso Jesús castigó así a alguien? En el caso de la expulsión de los vendedores del templo, golpeó las mesas y tiró todo al suelo, pero no agredió a los vendedores. Muchas veces, tuvo que corregir a sus discípulos, que querían venganza. Por ejemplo, en una ocasión, en que los samaritanos no le dieron posada, Santiago y Juan le dijeron: “¿Quieres que digamos que baje el fuego del cielo y los consuma? El se volvió hacia ellos y los reprendió” (Lc 9,54). Como reprendió a Pedro, cuando quiso defenderlo y con una espada le cortó la oreja a Malco. Jesús se la curó y le dijo a Pedro: “Vuelve tu espada a la vaina, porque todo el que toma la espada, a espada morirá”(Mt 26,52). Y desde la cruz no se vengó de sus enemigos, sino que los perdonó. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). He ahí lo que realmente es nuestro Dios: paciente y misericordioso, humilde y siempre dispuesto a perdonar.

Por eso, no huyas de Jesús, no huyas de su Amor, Acude a la confesión. Él te dice, como al paralítico “*confía hijo, tus pecados te son perdonados*” (Mt 9,2). Y encontrarás una paz inmensa que nadie te podrá arrebatarte.

“Dios odia el pecado pero ama al pecador”

REPARACION DEL MAL

El amor auténtico exige reparación por los pecados cometidos. No basta con arrepentirse, hay que reparar también los daños ocasionados, devolver lo robado, decir la verdad, reconocer los errores, reparar la fama del otro, pedir perdón. Ya hemos dicho, anteriormente, que todo pecado es un “robo” de amor y fuente de muchos sufrimientos para los demás. Por eso, hay que suplir nuestra falta de amor, amando más intensa y delicadamente, procurando hacer felices, a quienes hemos hecho infelices. Ahora bien, hay muchos hombres en el mundo, que morirán arrepentidos, pero sin haber reparado en esta vida y deberán reparar su desamor con amor en el purgatorio.

Otros se obstinarán en el mal y Dios los seguirá persiguiendo con su amor hasta el final. Pondrá en juego todo lo que pueda de su parte para llamarlos al amor. Se servirá del amor y de los sufrimientos de los buenos e inocentes para ayudarlos y rodearlos de amor... hasta que su decisión sea definitiva. ¡Qué importante es, para esto, que uno tenga muchos amigos y familiares que recen por él! La fuerza de la oración de unos por otros puede hacer milagros, que, de otro modo, no podrían producirse. He aquí un misterio de la libertad humana y del poder de la oración de intercesión para obtener gracias extraordinarias, que puedan dar el toque decisivo para el arrepentimiento.

Todos somos, de alguna manera, responsables, unos de otros. Pienso con pesar en tantos sacerdotes y religiosas, que abandonaron su ministerio y su vocación.., dejando a tantos hijos espirituales, que Dios les había encomendado, a la “intemperie”, a su “suerte”. Algo así como un padre de familia irresponsable, que abandona a sus hijos y los deja en el desamparo. ¡Cuánta responsabilidad! ¡Cómo le “duele” a nuestro Padre Dios este abandono de sus hijos! ¡Cómo le “duele” a Jesús ver que su sangre derramada es inútil para tantos de sus hijos queridos! ¡Cómo le “duele” ver que ellos mismos se crean su propia infelicidad eterna!

Quizás no podamos comprender en toda su profundidad la realidad de un alma, que se obstina en el mal y se aleja de Dios. No podemos entender plenamente lo que será una eternidad infernal. Solamente los santos lo han podido vislumbrar y, por eso, estaban dispuestos a dar su vida por la salvación de una sola alma. S. Agustín decía: “No quiero salvarme sin vosotros”.(Serm 17). No podemos salvarnos solos. Somos solidarios unos de otros. No somos islas perdidas en el océano. Dios nos necesita como colaboradores en la gran tarea de la Redención. ¡Qué misterio! Todo un Dios Omnipotente, que necesite de nosotros. Por eso, debemos reparar tanto desamor con nuestro amor, tanta impureza con nuestra pureza, tanto afán desmedido de placer con nuestro sacrificio.

Y Dios busca también almas víctimas, que puedan reparar y sufrir por los demás. Pero ¿las encontrará en número suficiente? ¿Podrá ser suplido tanto pecado del mundo con nuestro amor y el de las almas víctimas? Dice S. Pablo : “Suplo en mi carne lo que falta a las

tribulaciones de Cristo en su Cuerpo, que es la Iglesia” (Co 1,24).
¿Estás dispuesto a suplir con tu amor y tu dolor tanto desamor? Jesús te dice como a la Vble. Josefa Menéndez: “Sufre y ama, tenemos que conquistar almas”

HISTORIAS DE AMOR

Hubo una vez una familia muy pobre que vivía en un rincón perdido de África negra. Sufrían mucho por el hambre y las enfermedades. Uno de los hijos, Atiman, fue raptado por un grupo de negreros árabes, que lo llevaron lejos de su familia. Entonces, comenzó para él un duro calvario. Lo maltrataban sin piedad, le obligaban a trabajos forzados, era un juguete, propiedad de sus dueños. Su vida era muy triste y sin esperanzas. Creía que Dios lo había abandonado y que no lo quería. Pero Dios siempre vela sobre sus hijos queridos y escribe derecho con renglones torcidos.

Sus dueños lo llevaron a venderlo como esclavo en el mercado público. Y Dios quiso que unos misioneros católicos lo compraran para darle la libertad. Su vida cambió por completo, ahora era libre y podía reír, cantar y alegrarse con los demás. Los misioneros le enseñaron nuestra fe y comenzó a creer en el amor y en el poder de Dios. Y era feliz. Como era muy inteligente, le pagaron sus estudios y, después de varios años, se diplomó en Medicina. Era doctor en Medicina, algo que nunca hubiera podido imaginar en su infancia ni hubiera podido llegar a ser, viviendo con sus padres.

En 1888 quiso entregar su vida al servicio de los demás y trabajó como médico en los lugares más apartados para servir a los más necesitados. Se fue con los misioneros a orillas del lago Tanganika. Era el único médico en un inmenso territorio. Sólo Dios sabe cuántos fueron sanados y bendecidos por él durante 70 años ininterrumpidos, al pie de los enfermos como un padre con sus hijos. Se ganó la estima y el cariño de todos y murió cargado de días y de amor en 1956. Quizás algún día lo tengamos en el catálogo de los santos.

Esta es una historia real, una historia de amor de Dios. Atiman pasó de la oscuridad a la luz, de la esclavitud a la libertad. Pasó haciendo el bien. Una vida luminosa, que dejó huellas para que otros sigan su camino.

Otro caso entre mil. Un sacerdote francés, enamorado de su vocación, se fue de capellán militar al Norte de Africa para ayudar a los soldados que estaban en la guerra de Marruecos. Al poco tiempo, tuvo que volver a casa para recuperarse de las graves heridas recibidas. Una tarde, estaba dando un paseo por las afueras del pueblo, cuando se sintió muy mal. Aimé Duval lo encontró cerca de su casa, con el rostro pálido y la boca llena de sangre. Y nos cuenta : “Me acerqué a él y me dijo: Muchacho, has llegado a tiempo. Estaba pidiendo a Dios que alguien me reemplazase como sacerdote. Yo tenía, entonces, doce años y aquí estoy. Me conmovió su deseo de no dejar vacío su puesto “. El

Padre Duval se hizo después famoso como cantante con su guitarra, llevando un mensaje de amor y paz a todos los jóvenes.

¿Estás tú dispuesto a seguir las huellas de los que te han precedido como luz en tu camino? ¿Serás capaz de ser luz para los demás? No importa, si ahora vives en un estado de depresión o eres esclavo de la droga, del alcohol, del placer o de otros hombres. Dios siempre te sigue esperando y te ama con infinito amor. No dudes de Él, pero no puede salvarte, si tú no quieres. Debes poner de tu parte y pedirle ayuda. Después, debes luchar y esforzarte. No te des por vencido, no creas que tu vida no vale la pena. Dios te ama y tiene un plan maravilloso para ti. Todavía estás a tiempo. Mientras hay vida, hay esperanza. No te suicides, levanta la cabeza y mira a las estrellas, que te marcan el camino de la luz. Sigue a Jesús. El te dice: soy la luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12). Sé luz para los demás.

Siembra de luz y amor los caminos de la vida y otros seguirán las tus huellas

LA FUGACIDAD DE LA VIDA

Muchos hombres actuales no quieren pensar en la muerte ni en “más allá” y solamente viven para esta vida, buscando el dinero y el placer a toda costa. Para muchos de ellos, lo único que vale la pena es gozar y divertirse. De esta manera, arruinan sus vidas y sus almas con la droga,

alcohol, el sexo... Y se meten en un callejón sin salida, del que, probablemente, no podrán salir jamás. ¡Vidas perdidas y sin esperanza! Vidas vacías y sin alegría! ¡Qué pena!

Por eso, es bueno meditar en el verdadero valor de todo lo de este mundo pasajero. Todo acabará un día. La tierra desaparecerá. En el mundo, de nada servirá el dinero ni la fama ni las dignidades ni los honores. Todo es vanidad de vanidades. Es necesario, por tanto, tomar en serio la muerte para tomar en serio la vida. La muerte no será el final de todo sino el comienzo de una nueva vida. Para los buenos, la muerte será la puerta de entrada al cielo.

Decían los antiguos “memento mori “, acuérdate que vas a morir”. Dios te dice: “Acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás” (Eclo 7,39). Acuérdate de que “eres polvo y en polvo te vas a convertir (Gen 3,19). Recuerdo que cuando era niño, alguna vez, iba al cementerio de pueblo con ocasión de algún entierro. Al ver aquellas grandes cruces de los panteones y los soberbios cipreses, que se elevaban hacia “el cielo”, pensaba en Dios y en la eternidad. Cuando tú vayas a un cementerio y recuerdes a tantos que “se fueron” y ya no están, incluso más jóvenes que tú, piensa en la eternidad que te espera, feliz o infeliz; de ti depende. ¡Como quisiera zarandearte y gritarte hasta que despiertes de tu sueño y de tu vacío existencial! ¡Piensa en la eternidad! ¡No vivas para los cuatro días de esta tierra! ¡Vive para la eternidad! Vive de verdad. Vive de amor. Vive para los demás. No seas

egoísta, sal de ti mismo y abre tu corazón a los que te rodean. La vida es corta, el tiempo pasa inexorable. La muerte puede llamar a tu puerta en cualquier momento. Estás en lista de espera. ¡Despierta! “Despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo” (Ef 5,14).

Cualquier día puede ser el último. No tienes tiempo que perder. Sólo tienes tiempo para amar. Haz bien lo que haces. No dejes para mañana lo que tienes que hacer hoy. Vive el presente en plenitud. Toma este momento en tus manos y vívelo con cariño y amor. El pasado ya no existe, no te lamentes de lo que ya pasó. El futuro tampoco existe, no te preocupes demasiado. Vive el “aquí y ahora” lo mejor posible y tu vida cambiará. Haz de tu vida algo que valga la pena. Y, si es necesario, rectifica el rumbo. Después podría ser demasiado tarde. Aprende de la historia de aquel príncipe, que era muy feliz en su palacio, pero un amigo lo convenció para darse una vuelta por el mundo y así disfrutar de los placeres de la vida. Un día, él solo, se escapó de su castillo y empezó a divertirse sin freno para experimentar todo aquello que le estaba prohibido en su palacio. Pero, poco a poco, se fue quedando sin dinero y tuvo que pedir limosna. Al fin, cayó gravemente enfermo de una enfermedad contagiosa y nadie lo quería atender y lo tiraron sin piedad en un estercolero para que muriera. Allí estaba, esperando la muerte y sin ganas de vivir, cuando una viejecita lo vio y se compadeció de él y lo llevó a su casa sin miedo a contagiarse. Lo atendió como a un hijo y ella misma, que era muy pobre, pedía limosna para darle de comer.

Después de intensos cuidados y mucho amor, se fue recuperando y, arrepentido de su mala vida, regresó a su palacio. Su padre lo seguía esperando y celebró una gran fiesta en su honor, a la cual invitaron a la viejecita, a quien llevaron a vivir con ellos para siempre. El príncipe estaba feliz, había renacido de nuevo. La experiencia del mal y el haberse visto al borde del abismo, le había hecho madurar y tomar en serio su vida.

Había aprendido una gran lección: Se puede morir en cualquier momento y hay que estar preparados. Hay que vivir para los demás, amando y respetando a los otros como a uno mismo. La vida no es un juego, hay que tomarla en serio, pues el vicio y el placer llevan a la ruina. Solamente en amar y hacer el bien se encuentra la verdadera felicidad. Vale pena vivir para amar y amar en plenitud, pues sólo se vive una sola vez.

UN ARREPENTIDO

Aquí me tienes, Cristo,
con todas mis miserias,
con todas mis caídas...
por meterme en el fango
se enlodaron mis días,
por acercarme al fuego
se quemaron mis sueños,
y por dejar de verte
perdí mis alegrías.

Mi alma ya no se estremecía
al contacto divino de tu Cuerpo,
ni al sentirse bañada por tu Sangre,
era, en fin, la costumbre,
la tibieza... el olvido... la nada...,
la saciedad de todo, y la sed apagada.

Pero había algo en el fondo,
allá, muy en el fondo,
una presencia tuya, un esperarme quieto,
un gritarme en silencio, y un suspirar muy hondo.

Aquí me tienes, Cristo, escuché tu llamada,
me partió en dos la entraña
como filo de espada,
y ante Ti me pregunto:
¿puedo empezar de nuevo?,

mi vida cristiana, siento que se quedó muy lejos,
ahora, tan desnudo de méritos.., de fuego...,
¿ qué quieres que yo haga? ¿amarte?

Y tu voz me estremece hasta lo más profundo:
“Amame, hijo mío, tú siempre fuiste mío.

Te esperaba y has vuelto.
Y ahora necesito tus manos
para seguir bendiciendo.

Necesito tus labios para seguir hablando.

Necesito tu cuerpo para seguir sufriendo.

Necesito tu corazón para seguir amando.

Ámame, hijo mío, y ama a tus hermanos.

Sigue siendo Yo Mismo, sigue siendo otro Cristo.

Sé luz que ilumine al mundo “.

Nunca te des por vencido en el camino del amor. Y cuando parezca que no puedes avanzar más o que no puedes superar los obstáculos del Camino, recuerda lo que dice S. Agustín: “Tú, pon de tu parte lo que puedas, pide lo que no puedas y Dios te dará para que puedas” (De nat et gra 43,50).

Pero nunca te detengas, sigue avanzando. Paso a paso, día a día... No te acostumbres a vivir o hacer las cosas por rutina. Nunca digas “basta”, nunca te des por satisfecho... No te estanques. Sigue adelante. Tu eres pasajero a la “eternidad”. Sé como aquel viajero o romero de que habla el poeta León Felipe, que siempre estaba de camino, caminando sin tregua hacia Dios.

Ser en la vida romero,

sin más oficio, sin otro nombre

y sin pueblo.

Ser en la vida romero, romero,

sólo romero...

Pasar por todo

una vez, una vez solo y ligero, ligero,

siempre ligero.

Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo...

para que nunca recemos

como el sacristán los rezos...

Sensibles a todo viento

y bajo todos lo cielos,

nunca cantemos la vida de un mismo pueblo

ni la flor de un sólo huerto.

Que sean todos los pueblos

y todos los huertos nuestros”

Dios siempre te espera al final del camino del amor

CUARTA PARTE

APOSTOLES DEL AMOR

En esta última parte, presentaremos el ejemplo de algunos santos y cómo han vivido hasta el punto de entregarse a Dios como víctimas de amor por la salvación de sus hermanos. ¿Estás dispuesto a entregar tu vida por la salvación de los demás? ¿Estás dispuesto a seguir el camino del amor, aquí, ahora y para siempre?

VICTIMAS DE AMOR

Almas víctimas son aquéllas que se entregan al Amor de Dios sin condiciones, y aceptan todos los sufrimientos que El quiera enviarles para la salvación del mundo. Son almas generosas, que se entregan a la cruz por amor... Quieren seguir a Cristo hasta asemejarse a El y ser “conformes con la imagen de su Hijo” (Rom 8,29). Ellas saben que “los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros” (Rom 8,18). Y que, por eso mismo, pase lo que pase, “en todas las cosas podemos vencer por Aquél que nos amó” (Rom 8,37).

Jesús le decía a Sor Consolata Betrone: “Tengo necesidad de almas víctimas, el mundo se pierde y yo quiero salvarlo. Di a todas las almas que prefiero un acto de amor y una comunión de amor a cualquier acto de

mortificación. Tú piensa sólo en amarme. Yo pensaré en tí y en todas tus cosas hasta en los más mínimos detalles “. El mismo Papa Juan Pablo II les decía a las contemplativas: “Todo lo que sois, todo lo que hacéis cada día, todo es asumido, santificado y utilizado por Cristo para la redención mundo”. Nada se pierde en la economía de la salvación. Por eso, debemos ser generosos. ¡Cuántas almas podrían salvarse, si fuéramos más sacrificados y generosos! ¡Cuántas se condenarán por su propia culpa, pero también porque no ha habido nadie que haya ofrecido a Dios sus oraciones y sufrimientos por ellas! Es algo parecido a lo que pasa en la vida diaria. Hay muchos hermanos nuestros, que viven en extrema pobreza y se morirán del hambre o tuberculosis, si no hay nadie que los ayude. En cambio, podrían salvarse de la muerte, si fuéramos más generosos y compartiéramos con ellos nuestros bienes. Piensa que quizás tú seas un salvado por la oración de otras personas. ¿No podrías hacer tú lo mismo con otros muchos hermanos que te necesitan?

Todos los santos han sido almas víctimas. Se cuenta de Sta. Rosa de Lima que tenía tanto celo por la salvación de las almas que “deseaba hacerse de piedras y cal para poder cerrar todas las puertas del infierno “. Sta Teresa de Jesús dice que por salvar un alma del infierno, pasaría de muy buena gana por muchas muertes (V 32,6).

Sta. Micaela del S. Sacramento decía: “Por salvar un alma ¿dudaremos de arrostrar todos los trabajos del mundo para imitar en esto a Jesucristo? ¿Y se nos hará penoso y cuesta arriba dar la vida, crédito y fortuna y cuanto poseemos sobre la tierra para salvar una que

tanto costó al Señor toda su sangre sacratísima y divina? Yo sé que ni el viaje ni el frío ni el mal camino, lluvias, jaquecas, gastos, todo me parece nada, si se salva una, sí una “. Sta. Teresita del Niño Jesús hizo la ofrenda de sí misma como víctima de holocausto al Amor misericordioso de Dios. Exclama; “Creo que si encontraseis almas, que se ofrecieran como víctimas de holocausto a vuestro amor, las consumiríais rápidamente... Jesús mío, que sea yo esa víctima feliz, consumad vuestro holocausto con el fuego de vuestro divino amor”(MA 84).

Vale la pena entregarse al Amor, como lo han hecho todos los santos y no se arrepintieron. Debemos estar disponibles como el barro en manos del alfarero. Sta Margarita Ma. de Alacoque decía: “Pase lo que pase, debo mirar todos los sucesos como ordenados por su santísima Providencia y voluntad, la cual puede hacer de mí cuanto le plazca para que todo se convierta para su gloria” (Fr).

Una religiosa me escribía su experiencia personal de entrega total: “A tal punto amo cada acontecer de mi vida y cada padecer que sé que, si yo fuera Dios, permitiría que me suceda todo lo que me está sucediendo, porque eso es lo mejor para mí y lo que más me conviene. Ciertamente que no todas las religiosas pueden comprender la valentía de la entrega total como víctimas de amor. Creen que eso es una manera fácil de escaparse de los compromisos comunitarios y que las otras serán las “víctimas” de tener una religiosa enferma. Quizás no hayan comprendido la grandeza de la entrega total y de asemejarse enteramente a Cristo crucificado. Una esposa del crucificado debe ayudarlo a llevar el peso de su cruz y salvarle almas. Las que no se

atreven que, al menos lo comprendan. No somos empresas para ganar dinero. Y para el trabajo material se pueden, incluso, conseguir personas laicas, pero ¡cuántas bendiciones materiales y espirituales recibirá la Comunidad que tiene un alma así! A este respecto, decía la Bta. Faustina: “En una religiosa, que sufre, debemos ver a Jesús crucificado y no un parásito o una carga para la Congregación Un alma que sufre, resignada a la voluntad de Dios, atrae más bendiciones divinas para el convento que todas las hermanas que trabajan. ¡Pobre aquella casa que no tiene hermanas enfermas! Dios, a veces, concede muchas cosas y grandes gracias en atención a las almas que sufren, aleja muchos castigos únicamente en consideración de las almas que sufren... Para conocer, si en una casa religiosa florece el amor de Dios, basta preguntar cómo son tratados los enfermos, los inválidos y, en general, todos los incapacitados (IV 27).

La Bta. Isabel de la Santísima Trinidad decía; “Toda mi ambición es ser víctima de amor... No sé si tendré la dicha de derramar mi sangre por amor a mi esposo. Pero si vivo poenamente consagrada, tendré el consuelo de gastarme totalmente por El, sólo por El”(C 147).

La santidad es amor. Por eso, no tengas miedo de amar hasta las últimas consecuencias. No tengas miedo de entregarte y abandonarte en las manos amorosas del Dios-Amor. Abandónate, déjate amar por Él. Cree en su Amor, confía en El. Acepta todo como venido de sus manos divinas y dale gracias por su Amor. El abandono total es la prueba suprema del amor. Abandono significa dejarse querer y moldear y santificar por Él, a su manera. Abandono es dejarse llevar hasta la muerte y muerte de cruz como Jesús.

BEATA ISABEL DE LA S. TRINIDAD (1880-1906)

Ella es apóstol del amor trinitario de Dios en nuestra alma. En sus escritos habla con frecuencia de la inhabitación de la S. Trinidad en nosotros. Dice: “Él mora en el centro más profundo del alma como en un santuario, donde quiere que se le ame y se le adore” (C 224). “Pensar que llevamos el cielo dentro de nosotros, ese cielo del que siento, a veces, tanta nostalgia... Qué maravilloso será, cuando al fin gocemos cara a cara de Aquél, a quien únicamente amamos. Mientras llega ese momento, vivo en el Amor, me sumerjo en él, me pierdo en él. Mi alma está hambrienta del Infinito” (C 138). “Vive con los TRES en tu interior en el cielo de tu alma” (C 250). “El cielo, la casa de nuestro Padre está en el centro de nuestra alma” (C 219). ¡Qué felicidad! “He hallado mi cielo en la tierra, pues el cielo es Dios y Dios mora en mi alma (C 110). Ella se sumergía en el abismo interior de su alma y allí encontraba a su Dios, que la esperaba con infinito amor para hacerla feliz. Pero su mayor felicidad era expresarle su amor a este Dios presente en la Eucaristía.

Un día Jesús le decía: “Hija mía, no me dejes solo. Quiero tu corazón. Te amo. Te he escogido para Mí. Suspiro por el día en que seas totalmente mía... Sí, Amor mío, Vida mía, Esposo adorado, permanece tranquilo. Estoy dispuesta a seguirte por el camino del sacrificio... ¡Oh Amor supremo! Soy toda tuya” (Diario 31-marzo). “Oh Amor mío, que cada latido de mi corazón sea una ratificación de mi ofrecimiento a Ti. Soy tuya, Señor: Te pertenezco. Haz de mí lo que Tú quieras. Soy tu víctima. Quiero consolarte” (voto de virginidad).

“Oh mi Cristo Amado, crucificado por amor. Quisiera ser una esposa para vuestro corazón. Quisiera amaros hasta morir de amor” (Elevación a la S. Trinidad). Mi único deseo es “amar, amar siempre. Vivir de amor, entregada al amor, ser víctima de su amor” (C 133). Y estando gravemente enferma decía: ‘Mi única ocupación es amar ‘.

Por eso, es triste ver personas que, por la gravedad de sus males o porque creen que nadie las quiere, buscan el suicidio como una solución. Siempre es posible amar. Aunque humanamente seamos inútiles para ganar dinero, nuestra vida vale mucho para Dios y para el mundo. Podemos seguir salvando almas con nuestro amor y nuestro dolor. No abandonemos la carrera de la vida y perdamos la ilusión. Sigamos adelante, Dios nos espera al final del camino para darnos el premio. ¡Vale tanto la vida! ¡Vale tanto el amor! Habría valido la pena haber vivido por un segundo de amor. Y, como diría ella misma en una de sus “Palabras luminosas”: “Todo pasa, en la tarde de la vida sólo queda el amor “. Hay que acumular un tesoro de amor que nos sirva para la vida eterna. Y el amor es la única moneda que vale para la vida eterna.

“Una noche me sentí de repente invadida por el Amor. No encuentro palabras para expresar lo que experimenté. Era un fuego de una dulzura infinita y, al mismo tiempo, parecía producirme una herida mortal. Creo que si se hubiese prolongado un poco más hubiera muerto” (Palabras luminosas). “Ahora, cuando contemplo mi vida, descubro

como una especie de acoso divino sobre mi alma. Oh ,cuánto amor. Estoy como abrumada por el peso del amor. Ante él me callo y adoro” (C 132). “Quisiera vivir sólo de amor. Quisiera vivir por encima de este mundo, donde todo deja vacío en el alma” (C 206). “Quiero vivir de amor; es decir, vivir solamente de Él, en Él y por El” (C 50).

Por eso, nos aconseja con la experiencia de su propia vida: “Cree siempre en el amor y, cuando sufras, piensa que Dios te ama mucho más y canta sin cesar un himno de acción de gracias” (C 250).

STA. MARGARITA MA. DE ALACOQUE (1647-1690)

Es la mensajera y apóstol del Corazón de Jesús. Tenía un deseo tal de amar a Jesús que por El hubiera dado mil veces su propia vida con tal de salvarle almas y hacerlo feliz. Ella nos dice: “Me atormentaban incesantemente tres deseos: el de sufrir, el amarle y comulgar; y el tercero de morir para unirme a El” (A 4). Y Jesús “me inflamó tanto en el amor de la cruz que no puedo vivir un instante sin sufrir” (A 4).

“No sé cómo una esposa de Jesús crucificado puede dejar de amar la cruz... No podemos amarle a El, sino en cuanto amemos su cruz. Y me dio a conocer que todas las veces que al encontrarme con la cruz, la pusiese por amor en mi corazón, otras tantas le recibiría a Él y sentiría en mi corazón su presencia y me acompañaría a todas partes. Este es el

verdadero carácter de su amor” (M S). Y Jesús le manifestaba su Corazón lleno de Amor. Por eso, decía: “El divino Corazón de Jesús es un abismo de bondad, un abismo de misericordia y un abismo de amor, donde debemos arrojar todas nuestras miserias” (C 132). “Este amable Corazón es como un sol, que lanza sus rayos por todas partes y sobre cada uno de los corazones” (C 133).

“El Sagrado Corazón se me representó como un sol brillante de esplendorosa luz, cuyos ardentísimos rayos caían a plomo sobre mi corazón, el cual se sentía al instante abrasado con tan vivo fuego que parecía me iba a reducir a cenizas... Una vez estando expuesto el Santísimo Sacramento se me presentó Jesucristo todo radiante de gloria con sus cinco llagas, que brillaban como cinco soles, y por todas partes salían llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecía un horno. Abrióse éste y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazón, que era el vivo foco, de donde procedían semejantes llamas. Entonces, me descubrió las maravillas inexplicables de su puro amor y el exceso a que le había conducido el amor a los hombres, de los cuales no recibía, sino ingratitudes y desprecios... Tú, al menos, dame el placer de suplir su ingratitude, en cuanto puedas ser capaz de hacerlo. Al manifestarle mi impotencia, me dijo: “Toma, ahí tienes con qué suplir cuanto te falta “. Y se abrió el divino Corazón y salió de él una llama tan ardiente que creí ser consumida, pues me sentí toda penetrada por ella... Comulgarás todos los primeros viernes de cada mes y todas las noches de jueves a viernes te haré participante de la tristeza mortal, que sentí en el Huerto de los Olivos... Te levantarás de once a doce de la noche para postrarle

conmigo durante una hora, pidiendo misericordia para los pecadores”
“Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor y en pago no recibo de la mayor parte, sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento del amor.

Y ella decía: “Amar es tan sencillo. Es simplemente entregarse a la voluntad divina. Es permanecer Él... Es sufrir por El” (C 257). Jesús me mostró su Sagrado Corazón como un horno ardiente y otros dos corazones (el mío y el del padre de la Colombiere), que iban a unirse y abismarse en Él, diciéndome: Así es como mi amor puro une a estos tres corazones para siempre. Me dio también a entender que esta unión era toda para la gloria de su Sagrado Corazón... Y que, por eso, El quería que fuésemos como hermano y hermana, participantes por igual de los bienes espirituales. Y como yo le presentara mi pobreza y la desigualdad que había entre un sacerdote de tan gran virtud y una pobre pecadora como yo, me dijo: “Las riquezas infinitas de mi Corazón suplirán todo y todo lo igualarán(A 6).

Para ella, la obediencia a los Superiores era fundamental en la vida, religiosa. Por eso, nos dice que “al maligno espíritu, la obediencia le abate y debilita todas sus fuerzas” (A 5). “Jesús no quiere que haga nada, de cuanto me ordena, sin el consentimiento de mi Superiora, a la cual quiere que obedezca más exactamente que a El mismo. Un día le dijo Jesús “ que el diablo no tiene poder alguno sobre los obedientes” (A 5). “Todos los religiosos separados y desunidos de sus Superiores, deben considerarse como vasos de reprobación. De tal modo rechaza a

estas almas mi Corazón que cuanto más procuran acercarse a El por medio de los sacramentos, oraciones y demás ejercicios, más me alejo yo de ellas por el horror que me inspiran, puesto que el Superior bueno o malo, ocupa mi lugar” (Fr). Y ella le decía: “¡Oh vida mía, mi amor y mi Todo! Tú eres Todo para mí y yo soy toda para Ti”(C 13).

Cuánto amaba a Jesús, a quien llamaba frecuentemente “el único amor de mi alma “. Y dice: “Mi mayor contento sería amarlo con un amor tan ardiente como el de los serafines... Oh divino Salvador mío, si fuese tu voluntad, desearía sufrir todos los tormentos del infierno con tal de amarte en él tanto cuanto hubieran podido amarte en el cielo todos los desventurados que sufrirán allí eternamente y que no te amarán jamás. Porque ¿es posible que haya un lugar en el mundo en el cual Jesucristo no sea amado en toda la eternidad?” (C 140). Y Jesús, en un alarde de generosidad y misericordia, le da la GRAN PROMESA para la salvación de los pecadores: “Te prometo en la excesiva Misericordia de mi Corazón que su Amor omnipotente concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final; no morirán en mi desgracia y sin haber recibido los sacramentos. Mi divino Corazón será su asilo seguro en el último momento’ (C 87). Y en esta misma carta afirma: “Me siento abismada en este divino Corazón. Si no me engaño, estoy como en un abismo sin fondo, donde me descubre tesoros de amor y de gracias para las personas que se consagren y dediquen a rendirle y procurarle todo el honor, amor y gloria de que sean capaces”. Ella vivió y murió en el Corazón amoroso de Jesús. Por eso, el último día de su vida (17-10-1690), repetía: “¡Qué dicha tan grande es amar a

Dios! ¡Qué dicha! Amad a este Amor, pero amadle con perfecto amor y amadlo siempre de verdad, con todo vuestro corazón”.

SANTA FAUSTINA KOWALSKA (1905-1938)

Ella es el apóstol de la Misericordia. Jesús se le manifestaba como Perdón y Misericordia para los pecadores. El día de sus votos perpetuos ella se ofreció por ellos, como víctima de amor: “Hoy, Jesús, me ofrezco junto a ti, a Dios Padre, tuyo y mío, como víctima de amor y adoración” (I 109). Ese era el deseo de Jesús, que le dijo en una ocasión: “Deseo que te transformes toda en amor y ardas en el fuego como una pura víctima de amor” (II 153). “Debes saber que tendrás mucho, mucho que sufrir, pero esto no te asuste. Yo estoy contigo... Apoya tu cabeza en mi pecho, sobre mi Corazón, y sacarás fuerzas y aliento para todos los sufrimientos, ya que en ningún otro lugar encontrarás alivio, ayuda ni consuelo” (114). Y ella decía:

“Oh Jesús mío, te daré consuelo por todas las ingratitudes, por las blasfemias, por la tibieza, por el odio de los sin Dios, por los sacrilegios. Oh Jesús, deseo arder como víctima pura y consumada delante de tu trono” (I 34).

Para ello decidió ser obediente, como Jesús, hasta la muerte, pues estaba convencida de que “un alma desobediente se expone a grandes desventuras y no progresará para nada en la perfección y no obtendrá ningún resultado en la vida espiritual. Dios, en cambio, colma de

gracias muy abundantes a las almas obedientes” (I 53). En muchas pruebas, “me he dado cuenta de que sólo la obediencia me ha salvado. La Maestra misma me dijo que, por el poder de la obediencia, había salido valientemente de una prueba” (149).

Ella supo obedecer a su director y sufrir por amor a Jesús. Y Jesús le dijo: “Hija mía, cuanto más amas el sufrimiento, tanto más puro será tu amor hacia mí” (II 24). “Hija mía, si supieras qué gran mérito y recompensa tiene un acto de puro amor hacia Mí, morirías de alegría” (II 44). El amor debe ser una respuesta al amor infinito de Dios. Jesús le dijo: “Antes de que creara el mundo, te he amado con ese amor que hoy tu corazón experimenta y por todos los siglos mi amor no cambiará hacia ti” (VI 116). “Hija mía, no confíes jamás en ti misma, confía totalmente en Mí” (VI 119). “Hija mía, di a todos que soy el Amor y la Misericordia en persona. Cuando un alma se acerca a mí con confianza la colmo con tanta abundancia de gracias que ella no puede contenerlas en sí misma y las irradia a otras almas... Los pecados de desconfianza son los que me hieren más dolorosamente” (III 21).

Y dirigiéndose Jesús a un alma pecadora le dice: “Alma pecadora, no tengas miedo a tu Salvador... No huyas, hija, de tu Padre. Trata de hablar de tú a tú con tu Dios misericordioso, que desea decirte palabras de perdón y colmarte de sus gracias. Oh cuán querida me es tu alma. Te tengo grabada sobre mis manos. Has quedado marcada en la herida profunda de mi Corazón... Yo soy tu fuerza. Yo te daré fuerza para la lucha... Mi Misericordia es más grande que tus miserias y de aquéllas del mundo entero. Por ti he bajado del cielo a la tierra, por ti me he

dejado poner en la cruz, por ti he permitido que fuera abierto con una lanza mi sagrado Corazón y he abierto para ti una fuente de Misericordia. Ven, toma las gracias de esta fuente con el recipiente de la confianza. No rechazaré jamás a un corazón que se humilla' (V 79-80).

“Hija mía, cuando te acercas a la santa confesión, que es fuente de misericordia, siempre desciende sobre tu alma mi sangre y agua que brotó de mi Corazón...Cuando vas a la confesión, sabe que yo mismo te espero en el confesionario, me oculto en el sacerdote, pero soy yo el que opera en tu alma. Allí la miseria se encuentra con el Dios de la misericordia” (VI 6). “En este tribunal de la misericordia tienen lugar los más sorprendentes milagros que se repiten incesantemente. Para obtener este milagro no es necesario hacer peregrinaciones a tierras lejanas ni celebrar ritos solemnes exteriores, sino llegar a los pies de mi representante y confesarle la propia miseria y el milagro de la divina misericordia se manifestará en toda su plenitud. Aun si un alma estuviese en descomposición como un cadáver y humanamente no hubiera ninguna posibilidad de resurrección y todo estuviera perdido, no sería así para Dios. Un milagro de la divina misericordia resucitaría esta alma en toda su plenitud. Infelices los que no aprovechan de este milagro de la misericordia divina. Lo invocarán en vano, cuando sea demasiado tarde” (V 60). “Yo soy el tres veces santo y tengo horror del más pequeño pecado; pero, cuando un alma se arrepiente, mi generosidad no tiene límites para ella. Mi Misericordia la abraza y la perdona. Persigo con mi Misericordia a los pecadores por todos sus caminos y mi Corazón goza, cuando ellos vuelven a mí. Olvido las

amarguras con las cuales han ofendido mi Corazón y me alegro de su retorno. Di a los pecadores que ninguno escapará a mis manos. Di a los pecadores que los espero, que siempre estoy a la escucha del latir de su corazón para saber cuándo latirá para Mí. Escribe que les hablo con los remordimientos de su conciencia, con los fracasos y los sufrimientos, con las tormentas y los rayos. Les hal/o también en la voz de la Iglesia” (VI 90).

“Las almas que adoren mi Misericordia y fundan el culto, animando a otras almas a la confianza en mi Misericordia, en la hora de la muerte no tendrán miedo. Mi Misericordia las protegerá en esa última lucha. Hija mía, anima a las almas a rezar la coronilla que te he dado. Por el rezo de esta coronilla me place conceder todo lo que me pidan. Si la rezan los pecadores empedernidos colmaré sus almas de paz y la hora de su muerte será serena... Tengo predilección especial por el alma, que tiene confianza en mi bondad. Cuando sea rezada la coronilla al lado de los agonizantes, me pondré entre el Padre y el alma agonizante no como justo juez, sino como Salvador misericordioso” (V 124-125).

Para rezar esta coronilla de la misericordia, se reza primero el Padre Nuestro, Avemaría y Credo. Después, en las cuentas del Padrenuestro (del rosario) se dice: “Padre eterno, te ofrezco el cuerpo, sangre, alma y divinidad de tu Hijo Amado Jesucristo en expiación de nuestros pecados y los del mundo entero “. En las cuentas del Avemaría se dice: “Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero “. “Cuando se reza esta coronilla cerca de un agonizante se

aplaca la ira de Dios y la inescrutable Misericordia envuelve el alma y se conmueven las entrañas de mi Misericordia por la dolorosa Pasión” (II 205).

En una oportunidad, durante la misa, le dijo a Jesús: “Te pido por la inconcebible potencia de tu Misericordia que todas las almas que mueren hoy, eviten el fuego del infierno, aún si son los más grandes pecadores. Hoy es viernes, recuerda tu dolorosa agonía en la cruz. Y Jesús me estrechó contra su Corazón y me dijo: Hija, has conocido bien el abismo de mi Misericordia. Haré como lo pides, pero únete continuamente a mi Corazón agonizante. Sabes que me has pedido una cosa grande, pero veo que te la ha sugerido el amor puro hacia mí; por eso, escucharé tu petición” (II 246).

“Un día Jesús me dijo: Hija mía, ayúdame a salvar un pecador en agonía. Reza por él la coronilla que te he enseñado. Cuando comencé a rezar “vi” aquel agonizante en medio de atroces tormentos. El ángel custodio lo defendía, pero era como impotente ante la gran miseria de aquella alma. Una multitud de demonios estaba a la espera de esa alma, pero mientras rezaba la coronilla vi a Jesús con el aspecto en que está pintado en la imagen. Los rayos que brotaron del Corazón de Jesús envolvieron al enfermo y las fuerzas de las tinieblas huyeron provocando desorden. El enfermo expiró serenamente. Cuando volví en mí comprendí la importancia que tiene esta coronilla rezada al lado de los agonizantes” (V 140).

“A las tres de la tarde implora mi Misericordia, especialmente por los pecadores y, aunque sea por un brevísimo instante, sumérgete en mi Pasión. Es la hora de la gran Misericordia para el mundo entero. En esa hora, nada le será negado al alma que me lo pida por los méritos de mi Pasión” (IV 59). “En esa hora, intenta seguir por todos los medios las estaciones del Via Crucis y, si no puedes, entra al menos en la capilla un momento y venera en el S. Sacramento mi Corazón inundado de Misericordia. Y si no puedes entrar en la capilla, recógete en oración allí donde te encuentres, aunque sea por un momento” (V 145). Le mandó pintar un cuadro con la inscripción: “Jesús, yo confío en Ti”. Y le dijo: “Los dos rayos significan la sangre y el agua. El rayo pálido representa el agua, que justifica a las almas, el rayo rojo simboliza la sangre, que es vida de las almas. Ambos rayos brotaron de las entrañas más profundas de mi Misericordia, en el mismo instante en que mi Corazón fue abierto en la cruz, por la lanza” (1130). “A través de esta imagen concederé muchas gracias a las almas. Recordaré a los hombres las exigencias de mi Misericordia, porque la fe sin obras, por fuerte que sea, es inútil” (II 162).

“Cuánto deseo la salvación de las almas... Los más grandes pecadores podrían alcanzar una gran santidad, si solamente tuvieran confianza en mi Misericordia” (VI 132). “Hay almas que desprecian mis gracias y todas las demostraciones de mi amor no quieren escuchar mis reclamos y van al abismo infernal. La pérdida de estas almas me produce una tristeza mortal. En estos casos, aunque sea Dios, no puedo ayudar en nada al alma, porque ella me desprecia, siendo libre para despreciarme o para amarme” (II 48).

Y Jesús nos sigue esperando en el trono de la misericordia, en el sacramento de la confesión y, sobre todo, nos espera cada día en el sacramento del amor, en la Eucaristía. Para ella, los momentos de la comunión eran “los momentos más preciosos de la vida” (II 224). ‘Después de la comunión, siento la presencia de Dios, de modo especial, sensible. Siento que Dios está en mi corazón” (II 36).

“Hoy he comprendido muchos misterios de Dios. He llegado a conocer que la santa comunión perdura en mí hasta la siguiente comunión. Este conocimiento me sumerge en un profundo recogimiento sin ningún esfuerzo de mi parte. Mi corazón es un sagrario viviente, en el cual se guarda la hostia viva” (IV 47).

Estando gravemente enferma nos dice: “Vi junto a mi cama a un serafín, que me dio la santa comunión, pronunciando estas palabras: he aquí al Señor de los ángeles... El hecho se repitió durante trece días. El serafín estaba circundado de un gran resplandor; se transparentaba de él la divinización y el amor de Dios. Tenía una túnica dorada y encima de ella llevaba un sobrepelliz transparente y una estola también transparente. El cáliz parecía de cristal” (VI 55). Y Jesús le dijo: “Hija mía, no dejes la santa comunión, si no estás bien consciente de haber caído gravemente en pecado. Fuera de esto no te detenga ninguna duda de unirte a Mí, en mi misterio de amor Tus pequeños defectos desaparecerán en mi amor como una pajita en un gran incendio. Has de saber esto, que me entristeces mucho, cuando dejas de recibirme en la comunión” (I 74). “Cuánto me duele que las almas se unan tan poco a mí en la santa comunión” (V 59). Por eso, no podía prescindir de

este alimento que le llenaba el alma de amor. Decía: “El día que no recibo la santa comunión la vida me asusta, tengo miedo de mí misma. Jesús, oculto en la hostia, es todo para mí. Del sagrario tomo fuerza, poder; valor; luz. Allí busco alivio en los momentos de angustia” (III 10). “Este pan de los fuertes me da toda la energía que necesito” (I 38). “Toda la fuerza me viene del Santísimo sacramento. Todos los momentos libres los paso en coloquio con El. El es mi Maestro” (V 38). “Solamente en la eternidad podremos conocer qué gran misterio cumple en nosotros la santa comunión” (II 224). “Hoy, durante la comunión, el gozo invadió mi alma. Sentí que estaba estrechamente unida a la divinidad. Su Omnipotencia absorbió todo mi ser” (1144).

Por eso, en un escrito Preparación para la santa comunión (PC), escribe: “Oh hostia viva, luz de mi alma. Hoy me preparo para la santa comunión como para un banquete de bodas” (PC 11). “Deseo unirme a Jesús en la comunión lo más íntimamente posible a través de su amor. Deseo a Dios tan intensamente que me parece que no puedo esperar hasta el momento en que el capellán me dé la comunión. Mi alma cae como desmayada ante tanto deseo de Dios” (PC 7). “Me siento dominada por Dios. Mi alma se inflama con su amor Y solamente sé que lo amo y que soy amada por El” (PC 16).

He aquí el resumen de toda una vida entregada al Amor y que no podía vivir sin el amor que le esperaba cada día en la Eucaristía.

STA. TERESITA DEL N. JESUS (1873-1897)

Esta gran doctora de la Iglesia es la doctora del amor. Nos enseña el camino del amor para llegar a Dios. Es el camino de la infancia espiritual, de hacerse como niños. Es el camino de la confianza y del abandono total en las manos amorosas de nuestro Padre Dios. Tenemos que fiarnos de Dios hasta la osadía de los niños, como Abraham, como tantos otros que pusieron sus vidas totalmente en las manos de Dios, “quemando barcas” y seguridades humanas, dejando miedos y apegos.

a) El camino del amor

La experiencia de su debilidad personal, de su frágil salud, de no poder hacer grandes penitencias ni obras deslumbrantes le hace querer ser santa para alegrar a Dios, como un niño pequeño que sólo sabe sonreír y alegrar a sus padres. Ella quiere hacerse pequeña para mejor llegar hasta Dios. Y, por eso, se sube a sus brazos, como si fueran un ascensor, para subir más arriba en el amor. Decía: “El ascensor que ha de elevarme al cielo son vuestros brazos, oh Jesús. No necesito crecer al contrario, he de permanecer pequeña y empequeñecerme cada vez más” (MC 3). Ella vive confiada como un niño en los brazos de su padre Dios. Y nos enseña a tratarlo sin protocolos, como un niño que se sube a sus rodillas y le tira de las barbas y le abraza y le pide todo lo que quiere con confianza y sin temor. Sin la angustia de los grandes, que quieren ser o aparentar ser perfectos. Ella se siente libre, ama y

confía. Y dice: “Hago todo lo que puedo por ser un niño pequeñito, ningún otro preparativo tengo que hacer” (C 176).

Y, porque es pequeñita, quiere jugar con el niño Jesús y hacerlo feliz. Por eso, dice: “Yo me había ofrecido al niño Jesús para ser su pelotita. Le había dicho que no me tratase como a un juguete caro, sino como a una pelotita sin valor a la que él podía tirar al suelo, pegar con el pie, agujerear, abandonar en un rincón o bien estrechar contra su corazón, si le venía en gana. En una palabra, yo quería divertir al pequeño Jesús, complacerle, entregarme a sus caprichos infantiles” (MA 64). El amor a Jesús la atraía con pasión. Por eso, recomendaba a su prima María Guerin: “Ama a Jesús hasta la locura por todos los que no le aman” (C 72).”¿Qué dulce es el camino del amor! Ciertamente se puede caer, se pueden cometer infidelidades, pero el amor haciéndolo todo de un sabor, bien pronto consume todo lo que puede disgustar a Jesús, no dejando más que una humilde y profunda paz en el fondo del corazón” (MA 83). “¿Qué dulce es el camino del amor! Cómo deseo guiarme con el más absoluto abandono a cumplir la voluntad de Dios” (MA 84).”Mi camino es todo de confianza y de amor. No comprendo a las almas que tienen miedo de un Amigo tan tierno. A veces, cuando leo ciertos tratados espirituales, donde la perfección está expuesta con mil obstáculos, rodeada de multitud de ilusiones, mi pobrecito espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me rompe la cabeza y me deseca el corazón y tomo la Escritura Santa. Entonces, todo me parece luminoso, una sol palabra descubre a mi alma horizontes infinitos y la perfección me parece fácil.

Veo que basta reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en brazos de Dios” (C 203).

“Comprendo tan perfectamente que no hay cosa que pueda hacernos gratos a Dios fuera del amor que es este amor el solo bien que ambiciono. Jesús se complace en enseñarme el único camino que conduce esta divina hoguera (del amor). Este camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre” (MB 1). “Ah, si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de vuestra Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cumbre de la montaña del amor. Jesús no pide grandes obras, sino solamente abandono... Jesús no tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor” (MB 1).

Un día “comprendí que la Iglesia tenía un corazón y que este corazón estaba ardiendo de amor... Comprendí que el Amor encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y todos los lugares, en una palabra que el Amor es eterno. Entonces, en un exceso de alegría delirante exclamé: “Oh Jesús, amor mío... Por fin, he hallado mi vocación. MI VOCACIÓN ES EL AMOR. Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia y ese puesto, ¡oh Dios mío!, Vos mismo me lo habéis dado: en el corazón de la Iglesia, mi Madre, YO SERE EL AMOR” (MB 3). “Comprendí que sin el amor todas las obras son nada, aun las más brillantes como resucitar a los muertos y convertir a los pueblos” (MA 81). Ahora bien, un niño “no puede hacer más que una cosa: amar. Las obras deslumbrantes le

están vedadas, no puede predicar el Evangelio, ni derramar su sangre. ¿Cómo demostrará él su amor, si el amor se prueba con las obras? Pues bien, el niño arrojará flores, perfumará con sus aromas el trono real, cantará con su voz argentina el cántico del amor... Oh Amado mío, no tengo otro modo de probarte mi amor que arrojando flores, es decir, no desperdiciando ningún pequeño sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra, aprovechando las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor. Quiero sufrir por amor y hasta gozar por amor de esta manera arrojaré flores delante de tu trono. No hallaré flor en mi camino que no deshoje para ti... Además, al arrojar mis flores, cantaré, cantaré aun cuando tenga que recoger mis flores de en medio de las espinas. Y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas... Oh Jesús mío, os amo. Amo a la Iglesia, mi Madre. Recuerdo que el más pequeño movimiento de puro amor le es más útil que todas las demás obras juntas” (MB 4).

b) Amar y sufrir

Amar era para Teresita tan natural como el respirar. Amar sufriendo y sufrir, amando. Su vida fue una experiencia de amor que grita a los cuatro vientos que el amor es posible, inclusive en los más difíciles momentos de la vida, como es la enfermedad. No puede haber santidad sin amor, ni amor pleno sin sufrir por amor. Por eso, se ofreció como víctima del Amor misericordioso: “A fin de vivir en un acto de perfecto amor yo me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso, suplicándoos que me consumáis sin cesar dejando que se desborden en mi alma las olas de ternura infinita que están

encerradas en Vos, para que así llegue yo a ser mártir de vuestro amor, Oh Dios mío “.

“Oh Jesús déjame que te diga en el exceso de mi gratitud, déjame que te diga que tu amor llega hasta la locura. ¿Cómo quieres que ante esta locura mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo habría de tener límites mi confianza? Jesús, yo soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas y mi locura consiste en esperar que tu amor me acepte como víctima... Siento que si, por un imposible, encontrases un alma más débil, más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de favores mayores todavía, con tal que ella se abandonara con entera confianza a tu misericordia infinita... Sé, estoy segura de ello y te conjuro a que lo hagas. Te suplico que bajes tu mirada divina hacia un gran número de almas pequeñas. Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu AMOR” (MB 5).

Ella nos dice: “SUFRRIR AMANDO, ES LA DICHA MAS PURA” (Poesía 44). Por eso, “no le rehusemos el menor sacrificio... Recoger un alfiler por amor puede convertir un alma. Qué misterio. Sólo Jesús puede dar tal precio a nuestras acciones. Amémosle con todas nuestras fuerzas” (C 143). “Él se contenta con una mirada, con un suspiro de amor” (C 171). “No pierdas ninguna de las espinas que encuentres cada día. Con una de ellas puedes salvar un alma. Si supieras cuánto es ofendido Dios... Amale hasta la locura por todos los que no le aman”(C 72) “Ofrezcamos nuestros sufrimientos a Jesús para salvar almas. Pobres almas... Jesús quiere hacer depender su salvación de un suspiro de nuestro corazón. Qué misterio. Si un suspiro puede salvar un alma.

¿Qué no podrán hacer sufrimientos como los nuestros? No rehusemos nada a Jesús” (C 61). “Jesús es un esposo de sangre y pide para sí toda la sangre del corazón... No perdamos las pruebas que nos envía, son una mina de oro sin explotar” (C 59). “El amor se alimenta de sacrificios. Cuantas más satisfacciones naturales se niega a sí misma el alma, tanto más fuerte y desinteresada se hace su ternura” (MC 22).

c) La salvación de las almas

Para Teresita, como para todos los santos, la salvación de los pecadores era su preocupación dominante, sufría por ellos, oraba por ellos, amaba por ellos. Quería ayudar a Jesús en esta gran tarea de la salvación del mundo, como esposa de Jesús y madre de todos los hombres. Ella, que es la Patrona de las misiones, tiene mucho que enseñarnos en este punto. Veamos lo que nos dice: “Jesús no quiere hacer nada sin nosotras. El Creador del Universo espera la oración de una pobrecita alma para salvar a las otras almas, redimidas como ella, al precio de toda su sangre” (C 114). “Las almas se pierden como copos de nieve y Jesús llora, y nosotras pensamos en nuestro dolor sin consolar a nuestro prometido. Vivamos para las almas, seamos apóstoles, salvemos sobre todo las almas de los sacerdotes. Esas almas debieran ser más transparentes que el cristal” (C 73). “Yo he venido aquí para salvar almas y, sobre todo, para rogar por los sacerdotes (MA 69).

“Jesús quiere que la salvación de las almas dependa de nuestros sacrificios, de nuestro amor Él nos nmndiga almas... Comprendamos su mirada. Son tan pocos los que la saben comprender “. En el billete que escribió para su profesión el 8-9-1890 escribió: “Haz, Jesús, que salve

muchas almas, que ni una sola se condene hoy y que todas las almas del purgatorio sean liberadas “. “Yo quisiera convertir a todos los pecadores de la tierra y salvar a todas las almas del purgatorio” (C 51). Ya desde niña resonaba en su corazón el grito de Jesús en la cruz: “Tengo sed”, sed de amor y sed de almas. Ella nos cuenta cómo consiguió la salvación de su primer hijo: “Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por sus horribles crímenes. Todo hacía creer que moriría impenitente. Me propuse impedir a toda costa que cayera en el infierno. Para conseguirlo empleé todos los medios imaginables. Sabiendo que por mí misma nada podía. Ofrecí a Dios todos los méritos infinitos de N. Señor, los tesoros de la santa Iglesia... Alimentaba en el fondo de mi corazón la certeza de que mis deseos se verían satisfechos. Le dije a Dios que estaba segurísima de que perdonaría al pobre y desgraciado Pranzini y que así lo creería, aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento... Pero le pedí una señal de su arrepentimiento. Mi oración fue escuchada al pie de la letra. A pesar de que papá nos había prohibido leer los periódicos, no creí desobedecerle, leyendo los pasajes que hablaban de Pranzini. Al día siguiente de su ejecución, cayó en mis manos el periódico “La Croix “. Lo abrí apresuradamente y ¿qué fue lo que vi?... Pranzini no se había confesado. Había subido al cadalso y estaba a punto de meter su cabeza en el lúgubre agujero, cuando, de repente, herido de súbita inspiración, se volvió, cogió el crucifijo que presentaba el sacerdote y besó por tres veces sus llagas sagradas... Había obtenido la señal pedida... Los labios de mi primer hijo fueron a besar precisamente las sagradas llagas de Jesús. ¡Qué respuesta tan inefablemente dulce!” (MA 46).

d) Su sonrisa

Siempre se ha dicho que un santo triste es un triste santo. Y que ser santo es estar siempre alegre. La fuente de la alegría permanente de Sta. Teresita y de su encantadora sonrisa estaba en el amor. Se sentía feliz, abandonada en los brazos de su papá Dios, sabía que estaba cumpliendo su voluntad y salvando almas y se sentía contenta de tan gran misión, que Dios le había encomendado y que quería prolongar en el cielo. Ya en su Autobiografía nos habla de que, estando gravemente enferma a los nueve años, la imagen de la Virgen, que tenía junto a su cabecera, tomó vida, la curó y le sonrió: “De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa que nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba bondad y ternura inefables. Pero lo que me llegó hasta el fondo del alma fue la encantadora sonrisa de la Virgen “. Quizás desde allí le vino la encantadora sonrisa que todos admiraron en su vida. Creo que a Sta. Teresita se le podría llamar la santa de la sonrisa o “Sor sonrisa de Jesús”. Su amor y su alegría afloraban en ella a través de su sonrisa. Ella sabía muy bien que sonreír es amar.

Decía: “Una sonrisa amable basta, muchas veces, para alegrar un alma triste” (MC 28) Y ella la practicaba continuamente con sus hermanas, especialmente con las que más le hacían sufrir. Por ejemplo con Sor San Pedro, una religiosa enferma y anciana, a quien tenía que

llevar del coro al refectorio con mucho cuidado para no caerse. Tenía artritis y no podía partir bien el pan. Y dice Teresita: “No tardé en darme cuenta de ello y ya ninguna noche la dejaba sin haberle prestado también este pequeño servicio. Como ella no me lo había pedido, mi atención la conmovió mucho y por este sencillito detalle me gané enteramente sus simpatías. Y sobre todo, (lo supe más tarde,), porque, después de cortarle el pan, le dirigía antes de marcharme, la más graciosa de mis sonrisas”(MC 29). Ella misma nos cuenta otro ejemplo: “Hay en la Comunidad una hermana que tiene el don de disgustarme en todo; sus modales, sus palabras, su carácter, todo en ella me desagrade en gran manera... Cuando sentía la tentación de contestarle de manera desagradable, me limitaba a dirigirle la más encantadora de mis sonrisas, procurando cambiar de conversación... Un día en la recreación me dijo, toda contenta, estas o parecidas palabras: ¿Quisierais decirme, Sor Teresa del Niño Jesús, qué es lo que tanto os atrae de mí? Cada vez que me miráis veo que me sonreís. ¡Ah! El que me atraía era Jesús escondido en el fondo de su alma... Le contesté que sonreía, porque me alegraba de verla (sin añadir; bien entendido, que era bajo un punto de vista espiritual) “ (MC 14). Por eso, “quiero reservar mis sonrisas, mi afecto y mis delicadezas especialmente para las almas enfermas. Ved dónde me parece que está el verdadero amor” (UC 6,4). En su última enfermedad no perdió su alegría ni su sonrisa. Muere el 30 de setiembre de 1897, y su prima Sor Eucaristía le escribe a su padre el 8 de julio: “Está muy delgada, pero siempre con la misma calma y su espíritu de broma “. El 10 de Julio escribe de nuevo: “En cuanto a los ánimos, siempre es lo mismo, es la alegría personificada, hace reír a todos los que la visitan y habla con felicidad del ladrón (el buen Dios) que va a venir muy pronto “. El 12

de julio escribe que “siempre está muy alegre “. El 31 de julio dice en su carta: ‘Nos hace reír a carcajadas de lo graciosa que es. Pasa revista a todo y nos hace reír mucho. Creo que morirá riendo, de lo contenta que está”.

La misma Teresita escribe a sus tíos el 16 de julio: Mis hermanas os han hablado de mi alegría, es verdad, estoy como un pinzón, excepto, cuando tengo fiebre. Felizmente, la fiebre no viene, por lo común, a visitarme más que al anochecer; a la hora en que los pinzones duermen con la cabeza escondida bajo el ala. No estaría tan alegre como lo estoy, si Dios no me enseñase que la única alegría en la tierra es cumplir su voluntad”.

El 20 de Julio, su prima María de la Eucaristía escribe a su prima Celina Pottier: “No es una santidad extraordinaria, no es un amor a base de penitencias extraordinarias, no: es el amor de Dios. La gente del mundo puede imitar su santidad, puesto que no se ha esforzado. sino en hacerlo todo por amor y en aceptar las pequeñas contrariedades, los pequeños sacrificios que vienen a cada instante, como si vinieran de la mano de Dios.

Y la M. María de Gonzaga, la Priora, después de su muerte, escribía el 11 de noviembre al P. Roulland, su hermano espiritual: “Su sonrisa, que conservó hasta el último momento, era encantadora. Nunca se le oyó una queja “. Su alegría y su sonrisa era el más preciado fruto de su amor.

e) La Comunión de los santos

Un punto importante en la vida de Sta. Teresita es su relación con todos los santos y ángeles del paraíso y con las almas del purgatorio. Varias veces, dice en sus escritos que quisiera liberar a todas las almas del purgatorio y salvar a todos los pecadores. A los santos y ángeles los ve como amigos, a quienes invoca para que le ayuden en su caminar por este mundo. Pero no entendamos santos solamente a los canonizados, sino a todos aquéllos que ya disfrutaban de la felicidad plena de Dios, entre ellos a sus cuatro hermanitos fallecidos, a quienes les tenía una especial devoción.

Hablando de ellos dice: “Me dirigí a los cuatro angelitos que me habían precedido allá arriba, pues pensaba que estas almas inocentes, no habiendo conocido nunca ni las turbaciones ni el miedo, habrían de tener compasión de su propia hermanita, que sufría en la tierra. Les hablé con la sencillez de una niña, haciéndoles notar que, siendo yo la última de la familia, había sido siempre la más amada, la más colmada de ternuras por parte de mis hermanas y que, si ellos hubieran permanecido en la tierra, también me habrían dado, ciertamente, pruebas de cariño... La respuesta no se hizo esperar Pronto la paz inundó mi alma con sus olas deliciosas y comprendí que si era amada en la tierra, también lo era en el cielo. Desde aquel momento, creció mi devoción hacia mis hermanitos y hermanitas y hoy gusto de conversar a menudo con ellos, hablándoles de las tristezas del destierro y de mi deseo de ir pronto a reunirme con ellos en la patria” (MA 44).

Ella misma nos cuenta otra experiencia que le hizo creer firmemente en la realidad de la comunión de los santos y de los beneficios de esta común unión con ellos. Fue un sueño real que ella nos cuenta así: “A las primeras luces del alba, me encontré en una especie de galería. A mi lado sólo estaba nuestra Madre. De pronto, sin saber cómo habían entrado, vi delante de mí a tres carmelitas, vestidas con sus capas blancas y sus grandes velos echados. Me pareció que venían por nuestra Madre, pero lo que creo que comprendí claramente fue que venían del cielo. En el fondo del corazón exclamé: cuánto me gustaría ver el rostro de una de esas carmelitas. Entonces, como si mi oración hubiese sido escuchada, la más alta las santas, se adelantó hacia mí. Al instante, caí de rodillas.

¡Oh felicidad! La carmelita se levantó el velo, o mejor; lo alzó ligeramente y me cubrió con él. Sin la menor vacilación reconocí a la Vb. Madre Ana de Jesús, la fundadora del Carmelo en Francia. Su rostro era hermoso, de una hermosura inmaterial. No despedía resplandor alguno, sin embargo, a pesar del velo que nos envolvía a las dos, yo veía su rostro celestial, iluminado por una luz inefablemente suave, luz que el rostro no recibía, sino que producía él mismo. Me sería imposible expresar la alegría de mi alma. Estas cosas se sienten y no pueden decirse... Varios meses han pasado desde que tuve este dulce sueño, pero el recuerdo que dejó mi alma nada ha perdido de su frescura, de su encanto celestial. Aún, me parece estar viendo la mirada y la sonrisa llenas de amor de la Vble. Madre. Aún me parece estar sintiendo las caricias que me prodigó. Oh Jesús, ya no rugía la tormenta, el cielo estaba en calma y sereno. Yo creía, estaba segura de

que existía un cielo y de que este cielo está poblado de almas que me quieren, que me miran como a hija suya... Mi corazón se deshizo de amor y gratitud no sólo hacia la santa que me había visitado, sino también hacia todos los bienaventurados moradores del cielo” (MB 2)

Antes de morir decía: “Cuento con no estar inactiva en el cielo. Mi deseo es seguir trabajando por la Iglesia y por las almas. Se lo pido a Dios y estoy segura que me escuchará” (C 225). La M. Inés de Jesús escribió en su cuaderno amarillo estas palabras de Teresita, pronunciadas el 17 julio, dos meses antes de morir: “Presiento que mi misión va a empezar, mi misión de hacer amar a Dios, como yo le amo, de dar a las almas caminito. Si Dios escucha mis deseos, pasaré mi cielo, en la tierra hasta el fin mundo. SÍ, QUIERO PASAR MI CIELO, HACIENDO EL BIEN EN LA TIERRA”

e) La tentación de la fe

También en la vida de Teresita, como en la de tantos cristianos, se presentó la prueba de la fe. Ella pasó por la noche oscura hasta el punto de que Dios le hizo entender que, verdaderamente, existían los que no tienen fe, los que rechazan la luz de Dios y no quieren creer en su amor ni en su perdón. Nos dice ella misma: “Durante los días gozosos del tiempo pascual, Jesús me hizo comprender que hay verdaderamente almas sin fe, almas que por el abuso de las gracias pierden este precioso tesoro, fuente de las únicas alegrías puras y verdaderas. Permitió que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, no fuese ya más que un

motivo de combate y de tormento... Es preciso haber caminado por este sombrío túnel para comprender su oscuridad. Sin embargo, voy a intentar explicarlo por medio de una comparación.

Me imagino haber nacido en un país cubierto de densa bruma. Nunca me ha sido dado contemplar el aspecto risueño de la naturaleza inundada de luz, transfigurada por el sol brillante. Sé que el país donde estoy, no es mi patria, que hay otro al que debo aspirar constantemente. Esto no es una historia inventada por un habitante del triste país donde me encuentro, sino una realidad cierta... Me parece que las tinieblas, apropiándose la voz de los pecadores me dicen burlándose de mí: Sueñas con la luz, con la patria aromada con los más suaves perfumes. Sueñas en la posesión eterna del Creador de todas estas maravillas. Crees que puedes salir un día de las brumas que te rodean. ¡Adelante! ¡Adelante! Gózate de la muerte, que te dará no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada” (MC 5-6).

“Creo haber hecho más actos de fe de un año a esta parte que en toda mi vida... Cuando canto a la felicidad del cielo, la eterna posesión de Dios, no experimento alegría alguna, porque canto simplemente lo que quiero creer. Algunas veces, es verdad, un pequeño rayito de sol viene a esclarecer mis tinieblas; entonces, la prueba cesa por un instante. Madre mía, cuán dulce y misericordioso es el Señor.. Ya no tengo grandes deseos, sino solamente el de amar hasta morir de amor” (MC 7-8).

También la víspera de su profesión religiosa le vino una gran tentación Y tempestad espiritual que pudo superarla, abriendo su corazón a la M. Maestra y a la Priora. Nos cuenta así: “Nunca me había venido al pensamiento ni una sola duda acerca de mi vocación. Era necesario que pasase por esta prueba. Por la noche, haciendo el viacrucis, después de maitines, se me metió en la cabeza que mi vocación era un sueño, una quimera... La vida del Carmelo me parecía muy bella, pero el demonio me inspiraba la seguridad de que no estaba hecha para mí, de que engañaría a las Superiores empeñándome en seguir un camino al que no estaba llamada... Mis tinieblas eran tan grandes que no veía ni comprendía más que una cosa: Yo no tenía vocación. ¡Ah! ¿Cómo describir la angustia de mi alma? Me parecía (pensamiento absurdo que demuestra hasta qué punto era tentación del demonio) que, si comunicaba mis temores a mi Maestra, ésta me impediría pronunciar mis santos votos. No obstante, prefería cumplir la voluntad de Dios y volver al mundo a quedarme en el Carmelo, cumpliendo la mía.

Hice salir del coro a mi Maestra y llena de confusión le manifesté el estado de mi alma... Afortunadamente, ella vio más claro que yo y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, el cual, pensaba tal vez, que no me atrevería a confesar la tentación. Apenas terminé de hablar, mis dudas desaparecieron. Sin embargo, para completar mi acto de humildad quise comunicar mi extraña tentación a nuestra Madre, y ella se contentó con echarse a reír.

Por fin, la mañana del 8 de Setiembre (de 1890) me sentí inundada por un río de paz. Y con esa paz, que supera todo sentimiento, pronuncié mis santos votos” (MA 76). “Cuántas gracias pedí aquel día... me sentía verdaderamente Reina... Deseaba libertar a todas las almas del purgatorio y convertir a los pecadores. Pedí mucho por mis hermanas queridas, por toda la familia, y me ofrecí a Jesús para que El cumpliese en mí perfectamente su voluntad sin que nunca las criaturas pusiesen en ello obstáculo (MA 77).

Qué importante es en la vida religiosa acudir a los Superiores para aclarar dudas y, sobre todo, obedecer, porque la obediencia es la brújula a través de la cual nos guía el Señor. Por eso, afirma: “Oh Madre mía, de cuántas inquietudes se libra una haciendo el voto de obediencia. ¡Qué felices son las simples religiosas! Siendo su única brújula la voluntad de los Superiores, están siempre seguras de seguir el camino recto. No tienen miedo a equivocarse, aunque parezca con certeza que los Superiores se equivocan. Pero, cuando el alma deja de mirar a la brújula infalible (de la obediencia), cuando se aparta del camino que ella señala bajo pretexto de cumplir la voluntad de Dios que, a su entender, no ilumina con claridad a los que son sus representantes, el alma se extravía por caminos áridos en los que pronto llega a faltarle el agua de la gracia” (MC 11). En nuestras dudas y tentaciones, en las tinieblas y tempestades del alma es muy útil la ayuda de un director espiritual y de un hermano espiritual sacerdote, que nos encomiende todos los días ensus oraciones ante el altar.

f) Hermandad espiritual

La hermandad espiritual entre dos personas es una hermosa manera de vivir ya en esta tierra la comunión de los santos. Sta. Teresita tuvo dos hermanos espirituales: el abate Bellière y el P. Roulland. Ella nos dice que “cuando Jesús tiene a bien para su gloria unir a dos almas en estrecho vínculo espiritual, permite que, de vez en cuando, puedan ellas comunicarse mutuamente sus íntimos pensamientos, excitándose así a un mayor amor de Dios. Pero, para eso, se requiere una voluntad expresa de la autoridad, pues de lo contrario, tengo para mí que esta correspondencia epistolar haría más mal que bien, si no al misionero, al menos a la carmelita.. En cuanto a mí, en esto como en todo, creo que para que mis cartas hagan provecho, es muy necesario que vayan escritas por obediencia” (MC 32).

“Pues bien, he aquí como me he unido espiritualmente a los apóstoles que Jesús me ha dado por hermanos: todo lo que me pertenece, le pertenece también a cada uno de ellos. Sé que Dios es demasiado bueno para andarse con particiones. Es tan rico que me da sin medida todo cuanto le pido” (MC 34).

Al P. Roulland le decía: ‘Me es muy dulce pensar que desde toda la eternidad, Nuestro Señor formó esta unión que ha de salvarle almas y que me creó para ser vuestra hermana. La distancia no podrá separar nunca nuestras almas. La muerte misma hará más íntima nuestra unión.

Si yo pronto voy al cielo, pediré a Jesús el permiso para ir a visitaros a Su-Tchuen y continuaremos juntos nuestro apostolado” (C 173).

“Cree, hermano mío, que vuestra hermanita mantendrá sus promesas y con gusto volará su alma, libre del peso de la envoltura mortal hacia las lejanas regiones que vos evangelizáis. ¡Ah, hermano mío, lo presiento, os seré mucho más útil en el cielo que en la tierra, y os anuncio con alegría mi próxima entrada en esa bienaventurada ciudad, segura de que compartiréis mi gozo y daréis gracias al Señor por haberme dado el medio de ayudaros más eficazmente en vuestros trabajos apostólicos... Ya no tendréis tiempo de hacerme encargos para el cielo, pues yo los adivino, además, no tendréis más que decírmelos muy bajito, yo os oiré y llevaré fielmente vuestros mensajes al Señor, a Nuestra Madre Inmaculada, a los ángeles, a los santos que vos amáis... Soy para toda la eternidad vuestra hermanita” (C 225).

Y al Abate Bellière le decía: “Cuando mi hermanito querido parta para Africa, yo le seguiré y ya no con el pensamiento: mi alma estará siempre con él por la oración y su fe sabrá descubrir la presencia de la hermanita que Dios le dio no para ser su sostén durante apenas dos años, sino hasta la última tarde de su vida (C 224)

“Puesto que Dios mismo me ha escogido para ser hermana vuestra, confío que no mirará mi debilidad, sino, antes bien, se servirá de esta debilidad para cumplir su obra, porque el Dios fuerte gusta de manifestar su poder sirviéndose de la nada. Unidas en Él, nuestras almas, podrán salvar muchas otras... ¡Cómo no han de ser bendecidas

nuestra unión y nuestra oración!.. Si Jesús realiza mis presentimientos, os prometo seguir siendo vuestra hermana allí arriba. Nuestra unión, lejos de romperse, se hará más íntima, allí ya no habrá más clausura, ni más rejas y mi alma podrá volar con vos a las lejanas misiones” (C 188).

¡Qué hermosa y enriquecedora es la unión de dos almas, bendecida por la obediencia, para la salvación de las almas! Ella estaba convencida de que esta unión espiritual era querida por Dios desde toda la eternidad y bendecida, incluso por sus familiares desde el cielo. Por eso, le decía al P. Roulland: “Si, como creo, mi padre y mi madre están en el cielo, deben mirar y bendecir al hermano que Jesús me ha dado. ¡Habían deseado tanto un hijo misionero! Me han contado que, antes de mi nacimiento mis padres esperaban que su deseo iba por fin a realizarse. Si hubiesen podido penetrar el velo del futuro, habrían visto que, en efecto, por mi medio, su deseo se cumpliría. Puesto que un misionero se ha convertido en hermano mío, él es también su hijo, y en sus oraciones no pueden separar al hermano de su indigna hermana” (C 203).

h) *Jesús Eucaristía*

Desde muy niña, Teresita amaba con fervor a Jesús sacramentado. Nos habla de cómo le gustaban las procesiones del Santísimo sacramento. “¡Qué dicha sembrar flores al paso de Dios! Pero, en lugar de dejarlas caer las lanzaba lo más alto que podía y, cuando mis rosas deshojadas tocaban la sagrada custodia, mi felicidad llegaba al

colmo” (MA 17). El día de su primera comunión fue un día glorioso para ella: “Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma. Fue un beso de amor, me sentía amada y decía a mi vez: Os amo, me entrego a Vos para siempre”(MA35)

“Jesús baja todo los días del cielo no para permanecer en un copón de oro, sino para encontrar otro cielo, que le es infinitamente más querido que el primero: el cielo de nuestra alma, hecha a su imagen, templo vivo de la adorable Trinidad” (MA 48).

En aquel tiempo, no se acostumbraba a comulgar todos los días, pero en una época de “tribulación para la Comunidad, yo tuve el consuelo de recibir todos los días la sagrada comunión. ¡Qué dulce fue! Jesús me hizo este regalo durante mucho tiempo, durante más tiempo que a sus fieles esposas, pues me permitió recibirlo, cuando las demás se veían privadas de tanta dicha. También me sentía dichosa de tocar los vasos sagrados, de preparar los corporales, destinados a recibira a Jesús” (MA79).Ella nos habla de las “horas benditas pasadas a los pies de Jesús” (C 46). Y dice: “Cuando estoy junto al sagrario no sé decir más que una sola cosa a Nuestro Señor: Dios mío, tú sabes que te amo” (C 131). “Jesús es tan bello, tan encantador, aún cuando calla, cuando se esconde ¿Cmiprendéis a vuestra hijita? Ella está cansada de los consuelos de la tierra; no ama más que a su Amado, sólo a Él” (C 92). A su hermana Celina le decía: “Amemos a Jesús hasta el infinito “. Por eso, esperaba con tanta ansia el momento sagrado de la Comunión para unirse a su Amado. Ella misma nos dice cómo se preparaba: “Le pido a la

Santísima Virgen que quite los escombros de mi alma. Luego le suplico que levante ella misma una amplia tienda digna del cielo, que la adorne con sus propios aderezos. Después invito a todos los santos y ángeles a que vengan a dar un magnífico concierto. Creo que, cuando Jesús baja a mi corazón, está contento al verse tan bien recibido” (MA 80)

VBLE. JOSEFA MENENDEZ (1890 - 1923)

Esta humilde religiosa fue la escogida por Jesús, para transmitir al mundo un mensaje de amor. En sus escritos “Un llamamiento al Amor” nos va describiendo el abismo inagotable del Corazón de Jesús y cómo no pide más que amor y confianza en Él para reparar tantos pecados del mundo entero. Pero ella, como víctima de su amor, tuvo que sufrir por la salvación de los demás, hasta soportar en carne propia los mismos sufrimientos del infierno.

a) El infierno

Pocos han sido los santos a quienes Dios les ha hecho vivir personalmente la posesión diabólica y los horrores del infierno. Dios lo permitió en esta santa, muchas veces, para que no dudemos más de esta terrible realidad. Nos dice: “Perdí el conocimiento de donde estaba y sentí que me ataban fuertemente, que tiraban de mí arrastrándome. Me parece que me arrastraron por un camino muy largo y me encontré en un pasillo muy estrecho... Yo no puedo decir lo que se oye: toda clase de blasfemias y de palabras impuras y terribles... Unos maldicen su

cuerpo, otros maldicen a su padre o madre... Es una confusión tremenda de gritos de rabia y desesperación. Pero lo que no tiene comparación con ningún tormento es la angustia que siente el alma, viéndose apartada de Dios. Me pareció que pasé muchos años en este infierno, aunque sólo fueron seis o siete horas... No puedo decir lo que sintió mi alma, cuando me di cuenta de que estaba viva y que todavía podía amar a Dios. Para poder librarme de este infierno no sé a qué estoy dispuesta. Pero veo con claridad que todo lo del mundo no es nada en comparación del dolor del alma que no puede amar porque allí no se respira más que odio y deseo de perdición de las almas “(16-3-1922).

Otro día “instantáneamente me encontré en el infierno. Mi alma se dejó caer en un abismo cuyo fondo no se puede ver, pues es inmenso. Al instante, oí el regocijo de otras almas por verme en aquellos mismos tormentos. Ya es un martirio oír esos gritos horribles, pero creo que nada es comparable en dolor a la sed de maldición, que se apodera del alma y cuanto más maldice, más se acrecienta esta sed. Es una sed que consume como una necesidad de odio. Y todo lo que escribo no es nada más que una sombra al lado de lo que el alma sufre, pues no hay palabras para explicar un tormento semejante” (4-9-1922).

“¡Qué terrible! ¡Saber que un alma maldecirá al Señor por toda la eternidad y no poderlo remediar! Aunque sufriera yo todos los tormentos del mundo, Dios mío, mil veces morir antes que ser responsable de la pérdida de un alma para siempre” (6-3-1922).

Jesús le decía: “¡Cuántos pecados se cometen! ¡Cuántas almas se pierden! ¡Muchas almas corren a su perdición y mi sangre es inútil para ellas! Las almas, que aman y se inmolan como víctimas, atraen la misericordia de Dios y salvan al mundo” (25-2-22). “El mundo corre a su perdición. Busco almas que reparen tantas ofensas, pues mi Corazón se consume en deseos de perdonar Sí, perdonar a mis amados hijos por los cuales derramé toda mi sangre... ¡Pobres almas! ¡Cuántas se pierden!” (26-2-22).

¡Pobres pecadores! ¡Qué ciegos están! Yo no deseo más que perdonarlos y ellos no piensan más que en ofenderme. Esto es lo que me causa mayor dolor: la pérdida de tantas almas y que no vengan a mi Corazón para que las perdone... Una vez que un alma se arroja a mis pies, implorando misericordia, no me vuelvo a acordar de sus pecados” (13-2-3).

b) El Corazón de Jesús

‘Mi Corazón es un abismo de amor... Pero no sólo es un abismo de amor es también un abismo de misericordia. Y he querido que las acciones por pequeñas que sean en sí, puedan por Mí alcanzar un valor infinito en provecho de los pecadores y de las almas que necesitan ayuda. No todos pueden predicar ni ir a evangelizar en países salvajes. Pero todos, sí, todos pueden hacer conocer y amar a mi Corazón... Amar a mi Corazón no es difícil ni duro, es fácil y suave. Para llegar a un alto grado de amor no hay que hacer cosas extraordinarias, basta

pureza de intención en la acción más pequeña como en la más grande y unión íntima con mi Corazón. El amor hará lo demás” (2-12-1922).

“A mis almas consagradas les pido tres cosas: REPARACION. Hacerlo todo con espíritu de reparación y en íntima unión con mis sentimientos y deseos. AMOR: hacerlo todo con amor y por amor. CONFIANZA. estar seguros de que soy bondad y misericordia y confiar en Mí... Ellas han de formar una liga de amor que, reuniéndose en torno de mi Corazón, implore para las almas luz y perdón... Que cubran sus acciones con mis méritos y con mi sangre, empleando su vida en trabajar por la salvación de las almas y en acrecentar mi gloria... Si trabajan solas, no podrán hacer gran cosa, pero si trabajan conmigo, a mi lado, en mi nombre y por mi gloria, entonces, serán poderosas. Que mis almas consagradas reanimen sus deseos de reparar y pedir con gran confianza que llegue el día del divino Rey, el día de mi reinado universal. Que no teman, que esperen en Mí y que confíen siempre en Mí” (6-12-1923). ‘Mi Corazón busca víctimas que conquisten el mundo para el amor’ (3-3-1923).

Le decía Jesús: “Hazlo todo por amor: sufre por amor, trabaja por amor y, sobre todo, abandónate al amor” (20-11-1920) “Ya trabajes, ya descansas, hazlo todo en unión con mi Corazón” (23-3-1921). “No hay que hacer cosas extraordinarias, sino tener siempre pureza de intención y unión íntima con mi corazón” (2-12-1922).

“El alma que sabe hacer de su vida una continua unión con la mía, me glorifica mucho y trabaja útilmente en bien de las almas. Está, por ejemplo, ejecutando una acción que en sí misma no vale mucho, pero la empapa en mi sangre o la une a aquella acción hecha por Mí durante mi vida mortal y el fruto que logra para las almas es tan grande o mayor quizá que si hubiera predicado al universo entero. Y esto sea que estudie, hable, escriba, ore, barra o descanse con tal que la acción reúna dos condiciones: que esté ordenada por la obediencia o por el deber no por el capricho; y que se haga en íntima unión conmigo, cubriéndola con mi sangre y con pureza de intención. No es la acción la que tiene valor en sí misma, sino la intención y el grado de unión conmigo. La perfección consiste en hacer en íntima unión conmigo las acciones comunes y ordinarias. Si comprenden esto, pueden divinizar sus obras y su vida. ¡Cuánto vale un día de vida divina! No basta que las almas se unan a Mí de modo general, quiero que esta unión sea constante, íntima, como es la unión de los que se aman y viven juntos, que aun cuando no siempre se están hablando, se miran y se guardan mutuas delicadezas y atenciones de amor”(30-11-1922).

Y Jesús le manifiesta cuánto le agrada la obediencia. “Has de saber que si te pido una cosa y tu Superiora otra, prefiero que la obedezcas a ella antes que a Mí. Te he traído a mi Corazón afin de que no respires mas que para obedecer “. Y ella nos dice: “He comprendido que lo que más le agrada a Jesús son las acciones hechas por obediencia, por pequeñas que sean” (17-6-1920). “El secreto para ser feliz consiste en amar y abandonarse, Jesús se encarga siempre de todo lo demás” (29-6-1920).

e) La Eucaristía

“Cuando instituí la Eucaristía en la Última Cena, vi a todas las almas que en el transcurso de los siglos habían de alimentarse de mi cuerpo y de mi sangre y los efectos divinos que producirían. ¡En cuántas almas esa sangre inmaculada engendraría pureza y virginidad! ¡Cuántos mártires de amor veía ante mis ojos y en mi Corazón! ¡Quién podrá penetrar los sentimientos de mi Corazón en aquellos momentos! ¡Sentimientos de amor de gozo, de ternura! Pero cuánta amargura al pensar en tantos corazones manchados por el pecado, en los cuales tendría que entrar ¡Cómo vi en aquellos momentos todos los sacrificios y ultrajes y la tremendas abominaciones, que habían de cometerse contra Mí! ¡Cuántas horas había de pasar solo en el sagrario! ¡Cuántas noches! ¡Cuántas almas rechazarían los llamamientos amorosos que desde aquí les iba a dirigir! ¡Pobres pecadores! No os alejéis de Mí. Os espero día y noche en el sagrario. No os echaré en cara vuestros pecados. Venid a Mí. ¡No sabéis cuánto os amo! Y vosotras, almas queridas, ¿por qué estáis frías e indiferentes a mi amor? ¿No tendréis un momento para venir a darme una prueba de amor y de agradecimiento? No os dejéis llevar de tantas preocupaciones y reservad un momento para venir a visitar al prisionero del Amor. Si vuestro cuerpo está débil y enfermo, ¿no procuráis hallar un momento para ir a buscar al médico? Dad una limosna de amor a este mendigo divino que os espera, os llama y os desea. Cuántos días espero que tal alma venga a visitarme en el sagrario y a recibirme en su corazón... Cuántas noches me paso, pensando en ella. Pero se deja absorber por sus ocupaciones o dominar por la pereza o por el temor de perjudicar su salud y no viene. ¡Alma querida! Yo esperaba que me

apagarías mi sed y que consolarías mi tristeza y ¡No has venido! Ven, háblame con entera confianza. Pregúntame por los pecadores. Ofrecete para reparar por ellos. Prométeme que hoy no me dejarás. Pero me respondes: No sé qué decir, estoy fría, me aburro, y paso el rato, deseando salir de la capilla. ¡No se me ocurre nada!

Oh alma, a quien escogí y a quien he esperado con impaciencia toda la noche, ¿así me vas a recibir? Te aguardaba con tantas gracias, pero como no me las pides... No me pides consejo ni fuerza. Te quejas y apenas te diriges a Mí. Parece que has venido por cumplir, por costumbre, pero no tienes amor. ¿Y aquel sacerdote? ¿Cómo diré todo lo que espera mi Corazón de mis sacerdotes? He confiado a cada uno de ellos un cierto número de almas para que con su predicación, sus consejos y, sobre todo, su ejemplo, las guíen y las encaminen por el camino del bien. ¿Cómo cumplen su misión de amor? Hoy, al celebrar la misa, al recibirme en su corazón ¿me ha confiado las almas que estaban a su cargo? ¿Repara las ofensas que recibo de tal pecador? ¿Me pide fuerzas para desempeñar su ministerio y trabajar por la salvación de las almas? ¿Sabrá sacrificarse hoy más que ayer? ¿Recibiré el amor que de él espero? ¿Podré descansar en él como en un discípulo amado?

La Eucaristía es una invención del amor, es vida y fuerza del alma, remedio para todas las enfermedades, viático para el paso del tiempo a la eternidad. Los pecadores encuentran en ella la vida del alma; los tibios, el verdadero calor; las almas puras y fervorosas, su descanso y las alas para elevarse a mayor perfección. (6 y 7-3-1923)

¡Qué locura de amor es la Eucaristía! Dice la Vble. Josefa Menéndez que es como una fiesta con Jesús. “Dos veces, al momento de comulgar, me ha parecido que, al entrar Jesús, se celebraba una gran fiesta en mi alma y, como si dentro de mí, entrase Nuestro Señor en su palacio. Fue un verdadero cielo! (5-4-1921). Otro día “al comulgar, me parecía tener dentro de mí el mismo cielo y he visto a Jesús hermosísimo Tenía su corazón como un sol y sobre él una cruz de fuego y me ha dicho: El alma que come mi carne, posee a Dios, que es el autor de la vida, de la vida eterna y, por tanto, esa alma es mi cielo. No hay nada que pueda comparársela en hermosura. Los ángeles la admiran y como en ella está Dios, se prosternan y adoran. Cada vez que me recibes en la Eucaristía, tu alma es mi cielo” (28-5-1923).

f) Un mensaje de Jesús

“Hay muchas almas que creen en Mí, pero pocas que creen en mi amor, y todavía son menos las que conocen mi Misericordia. Muchas me conocen como Dios, pero pocas confían en Mí como Padre. Yo soy el Amor. Mi Corazón no puede contener la llama que constantemente le devora. Yo amo a las almas hasta el punto que he dado la vida por ellas. Por su amor he querido quedarme prisionero en el sagrario y hace veinte siglos que permanezco allí noche y día, oculto bajo las especies de pan, escondido en la hostia, soportando por amor el olvido, la soledad, los desprecios, blasfemias, ultrajes y sacrilegios.

El amor a las almas me impulsó a dejarles el sacramento de la Penitencia para perdonarlas, no una vez ni dos, sino cuantas veces necesiten recobrar la gracia. Allí las estoy esperando, allí deseo que vengan a lavarse de sus culpas no con agua, sino con mi propia sangre. En el transcurso de los siglos he revelado de diferentes modos mi amor a los hombres y el deseo que me consume de su salvación. Les he dado a conocer mi propio Corazón. Esta devoción ha sido como una luz que ha iluminado al mundo y hoy es el medio de que se valen para mover los corazones, la mayor parte de los que trabajan por extender mi Reino.

Quiero que mi amor sea el sol que ilumine y el calor que caliente a todas las almas. Quiero que el mundo entero me conozca como Dios de amor, de perdón y de misericordia. Quiero que el mundo lea que deseo perdonar y salvar. Que los más miserables no teman... Que los pecadores no huyan de Mí... Que vengan todos, porque estoy siempre esperándolos como un Padre, con los brazos abiertos para darles vida y felicidad. Ahora quiero que crean en mi Misericordia, que lo esperen todo de mi bondad, que no duden nunca de mi perdón. Soy Dios, pero un Dios de Amor. Soy Padre, pero Padre que ama con ternura, no con severidad. Mi Corazón es infinitamente santo, pero también es infinitamente sabio, conoce la fragilidad y miseria y se inclina hacia los pobres pecadores con misericordia infinita. Sí, amo a las almas después que han cometido el primer pecado, si vienen a pedirme humildemente perdón... Las amo después de llorar el segundo pecado. si esto se repite, no un millar de veces sino un millón de millares, las amo, las perdono y lavo con mi misma sangre el último pecado como el primero.

Hijo querido, yo soy Jesús y este Nombre quiere decir Salvador. No temas, si tu miseria es grande, mucho mayor es mi amor. Tienes un alma inmortal, creada para gozar eternamente, posees una voluntad capaz de obrar el bien y un corazón que necesita amar y ser amado. Si buscas alimentar este amor de cosas terrenas y pasajeras, nunca lo saciarás. Tendrás siempre hambre, vivirás en perpetua guerra contigo mismo, triste, inquieto, turbado.

¿Me dices que no tienes fe? ¿No crees en Mí ? Entonces, ¿por qué me persigues? ¿Por qué declaras la guerra a los míos? ¿Por qué te rebelas contra mis leyes? ¿No crees en la vida eterna? Dime, ¿vives feliz aquí abajo? Bien sabes que necesitas de algo que no encuentras en esta tierra... Necesitas paz, no la paz del mundo, sino la de los hijos de Dios. Y ¿cómo la hallarás en la rebelión? Yo te diré dónde serás feliz, dónde hallarás la paz, dónde apagarás esa sed que hace tanto tiempo te devora... No te asustes al oírme que la encontrarás en el cumplimiento de mi ley. Ni te rebeles al oír hablar de ley, pues no es ley de tiranía, sino de amor. Sí, mi ley es de amor, porque soy tu Padre.

No creas que ignoro cómo has vivido hasta aquí. Sé que has despreciado mis gracias y tal vez profanado mis sacramentos, pero yo te perdono. Si eres pobre, cumple con sumisión el trabajo a que estás obligado, sabiendo que yo viví treinta años, sometido a la misma ley que tú, porque era también pobre, muy pobre. No veas en tus amos, unos tiranos. No alimentes sentimientos de odio hacia ellos, no les desees el mal. Haz cuanto puedas para acrecentar sus intereses y sé fiel. ¿Eres rico? ¿Tienes a tu cargo obreros y servidores? No los explotes,

remunera justamente su trabajo, ámalos, trátalos con dulzura y con bondad. Si tú tienes un alma inmortal, ellos también. No olvides que los bienes, que se te han dado, no son únicamente para tu bienestar y recreo, sino para que administrándolos con prudencia, puedas ejercer la caridad con el prójimo. Y cuando ricos y pobres, hayáis acatado la ley del trabajo, reconoced con humildad la existencia de un Ser que está sobre todo lo creado y que es, al mismo tiempo, vuestro Padre y Dios. Y, después de haber consagrado toda la semana al trabajo, a los negocios y aun a lícitos recreos, os pide que le deis al menos media hora para cumplir con la misa dominical. Allí, en la Iglesia, habladle de todo cuanto os interesa, de vuestros hijos, de la familia, de los negocios, de vuestros deseos, dificultades y sufrimientos. ¡Si supierais con cuánto amor os escucha:

Quizás me dices: Yo no sé oír misa ¡Hace tantos años que no voy a la Iglesia! No te preocupes. Ven, pasa media hora a mis pies, sencillamente. Abre con humildad tu alma y yo te diré lo que debes hacer. Piensa que juventud, riqueza, sabiduría, gloria humana, todo pasa y se acaba. Sólo Dios subsiste eternamente. Haz que todo en tu vida respire amor. Así en lo poco como en lo mucho, sé mensajero de amor. Hazlo todo por amor. Vive de amor”(Junio 1923).

EPILOGO

La vida es una prueba, un servicio militar, como diría Job (7,1), un examen para la eternidad o, mejor, una oportunidad que Dios te da para amar y crecer «en el amor. Sin amor, tu vida estaría vacía y sería una

muerte anticipada. Por eso, debes aprovechar al máximo el tiempo disponible, ya que no hay reencarnación, no hay otra segunda oportunidad. Sólo se vive una sola vez. De ahí la necesidad de tomar tu vida en serio y vivirla con seriedad, responsabilidad y profundidad. Después, podría ser demasiado tarde. La vida es demasiado frágil y puede romperse

en cualquier momento. Debes aprovechar bien el tiempo. Piensa que, de todos los minutos que has vivido hasta ahora, sólo te sirven aquéllos que llevan la marca del amor. Por eso, cada paso que das en tu vida, debe ser un paso hacia la luz y hacia el amor. Ama intensamente. Puedes cansarte de trabajar, pero no puedes cansarte de amar. Ama siempre, a todas horas, dormido y despierto, haciéndolo todo con amor y por amor. No hay tiempo que perder. La vida se te acaba y el amor es la llave para entrar al cielo, que será tan grande como la medida de tu amor.

¡Cuánto te ama Dios! No puede dejar de amarte. Es el Amor por esencia. Su Nombre es Amor. Por eso, acércate a El sin temor. El te dice: “No tengas miedo, solamente confía en Mí” (Mc 5,36). ¿No serás capaz de responderle, diciendo: “Dios mío, yo también te amo”? Que te falte todo en la vida menos el amor. Con él lo eres todo, sin él no eres nada. Por eso, el peor crimen, que puedes cometer, es matar el amor. Matarlo en el centro de tu alma por el pecado mortal, expulsando a Dios de tu corazón. Matarlo, matando a otro ser humano, incluso a un no nacido, que es “puro amor” por el aborto. Matarlo en otros por el mal ejemplo. Recuerda que, dice Jesús: “Al que escandalice a un niño, más le valiera que le colgasen una

pedra de molino al cuello y lo arrojasen a lo profundo del mar” (Mt 18,6). Ama a cada ser humano como a un hermano. Su alma es una chispa del amor de Dios y tiene un valor infinito y eterno. Por eso, ¡Vale tanto la vida! ¡Vale tanto el amor! Un segundo de amor justificaría toda tu vida. Haz de tu vida un acto continuo de amor, haz felices a todos los que encuentres en tu camino y recuerda que la medida del amor es el amor sin medida.

Sé siempre transmisor de buenas noticias. Cuando des un apretón de manos, estréchalas de verdad; cuando aplaudas, hazlo sonoramente; cuando respondas por teléfono, hazlo con un “Hola” agradable, que transmita alegría. Cuando digas “gracias”, dilo de verdad. Y díles a todos con una sonrisa y con tu mirada, que los amas y son importantes para ti. Regala siempre amor gratuitamente. Hay infinidad de maneras de demostrar a los otros que los amas; a veces, sin palabras, con un abrazo, con un servicio, con una llamada. Pero también con palabras amables. ¿A quién no le gusta que le agradezcan, lo feliciten o le digan que lo aman? El amor debes demostrarlo, nunca lo des por supuesto. No importa que seas y no puedas regalar grandes cosas.

Lo importante es el amor. Con pequeñas cosas se puede hacer muy felices a los demás. Una flor puede ser igual a millones de flores, pero para la enamorada, la flor de su amado vale más que todas las demás. El amor marca la diferencia. Es como aquella flor que tenía “El principito” de Saint Exupery en su planeta. Era la única, era suya, la amaba con todo su ser y la cuidaba con todo esmero. Por eso, dice: “Ámo mi flor... Soy responsable de mi flor”. Procura llenar el mundo de pequeñas flores de amor, de pequeños servicios, de pequeños

detalles, haz un poco más feliz la vida de los que te rodean. Amar es un regalo que no tiene precio. Como decía el poeta:

¡Ah! Si tú conocieras la alegría de amar...

¡Tanto se puede dar! ¡Tanto se puede hacer!

A ese niño que pasa, tú lo puedes querer.

A la mujer que sufre, le alegra tu reír.

Al hombre que trabaja, le anima tu cantar.

Y tú puedes cantar y tú puedes reír y tú puedes querer.

¿Ves qué fácil tarea? Sí, la puedes hacer.

Esfuézate en reír y olvida tu llorar.

Regálate a ti mismo la alegría de amar.

EN LA TARDE DE LA VIDA, NOS EXAMINARAN DEL AMOR

EN LA TARDE DE LA VIDA, SOLO QUEDA EL AMOR

